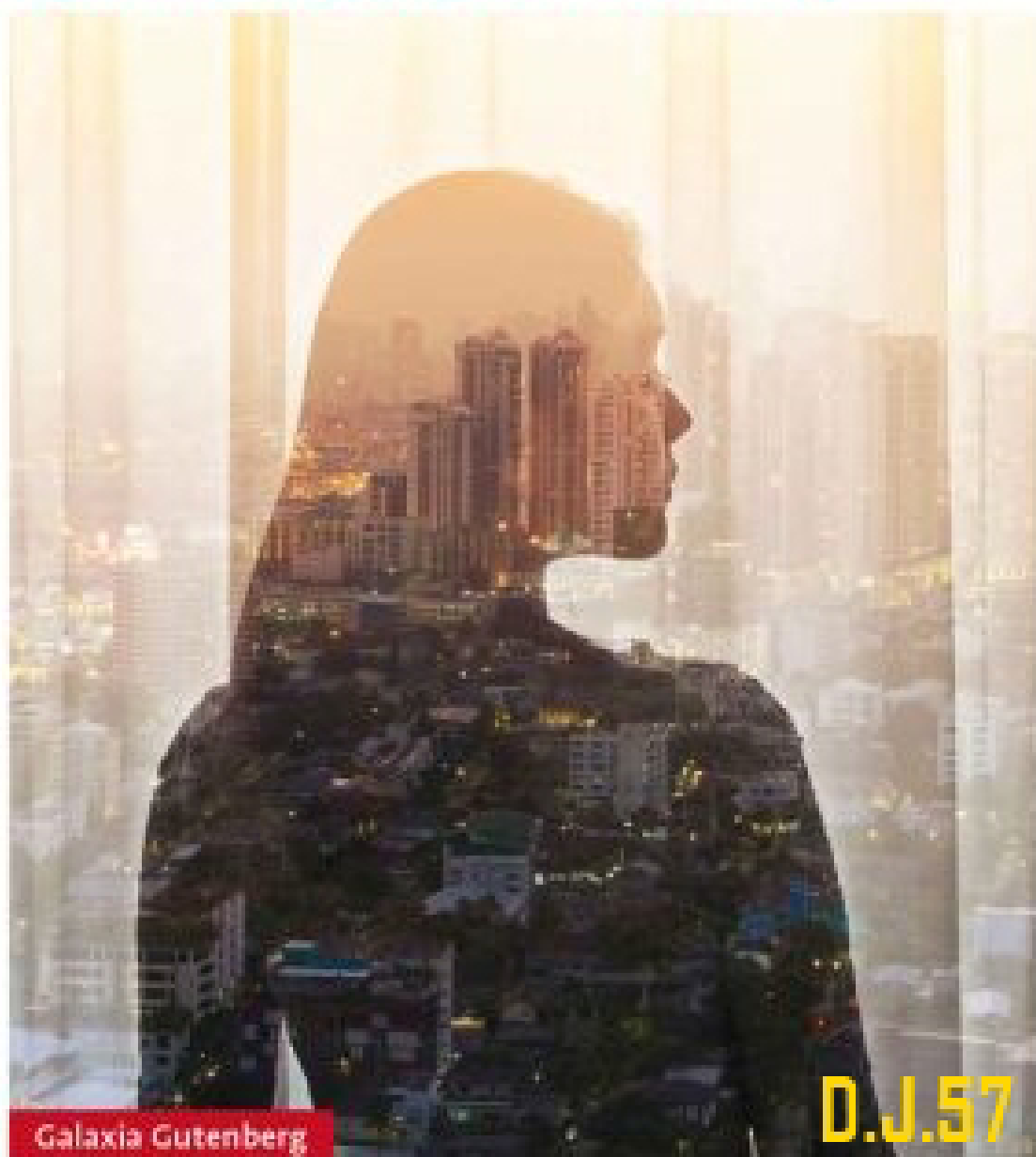


Alonso Cueto
Palabras de otro lado



Galaxia Gutenberg

D.J.57



ALONSO CUETO

Palabras de otro lado

II Premio de Narrativa
Alcobendas Juan Goytisolo

Galaxia Gutenberg



Un jurado compuesto por Jorge Eduardo Benavides, Juan Cruz, Luis Mateo Díez, Diego Doncel, Antonio Lucas, Juan Antonio Masoliver, Mercedes Monmany y José María Pozuelo Yvancos concedió a esta obra el II Premio de Narrativa Alcobendas «Juan Goytisolo 2019», que convoca el Ayuntamiento de Alcobendas

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: octubre de 2019

© Alonso Cueto, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Conversión a formato digital: gama, sl
ISBN: 978-84-17971-14-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Kristin

For last year's words belong to last year's language
And next year's words await another voice
And to make an end is to make a beginning.

Little Gidding. T. S. ELIOT

Chipchi llanto.
Chipchi llanto.
Pacay llanto.

Poema quechua, recogido por
FELIPE GUAMÁN POMA DE AYALA

Índice

I
II
III
IV
V
VI
Nota final

I

Estamos en las finales.

La voz suena como una bandera blanca que ondea sobre el silencio oscuro de la sala. Es mejor saberlo. Estamos en las finales, falta muy poco.

La enfermera es alta, delgada y de facciones duras. Aurora la mira. Es una extraña en la sala de su casa. Pero es una extraña que está hablando de su madre. Tiene una tristeza neutra en los labios y emite sonidos como balas detenidas en el frío.

Acababa de haber un cambio de turno. Era la primera vez de esa mujer. No la había visto antes y se sentaba de un modo tan profesional, el modo con el que pasaba las páginas de algunos análisis para emitir su sentencia.

Aurora pensó que la enfermera recién llegada era la muerte. La muerte vestía un uniforme verde, estaba instalada en un sillón, y anunciaba el fin de la vida de su madre.

Un poco más allá, bajo la sombra de la escalera, su tía Avelina se persignó y murmuró algo con las manos dobladas.

Aurora miró hacia el pasillo, tomó valor y se puso de pie. Entró al dormitorio. La tía Avelina la siguió.

Allí estaba la cama blanca, el cuerpo encogido, el rostro doblado de su madre, Dora. El rostro desamparado, sobre la almohada. Los pelos esparcidos buscando aferrarse a la sábana. La boca inmóvil y entreabierta. Los ojos exilados en una zona que no alcanzaba en ese cuarto.

Aurora notó, con un nuevo asombro, que las cejas y los labios casi habían desaparecido. Pronto su madre iba a perder la cara que todos conocían. Iba a entregarse a la máscara que va uniformando a los moribundos por igual. Unas facciones ruinosas y homogéneas que le van quitando su identidad a cada persona y que los iguala en la forma de la especie, como el rostro apretado que tenía cuando acababa de nacer.

Pero no había llegado a ese estado todavía. En ese instante su madre aún estaba viva. Frente a ellas. Echada boca arriba, mirando el cielo con los ojos

cerrados, los brazos extendidos hacia el borde de la cama, la nariz alzada buscando salir. Cada soplo de sus pulmones parecía un milagro. Apenas se movía en su sueño despierto. A su lado, se había sentado esa enfermera maligna, que la miraba, quizá pensando en terminar su trabajo cuanto antes allí.

Estamos en las finales, sí. En vez de decir que su madre iba a empezar una nueva vida, que iba a encontrarse con el Señor, que iba a estar por fin junto a su difunto esposo Leonardo. En vez de decir que iba a descansar y a seguir con ellas, desde el otro lado.

Su madre no estaba en las finales. Eso lo decía la enfermera, lo decía la ciencia, lo decían esos exámenes clínicos. Pero eso era la gente de Lima. Porque la gente en Lima no piensa como la del Cusco. Para la gente de Lima la muerte es el fin de algo, como el fin de un camino o de un trabajo.

Su madre lo había dicho muchas veces. La gente de Lima no tenía respeto ni por la vida ni por la muerte ni por los seres humanos que cruzan las sombras y encuentran la luz. Su madre iba a morir en cualquier momento, pero iba a iniciar una vida que solo ella iba a conocer. Iba a enviarles señales desde esa otra vida. No estaba en las finales sino a punto de desprenderse de todo esto que está aquí para entrar en otro reino, el de las cosas permanentes y las verdades esenciales. Ella y su madre lo habían hablado muchas veces.

Aurora miró a su tía Avelina y luego a lo que había cerca de la cama.

Ahí estaban los objetos que siempre habían rodeado a su madre. Su Virgen de Paucartambo con su vestido dorado y rojo y su velo blanco y su niño Jesús, sus retablos de agricultores y espigas, sus cajitas de joyas que hace mucho no se ponía. El armario, la lámpara del techo con gajos de vidrio, el espejo en el que seguramente se había mirado todos los días.

Los objetos estaban en el lugar donde ella los había dejado, para acompañarla. La estaban mirando, iluminados por el resplandor de la primavera en la ventana. Era como si todos le dijeran que por un tiempo, que duraría uno o dos días eternos, su madre aún está viva. Allí con ella, con su tía, y lejos de esa enfermera uniformada.

Se acercó a la cama.

—Dora, tienes que descansar. Estamos aquí contigo.

Un largo silencio, con algunos golpes de ruidos de motores en la calle.

—Me da mucha pena dejarte —dijo una voz que salía de ella—, pero sé que vas

a estar bien. En todo caso, me voy a ver a Leonardo.

Aurora recordó a su padre, Leonardo. De pronto la orfandad de ambos padres era la mejor definición de la soledad. Iba a estar muy pronto sola, en el mundo. Flotando en el espacio sideral. Sola. Pero en ese momento no podía aceptar que su padre hubiera muerto y ahora su madre tuviera que seguirlo.

–No –le dijo Aurora–. No, Dora. No vas a dejarnos.

El rostro sonrió.

Le gustaba que la llamara así. Era su madre pero desde que Aurora era adolescente la había llamado por su nombre. Dora. Quizá porque rimaba con el de ella y así se sentía más cerca.

Aurora había dormido en el sofá, junto a Dora, la noche anterior. Y la anterior. Y todas las noches desde que había empezado la última etapa de la enfermedad. Durante el sueño de la víspera, su madre había dicho algunas frases. Pedidos, gestos, manos alzadas. Quiero decirte algo. Pero por favor no te vayas. No me dejes. Cuando una se muere, tiene mucho que decirle a la hija que se queda. Tienes que saber algo.

Después murmullos, susurros, conversaciones con una sombra. Ruidos de la última vida, los músculos y los huesos que protestan, un desmoronamiento del pelo, las perturbaciones de sus labios, el temblor precario de los párpados. Y luego la quietud del rostro. La quietud de la respiración agitada. La quietud de lo que se cernía sobre ella. Pero por ahora estaba en su cuarto. Estaba con su hija y su hermana. En ese rostro, durante la noche anterior, habían aparecido algunas nuevas palabras. Nombres incomprensibles, diálogos con fantasmas, algunos amagos de risas y llantos, ruidos de vida. Fragmentos de voz desordenados y coléricos y llenos de lástima, y alguna exclamación de alegría. Qué bien, qué lindo, qué bien. Había abierto los ojos y se había vuelto a quedar dormida o desfallecida o casi muerta.

Pero todavía no podía morir. No iba a morir. Iba a seguir allí. Al menos hasta que llegara Tito.

La mañana siguiente, al abrir los ojos, Dora la reconoció, le sonrió, movió los labios. Aurora se dio cuenta de que su madre había querido hablarle, durante varios días. Estaba enchufada a la sonda, el líquido de la almohadilla seguía goteando, era la rutina de la agonía asistida. Cada vez era más difícil cambiarle la túnica por las otras que le habían comprado. Su espíritu, hecho durante tantos

años de una energía y un humor sostenidos, estaba a punto de inclinarse. Luego la muerte iba a viajar, como una mosca azul, en pos de alguna otra víctima.

–Mamá, ¿quieres decirme algo? Dime.

El rostro se movió.

–Está esperando que llegue Tito –dijo su tía Avelina.

Tito, su hermano que vivía en Miami, le había hablado dos días antes.

–No conseguí avión, hermanita. Son fechas muy difíciles.

–No se va a morir hasta verlo –dijo su tía Avelina.

Eso había sido el domingo. Pero ahora, esa misma mañana del martes, Tito había tomado el avión. Estaba a punto de llegar.

En ese instante, el timbre sonó.

Aurora fue corriendo a la puerta. Allí estaba su hermano Tito, el saco oscuro, el pelo revuelto, los pasos rápidos, un maletín de cuero.

–Te está esperando –le dijo.

Tito entró y llegó a la cama. Le cogió la mano.

El rostro de su madre se movió. Abrió los ojos.

–Tito, Tito. Amor.

Él le apretó las manos.

–Tito, gracias. Gracias, gracias, gracias.

–Vas a ponerte bien, mamá.

–Gracias, hijo.

Su madre se quedó mirando al recién llegado. Era como un intento de llevárselo con ella, de retener la imagen de ese niño que había visto a lo largo de veintinueve años, regresando a un futuro a su lado, reconociendo todos los rostros que se superponían, sosteniendo a Tito en el pecho con la certeza de lo que hubieran sido las vidas de ellos juntos.

De pronto cerró los ojos. Habló en voz baja.

–Ahora por favor, Tito, déjame sola con tu hermana un momento.

–Mamá.

–Por favor.

La voz de su madre en esas tres sílabas, las vocales rápidas y abiertas, por favor, déjame sola con tu hermana un momento, por favor, qué determinación tan extraña en ese sonido.

Aurora no había oído esa voz desde el agravamiento de la enfermedad, el cáncer al hígado que había invadido todo el resto de su cuerpo unas semanas antes. Un cáncer demasiado rápido y masivo. Su madre acababa de cumplir los

sesenta años.

Aurora había pasado felizmente toda su vida junto a ella. Su trabajo había sido absorbente pero desde el comienzo buscó que le dejara tiempo para estar con su madre. Además era soltera y pudo dedicarse a ella. Sus ocupaciones como abogada en la sección tributaria del bufete del doctor Puma, aparte de su timidez y afición a leer novelas, habían absorbido el resto de su tiempo. Alta, delgada, de ojos oscuros y líquidos, con un mechón siempre cayéndole sobre el rostro, sabía que era una mujer atractiva. Pero no le daba mucha importancia a ese asunto, para qué vamos a estar pensando en eso. Había conocido a muy pocos hombres. Tres o cuatro habían sido sus parejas por un tiempo. Era algo que había hablado con Dora muchas veces. Debes conocer a nuevos chicos, le había dicho su madre. Seguramente por eso la llamaba. En ese momento quería hablarle de eso a solas, darle un consejo para encontrar al «hombre de su vida». Pobre mamá, pensando en esas cosas, mientras se muere. Sabiendo que se moriría sin nietos. Pensando en ella.

Para sorpresa de todos, la voz de su madre se hizo aún más fuerte.

–Vuelvo a decirles. Por favor, todos salgan. Quiero hablar con Aurora.

–Ya la han oído –fingió tomar el control la tía Avelina–. Todos fuera.

Su tía Avelina y la enfermera salieron. Tito las miró, luego miró a su madre, y salió con ellas.

Se oyó un sonido que Aurora nunca había sentido en ese cuarto. Un sonido áspero y extraño, como de otro tiempo, como el de algún animal que se había quedado agazapado bajo el armario.

Aurora se acercó a la cama, con una silla. Se sentó. Los ojos de su madre siempre le habían parecido estrellas en el firmamento de un mundo perdido. La vio echada, con la mirada en la pared. Hablaba sin mirarla.

–Tienes que saber algo –le dijo–. Tengo que decirte algo muy importante.

–No te canses, mamá.

–Tu padre –le dijo ella.

–¿Qué pasa con mi padre, mamá?

Su madre se quedó en silencio, esperando que las palabras le llegaran.

–Tu padre no es Leonardo, Aurora. Tu padre es otro hombre.

La voz se quedó en el aire, ocupando un lugar definitivo, las palabras explorando cada rincón del cuarto, encontrando el lugar más oscuro y fijo para instalarse allí.

Aurora sintió un escalofrío en la espalda. Se dio cuenta de que no podía

hablar. De pronto atinó a decir algo.

–Mamá. ¿Qué te pasa? ¿Estás delirando? Por favor, mamá. Tranquila nomás.

–Te lo puedo decir, bendito sea Dios, porque se lo dije también a Leonardo. Él sabe. Él me ayudó, me salvó la vida. Y te salvó a ti porque también te adoraba. Pero no es tu padre de verdad. Tu padre...

–Mamá.

Dora volteó hacia ella. Tenía la piel apretada a los huesos.

–Escúchame. Tu padre está vivo. Muy lejos está. Pero está vivo. Tu padre está vivo.

Aurora se reclinó en el espaldar, tratando de alejarse. Su madre la seguía con la mirada. Trató de sostenerse.

–Mamá. ¿Qué me estás diciendo? Deben ser las medicinas. Por favor.

–Él trabajaba en una empresa de minería en el Cusco, Aurora. Yo también trabajaba allí, era una secretaria. Ya te conté que trabajaba en una empresa de minas. Te conté muchas veces.

–No quiero saber nada de eso, por favor, mamá. Tranquila.

Su madre la seguía mirando. Pero en ese momento algo se había organizado en su piel. Su cuerpo se había recompuesto, alrededor de un impulso final. Parecía observarla desde arriba. Aurora sintió un vacío, como si todas sus entrañas hubieran desaparecido y solo quedara dentro de ella un abismo negro.

–Me casé con Leonardo embarazada de otro hombre.

–Mamá.

–Cuando ocurrió, yo todavía no conocía a Leonardo.

–Por favor.

El silencio se fue alargando. Su madre movía los labios, como buscando recuperar fuerzas. De pronto continuó.

–Leonardo es padre de Tito pero no es tu padre. Tu padre es Ignacio. Se llama Ignacio. El señor Ignacio Peña. Vive en España. En Madrid. Vive allí. Tu padre vive allí. Tienes que saberlo. Tienes que ir a buscarlo, Aurora. Por favor.

Cada palabra le llegaba como un golpe desde algún lugar desconocido de la habitación. No era su madre sino una voz sin cuerpo que revoloteaba por las esquinas y que se fraguaba frente a ella.

Aurora movió la cabeza, como tratando de espantar algo que volaba cerca. Una calma repentina venía a asistirle.

–Descansa, mamá. No te puedes agitar así.

Se dio cuenta de la firmeza de su tono. No entendía por qué reaccionaba con

esa tranquilidad. No había aceptado lo que escuchaba, era eso, lo había oído pero no había aceptado nada de eso, ni siquiera pensaba que era un invento del delirio final. No era ella quien escuchaba.

Entonces su madre se incorporó. Era como si de pronto todas las enfermedades le hubieran dado un instante de permiso. El cilindro de suero despidió una burbuja.

La voz tenía una energía inesperada, la de una mujer joven y sana, que pronunciaba cada sonido.

–Se llama Ignacio Peña. Creo que vive en Madrid. Sí, en Madrid. Tienes que ir a buscarlo.

Dijo algo más que Aurora no pudo escuchar, y cerró los ojos. Luego los abrió. Brillaban con fijeza en un rostro sin color. Aurora se acercó y la acomodó, con la cabeza de costado.

–Por favor, mamá. Ya basta con esto.

Su madre alzó la mano.

–Yo...

Señaló el armario. Había una fila de cajones.

–Vas a encontrar algo entre mis papeles. Allí, en el armario. Hay un pequeño cofre atrás, al fondo. Nunca olvides a mi Leonardo. Pero recuerda el nombre de tu padre, hija. Ignacio Peña. Recuérdalo. Búscalo. Tienes que buscarlo. Tienes que conocerlo. Por favor. Tiene una mancha en la mano izquierda. Una mancha larga y roja. Recuerda eso.

–Mamá.

–Búscalo, búscalo. Que te ayude. Que te dé lo que no pudimos darte aquí. Él supo lo de mi embarazo. Supo de ti. Supo de ti.

–Vamos a pensar en cómo vas a mejorarte, mamá. Yo estoy bien pero tú tienes que descansar.

–Hazme caso, hija. Hazme caso.

Su madre se incorporó.

–Bueno, ¿pero qué estás haciendo? Échate por favor. No te muevas así.

–Tú nunca me has obedecido mucho, pero esta vez vas a hacerme caso. Creo que le va bien a él por allá. Creo que Ignacio está bien.

Dora se incorporó y se quedó sentada al borde de la cama. Al verla, Aurora sintió un mareo. A su alrededor, todos los objetos daban vueltas. Encontró una silla cercana.

–¿Pero qué haces? No te pares. ¿Quieres que te traiga algo?

Dora volvió a echarse.

–Ahora vas a hacerme caso. Él te puede ayudar. No es un mal hombre. Solo que es un poco cobarde, nada más.

–Pero cómo voy a...

–Porque tienes tus derechos, mujer. Y te digo que yo los tenía pero los perdí.

–No hables así.

Su madre movió las manos entre las sábanas, como si estuviera buscando algo.

–Yo también fui cobarde. Debí exigirle más. Debí hacer más. Pero felizmente llegó Leonardo. Mi adorado Leonardo, mi adorado Leonardo. Llegó a mi vida. Y a la tuya. Pero se fue, Dios mío. Se fue. Y ahora que no está, que no estamos ninguno de nosotros, eso no puede seguir pasando. Porque ahora que me muero... te toca saber... tienes que saber la verdad.

Su madre señaló el armario.

–Mira allí, por favor, Aurora. Es el último cajón de la derecha. Ábrelo.

–Qué.

Aurora se quedó inmóvil. No atinaba a moverse ni a decir nada.

–Hay un sobre allí. Saca el sobre de allí.

Por fin Aurora la obedeció. Buscó en el fondo del cajón, y encontró un sobre largo y grueso.

–He estado ahorrando para este momento –le dijo.

Aurora abrió el sobre. Había varios fajos de cien dólares. Era de no creer, mamá. ¿De dónde había reunido tanto dinero?

–Esto lo he guardado para ti. Bendito sea Dios que me ha dado este momento de fuerzas para decirte. Toma eso. Cómprate un pasaje a España. Búscalo. Visítalo. Anda a verlo. Hay algunos papeles allí. Una carta hay en ese mismo cajón. Una carta y una foto al fondo. Mira.

–Mamá, por favor, estás delirando.

–Te estoy contando todo, hija. Te estoy contando. Leonardo sabía que tú eras hija de él. Cuando nos conocimos yo ya estaba embarazada. Pero te reconoció, te dio su nombre. Ay, Dios mío. Ahora ya puedo verlo para contarle que tú también sabes lo buen hombre que fue él. Felizmente puedo contarle ahora. Y te lo digo a ti. Leonardo te reconoció, te dio su apellido, te quiso mucho, te adoró sabiendo que no eras suya. Te crio al igual que a Tito. Porque eras suya. Porque eres suya. Sí. Como él... Por eso ahora estoy tranquila... Ahora que lo vea, le voy a decir que te lo conté todo. Que sabes que le debes la vida.

–Mamá. No tienes que explicarme.

–Te lo digo. Leonardo nos acogió. Nos acogió con su amor. Con su nobleza, sí, hija, con su nobleza, te digo. A mí y a ti en mi vientre, hijita. Fue cuando yo estaba desesperada porque tu verdadero padre se había ido a España. Por eso nos vinimos a Lima después de un tiempo. Por eso no volvimos a Cusco. Porque allí algunos sabían de esto. Y nos fue bien aquí, como has visto todos estos años. Todos estos años, Dios mío. Ahora sí puedo irme tranquila. Ahora que te he dicho eso. Y le voy a contar a Leonardo que te dije. Me libero de una carga, hija. Por fin.

Aurora sintió que las lágrimas le daban vueltas por la cara. No eran lágrimas de pena o de dolor sino de asombro. Se contuvo a tiempo.

–Sí, mamá. Gracias, mamá –dijo sin saber por qué.

–Ahora...

Su madre no pudo terminar la frase. Se cayó de costado en la cama.

–Tito. Tía Avelina –dijo Aurora.

La enfermera entró.

–Se ha desvanecido –dijo–. Solo hay que rezar y que esperar.

–¿Pero qué ha pasado, Aurora? ¿Qué te ha dicho? ¿Por qué se ha puesto así?

Aurora se alejó. De pronto su madre estaba con los ojos cerrados. Tenía una piel lozana. Dormía con una paz que nunca había visto en ella.

–Algunos encargos finales –le dijo.

–Pero qué.

–Cosas de la familia.

Tito se acercó a la cama. Le estaba diciendo algo al rostro dormido.

Aurora salió a la sala. Se sentó. Se dio cuenta de que su tía Avelina se había acercado. Le estaba proponiendo llamar a un sacerdote. Pero ella no la oía. La miró como si fuera una extraña.

–Hijita, ¿estás bien? –dijo Avelina–. Por favor, señorita enfermera, venga. Mi sobrina parece que va a desmayarse.

Su mamá abrió los ojos esa tarde, como si la muerte se resistiera con ella. Ya ves, hijita, que Dios me ha dado un tiempito más porque está de acuerdo que te lo cuente todo.

Siendo una buena madre, Dora aprovechó el tiempo adicional para compensar a Tito con su propia charla a solas. Al salir del cuarto, su hermano les

contó a la tía Avelina y a Aurora que habían hablado de sus días de la infancia. Tan lindo eras en esos tiempos, y mírate ahora, estoy tan orgullosa de ti, así me dijo.

De pronto sonó el teléfono. Su amiga Vicky. Ya se estaba preguntando por qué no había llamado.

–Perdón que no pude llamar temprano. Pensando en ti, amiga.

–Bueno, aquí vamos. Más o menos.

–¿Cómo está?

–Ha mejorado de pronto. Pero igual no hay nada que hacer. Estoy deshecha, amiguita. Solo rezo todo el día.

–Bueno, es lo que queda, pues. Ay, qué momento tan duro, amiga. Voy a verte.

Vicky llegó, estuvo con ellas, se quedaron hablando de los remedios que tomaba su madre para el dolor, sobre todo la dosis de morfina que habían tenido que aumentar. Por fin Vicky regresó a su casa.

Esa noche Aurora y Tito se quedaron dormidos en el sofá, al lado de la cama. Cuando despertaban, Tito sostenía una de las manos de su madre y Aurora la otra. Su tía Avelina recitaba las oraciones en voz baja, como una súplica sostenida, con el rosario en la mano. Algunas veces los demás rezaban en voz alta con ella. La enfermera aguardaba en una silla. Pero la tía Avelina no dejaba de rezar.

Cada golpe de respiración era como un milagro. Aurora solo se preguntaba si el sonido que acaba de escuchar, el aire entrando y saliendo en su cuerpo, sería el último.

De pronto, se produjo un movimiento definitivo en el cuerpo.

Su piel quedó inmóvil.

Era como si algo hubiera abandonado el rostro, dejándolo a su suerte.

Cuatro y cuarenta, dijo la enfermera.

Aurora iba a recordar la voz con la que había dado la hora, como si se definiera todo con esas sílabas. El horario de una vida. El reloj de la muerte. En los registros de nacimientos se señalaba la hora del nacimiento. Pero el de la muerte, por lo visto, se decía en voz alta gracias a la voz de una enfermera desconocida. Anunciar la hora parecía ser la última banalidad del oficio de esa mujer. Quizá había que felicitar a su madre por haberse muerto delante de su notaria. Era como un certificado oral de defunción.

Pero esa frase había sido la única señal. Su tía, su hermano y ella se habían

quedado inmóviles. Desde entonces sería más fácil. Su ausencia había sido planificada. Lo que iba a ocurrir a partir de entonces había sido diseñado por Dora, imaginado por Dora, era el reino extendido de Dora.

El vestido que iban a ponerse, las flores que la iban a acompañar, el sacerdote que estaría en la misa. Su madre había estado pocos días antes a solas con ese sacerdote, el padre Esteban. Dora y Esteban habían tenido una conversación de tres horas, y ella seguramente le había contado algo. Y entonces había quedado lista.

Su madre no había querido darle dignidad ni decoro a la muerte. La muerte nunca tiene dignidad y menos decoro, pensó Aurora. Los funerales son limpios y ordenados pero la muerte es sucia y viscosa y es maloliente. Aun así, su madre había querido limpiarse de la muerte, darle un orden posterior. Había buscado que siguiera sus reglas. Sí, había que decirlo otra vez. El vestido que ella había escogido, las flores que brillarían en el velorio, el sacerdote que diría la misa, los salmos que iban a leerse. Era su modo tranquilo de decirle a la muerte quien era ella, aceptándola solo para imponerle un reglamento.

Así como había dirigido su propia muerte, había dirigido su vida. Y también la de su padre. Había visto muchas veces la foto de Leonardo teniéndola en brazos, sonriendo tranquilamente, alucinado por el amor, siempre tan suave y paciente. Las fotos en cambio mostraban a su madre con una media sonrisa, a punto de convertirse en un reproche de amor. No la engrías tanto a la niña. Que conozca sus límites, que tenga un horario para comer y para dormir, su madre tan llena de euforias y de emociones improvisadas y de reglas. Muy bien, esto me sirve para el trabajo en el banco, le había dicho Leonardo. Todo este sentido del orden que tienes, mujer. Ya verás que con estas reglas que me das voy a reformar la agencia.

Dora le había dicho tantas veces a Leonardo que tendiera su ropa, que no dejara rastros de sus zapatos en la casa, que comiera siempre a sus horas. Perdona que sea así, pero es que así me criaron. Y hay que tener un poco de orden en todo. Digo, para después divertirnos más pues, así tiene que ser. Eso le había hecho siempre gracia a Leonardo. Esa frase. Para divertirnos más pues, así tiene que ser. O así sería. Su esposa siempre lo había divertido. Y él la había divertido a ella con sus silencios, con sus murmullos, sus sonrisas llenas de secretos. Ahora su madre, rodeada por su familia, se había quedado sola, con la soledad de no estar más allí.

Tres mujeres entraron al cuarto. Aurora vio cómo sacaban a su madre a la

sala principal. La estaban poniendo en una lujosa caja de madera. Ya tenía el vestido celeste que ella misma había escogido. La tela la cubría y alguien había tenido el tino de ponerle las manos dobladas encima del cuerpo, en señal de oración. Se extrañó de ese cuerpo tan íntimo que en ese momento era como un objeto ajeno y pesado, un material de carga, un asunto que atender para los especialistas de las empresas funerarias, o de pompas funerarias como decía ese letrero, las pompas que celebran siempre tan veloces a los muertos. Ya lo había aprendido con la muerte de Leonardo. Estaba en el instante del descubrimiento y el asombro, en la primera soledad. No sabía qué sería de ella en los días siguientes.

Después de firmar algunos papeles y hacer los pagos, después de fijar el lugar del velorio y de por fin abrazar llorando a su tía Avelina y a Tito y a otras primas y tías que llegaron, Aurora llamó a Vicky.

Se murió en paz, sin un suspiro.

Ya descansó.

Educada en el rigor y el método de la vida de campesina en el Valle Sagrado, la señora Dora había dejado el oficio de sus padres para aplicar esas virtudes a sus estudios de secretariado en un instituto en la ciudad del Cusco. Poco después de graduarse, varias empresas mineras le habían hecho ofertas de trabajo, quizá por recomendación de algún profesor. Dora había contado que sabía de qué profesor se trataba, pero siempre lo había mantenido en secreto. Una empresa canadiense que extraía oro y cobre en el sur de la región le había ofrecido un sueldo decente, y hasta decoroso, y por entonces Aurora no tardó en aceptar el puesto de secretaria del gerente de operaciones. Había estado muy bien en esa empresa, a pesar de las amenazas de los terroristas a las instalaciones. Pero un tiempo después de casarse, por algún motivo ella y Leonardo tuvieron que mudarse a Lima. Quizá porque en aquellos años con la guerra de Sendero Luminoso todo se estaba complicando.

Creciendo en Lima, Aurora se convirtió en una pequeña traviesa y dulce que cogía un cenicero o un tenedor y preguntaba qué es esto, qué es esto, y para qué sirve esto, y así se cansaban de repetirle las cosas en las reuniones de familia. Tú siempre tan curiosa y tan linda, hijita.

En Lima, su madre había entrado a trabajar en una compañía de importaciones. Había aprendido a dominar las computadoras, a pesar de que eran

artefactos recientes para ella.

En sus veinticinco años en la empresa, se había hecho querer por sus compañeros de trabajo y había llegado muy apreciada por los jefes al día de su fiesta de despedida. La mañana siguiente se quedó en la casa. Hoy empiezo con algo nuevo. Su trabajo estaba ahora en la parroquia de Santa Beatriz donde organizaba sesiones de tejido de chompas y ropones para los vecinos de El Agustino. En medio de su rostro radiante, una sombra había ido formándose. La constatación de la ausencia de su esposo Leonardo a veces la asaltaba y la paralizaba en un encierro en la casa. Pero de esos encierros siempre salía radiante, dispuesta a ir a la parroquia para seguir tejiendo.

Durante los últimos años, Dora había ido ahorrando para su entierro. Lo que quiero ahora es irme con Leonardo y contarle que todo está bien, repetía mientras tejía algún ropón o chompa nueva. Ya lo tengo todo dispuesto. Ay, mamá, no hables así, decía rutinariamente Aurora.

La tía Avelina ya tenía el dinero con todos los pormenores definidos para cada monto y todo lo que iba a decirse al pie de su tumba, tal como Aurora se lo había especificado. El salmo de Corintios. La epístola de Pablo. Y al final, gloria a los hombres y mujeres de buena voluntad.

Debía ser enterrada al lado de su esposo Leonardo, como siempre se lo había prometido. Había comprado el espacio en el cementerio junto al suyo, un día después de la muerte de Leonardo. Acto de amor, voy a esperarle y a seguirle, era lo que le había dicho a Leonardo siempre. Si algo te pasa, yo me compro el hueco de al lado así que espérame allí nomás. Bueno, pues me sentiré feliz de que estemos juntos, le había sonreído Leonardo. A lo mejor habrá tiempo hasta de hacer sexo mortuorio. Ay, qué cosas dices, madre.

Esa mañana, con su madre esperándola en el salón del velatorio de la parroquia, Aurora se vistió con el traje que más le gustaba a su madre, el blanco y negro, con un cinturón de hebilla de plata. Así, con un traje que le gustaría a ella, fue a verla. Resultó ser la primera en llegar. Algunos colegas y practicantes del estudio vinieron a abrazarla, le preguntaron por los detalles de la enfermedad. Algunos hombres en sacos oscuros entraron cargando coronas de flores. Aparecieron amigos que no había visto en años, incluso antiguos vecinos. Una mujer tan buena, tan amiga, me parece que mañana va a llamarme para jugar a las cartas y luego ir al rosario. El señor Puma, abogado principal del estudio, entró con sus gafas anchas y su peinado de fibras blandas, y le dijo que le extendía su más sentida y apreciada condolencia, doctora. Gracias, gracias,

doctor. Tómese los días que quiera. El lunes voy y luego ya vienen las fiestas de fin de año. Tal vez me tome las vacaciones que me deben. No se preocupe, Aurora. No se preocupe.

En el cementerio, ella y Tito estuvieron al frente del grupo escuchando los golpes de tierra luego de ver descender el ataúd. Allí estaban. Juntos. Dora y Leonardo. Los eternos novios. Los muertos integrados por la tierra.

Durante las palabras del sacerdote, Aurora resistió con dignidad los rezos, los abrazos, las frases de condolencia, recibe Dios todopoderoso a tu hija Dora que partió en tu búsqueda. Amén. A lo largo de la espera de nuevos parientes y amigos, se enfrentó a los protocolos de la lástima, los rituales de las sonrisas convertidas en muecas, abrazos cerrados y húmedos, palabras rápidas.

Durante todo ese tiempo, Aurora sintió que otra mujer, que se había preparado para ese evento pero que apenas tenía que ver con ella, se había hecho cargo. Esa otra estaba sobrellevando los embates y mensajes del mundo de afuera. Había que verificar las cadenas gruesas de la bondad, la ceremonia de los abrazos, las palabras indecisas, los afectos póstumos, la buena voluntad de los que hubieran querido verla más, pero así es, qué vamos a hacer. Había que enfrentarlas y recibir sus cariñosas agresiones con la frente en alto. Era como un temporal. Mi más sentido pésame. Los acompañamos en el sentimiento. Que Dios la tenga en su gloria.

Por fin se alejó. Ya habría tiempo de regresar al cementerio a conversar con su madre, a preguntarle qué era lo que había querido decir. O quizá la visitaría en su dormitorio. Habría tiempo de hablar.

Las palabras dichas en una voz fina y precisa seguían circulando. Tu padre es el señor Peña. El señor Ignacio Peña. Vive en España.

De pronto sintió el estremecimiento de algo ajeno que salía de su cuerpo. Un golpe largo que le corría por la espalda y que se iba hacia atrás. Se alejaba de sí misma, como si estuviera mirándose a mucha distancia. Estaba observándose, habitando un cuerpo que había resultado no ser el suyo. Era el cuerpo de un desconocido llamado Ignacio Peña. Ella había recibido una materia extraña en los huesos, una red de organismos minúsculos que habían estado agazapados pero que ahora corrían por sus venas y que no tenían que ver con ella. Se sentía ajena a su piel, a su rostro, a la sangre que seguía sosteniéndola de milagro. Era una extraña que había recibido la vida de un extraño. El señor Peña. Ignacio. El señor Ignacio Peña.

Al día siguiente se puso las zapatillas y salió a correr. Atravesó la avenida

Arequipa, siguió por el centro Risso. Fachadas, carros, gente agrupada en las esquinas, policías alzando la mano, microbuses empujando chorros de humo. Iba a seguir, seguir hasta el final. Aquí estoy, madre. Tú dime dónde estás.

Esa tarde Aurora se quedó conversando con Tito y la tía Avelina. Tantos recuerdos, Dios mío. Todos los recuerdos vienen a acompañarnos. Nos consuelan un poco, como que quieren decirnos que no estamos solos.

Recuerdo cuando cantábamos juntos. Cuando cantábamos los domingos. Cuando vayas a partir, quiero que sepas. Y en la casa de los primos Narváez.

Yo recuerdo eso mucho de niña. Claro.

Y tu papá tenía una voz tan linda.

Claro, tía. Mi papá tenía una voz tan linda. No hablaba mucho pero cantaba muy fuerte. Y mi madre cantaba también, cantaba hasta algunos villancicos con nosotros. Y después los valeses y los huaynos, y el carnavalito. Ese paraíso de los padres. Los desayunos, los paseos, las conversaciones. Y te acuerdas del día en el que caminamos durante horas y nadie se cansaba, y nos encontramos con ese contador de chistes en el Parque de la Reserva. Y nos decía cuál es el lugar a donde van todos los gatos. Al purgatorio. Y nos reímos tanto ese día. Sí, ese día. Ese paraíso lleno de voces que era tan sólido, tantos niños como ella y como su hermano en el parque, la fortaleza que habían recibido de ese sistema de costumbres. La costumbre de la tranquilidad, de la confianza, de las manos apretadas de sus padres. El hábito de estar bien. Mi madre fue la que se encargó de hacer esta familia. Era un sistema, todo organizado: los almuerzos de los domingos, los paseos a la plaza y al malecón, ella junto a Leonardo, y las conversaciones y las idas a misa y los cantos en el coro, Santo, santo, santo es el Señor, y el trece de mayo la Virgen María bajó de los cielos a Cova de Iría, las reuniones con los tíos y los primos con la guitarra y con los juegos, la fe en esa energía concertada, un sistema de relaciones estables entre ellos, una fuente de decisiones y acciones. Tanto que nos hemos reído los cuatro, los cinco contigo, tía Avelina. Todas esas risas que ahora eran como cantos de fantasmas en la zona donde revolotean sus últimas palabras.

–Pero gracias a todo eso, gracias a nuestros padres, tenemos confianza en nosotros, en las cosas –dijo Aurora, señalándose la cabeza–. Todo eso lo hicimos juntos. Tuvimos nuestro modo de vivir juntos. Nuestros padres nos reforzaron el alma, nos dieron unos pies fuertes para estar en el mundo.

–Por eso a mi mamá me la llevo en el corazón –dijo Tito–. Una pena que tuve que irme a vivir fuera.

Aurora volteó hacia él.

–¿Te puedes quedar?

–No, Aurora. Lo siento. Pedí tres días de permiso en la oficina. Tengo que volver para allá.

Aurora volteó hacia el sillón vacío.

–Dicho sea de paso –dijo Tito–. Dime algo que no me quedó claro. ¿Qué fue lo que mamá te dijo cuando habló contigo a solas?

–Bueno, de todo un poco.

–Pero qué.

–Bueno. Que esperaba que fuera feliz, que esperaba que todo fuera bien. Y que tú y yo nos viéramos más. Nunca soportó del todo que te fueras. Pero, bueno, eso ya es la historia. Los hijos se van y vuelven y algunos se quedan.

–A mí también me dijo algo. Ella quería que encuentres un buen hombre –dijo la tía Avelina.

–También eso. Sí.

–Tan linda y tan capaz y no sé por qué, no sé qué pasa con los hombres que no te buscan más.

–Soy muy selectiva, tía. Tú ya sabes eso.

–No te preocupes –dijo Tito–. Ya vendrán buenos pretendientes para Aurora, con mucho dinero además. O ya saldrás a buscarlos.

–Así es.

–Bueno, yo sí tengo a una gringuita. Un encanto. Ya la conocerán.

–Seguramente, hermanito. Ya veremos.

Aurora se reclinó en el asiento. Ya veríamos, ya veríamos, hermanito. Y ella ya vería también lo que iba a hacer. Pero hoy mismo no voy a decidirme, madre, por favor no insistas.

Después de despedir a su hermano Tito en la puerta, frente al taxi, Aurora volvió a su casa. Era una vivienda de ciento cincuenta metros cuadrados que en ese momento parecía mucho más grande de lo que era, con una sala, dos dormitorios y un comedor con una gran mesa de madera. Al lado de la mesa había un aparador de vidrio y madera, con algunos objetos preciosos: las vasijas de la abuela, la cruz de Paucartambo, el retablo grande de campesinos con espigas.

Allí había tomado desayuno con su madre casi todos los días. Allí se había despedido de ella a las ocho de la mañana. Allí revoloteaban las voces en la mesa con las dos sillas.

Siempre se sentaban en el mismo lugar, su madre en la cabecera, ella a un costado. Siempre así, luego que Leonardo se había ido. Nadie les había asignado una silla u otra. Pero eran sus lugares. La silla de Leonardo había quedado vacía desde entonces. Y luego el sofá donde hacía el tejido y a veces leía algunas novelas. La televisión donde las dos veían los noticieros. Y ahora la casa había quedado para ella pero la verdad no puedo seguir aquí sola. Iba a decirle a su tía que se mudara unos días.

Las voces de su madre –mejor abrígate al salir, va a hacer frío, no te preocupes por ese problema en la oficina, déjalo pasar que ya sabes que en unos días nadie va a acordarse de eso–, seguían haciendo su ciclo habitual por el aire. Ella había vivido escuchando esas palabras. La habían protegido del mundo. La había recibido en herencia para poder seguir. El aire olía a su madre. Tenía su olor, algo indefinible, el olor al pelo blanco y a la piel oscura de su rostro y el olor del movimiento de sus manos y de sus zapatos negros de punta. Había que acompañarla.

–Muy bien. Claro que me voy a estar contigo unos días –dijo Avelina.

Era viernes y tenía todo el fin de semana para ella, antes de volver el lunes al estudio del doctor Puma.

Aurora se enfrentó a su primera noche en la soledad de su casa. Se echó, pensando que durante todo ese tiempo se había podido dormir sabiendo que su madre estaba en el cuarto de al lado, durmiéndose antes que ella, dándole el ejemplo de cómo descansar, y sabiendo que la cama en la que ella estaba se había unido a la otra, desde siempre, sin saberlo. Saber que su madre dormía cerca la había arrullado. Sí. Pero ahora tenía que quedarse dormida en un espacio que se había vuelto un vacío, sin el equilibrio que le había enviado Dora desde allí.

Era allí también donde esta había dormido con Leonardo durante tantos años, y luego allí había aprendido a dormir sola, pensando en él. Leonardo las había dejado de la peor manera, sin un anticipo de duelo. Pero habían pasado por todos los recuerdos de su padre juntas. Así como se habían acostumbrado a estar primero los cuatro, luego los tres, Aurora y Dora habían organizado su vida juntas, una pareja de costumbres consolidadas por la fe. Aurora había salido con sus amigas, había llegado a cualquier hora, pero siempre había encontrado su

taza y la cafetera y dos panes con jamón en la mesa. Allí estaban como una comprobación de la existencia de Dora, una ofrenda de la vida cotidiana con ella. Llegarás muy cansada, seguro. Te dejo algo para que comas allí afuera. Claro, la vida cotidiana con Dora tal como ella había supuesto.

Y ahora esas palabras. Leonardo no es tu padre. Bendito sea.

La luz que había iluminado siempre la sala de su casa aparecía ahora rozando algunas esquinas nuevas. Aurora pensó que en ellas había estado siempre ese otro hombre, hurgando en la oscuridad. Se preguntó cuántas veces Dora habría supuesto que reconocía en su hija las facciones, la forma de los ojos, el color de la piel, algún gesto instintivo de los labios, a lo mejor algún tono en la voz, quién sabe. Era un modo de decirlo. A lo largo de su vida, ella le había llevado a cuentas su pasado. Hasta que se había liberado en esas palabras, no eres hija de Leonardo, el hombre se llama Ignacio Peña, vive en Madrid, cuántas veces había escuchado ese nombre dentro de ella en silencio, cuantas veces esa frase hasta que la había visto volar por el aire e incrustarse en la pared, y con ella a lo mejor el rostro de ese tipo llamado Ignacio, cuantas veces antes algún gesto, un encogerse de hombros, un movimiento de las manos, lejos de todos los demás, solo con ella. Dora.

Sí. Su madre había tenido las fuerzas para decírselo pero ella no había tenido las fuerzas para escucharla. Y ahora debía contárselo pronto a Vicky.

Su amiga Vicky, que la había acompañado los días anteriores, siempre con su sabia sonrisa, vendría a llevarla para tomar desayuno ese primer sábado sin Dora. Saldrían luego a dar una vuelta, tal vez a conversar. Si, necesitaba hablar con ella, con alguien, con ella.

Tomó un Dormex y se echó en la cama, preguntándose qué más le iría a contar su madre en la comodidad y la complicidad de los sueños. Estaba en su propio cuarto y sin embargo esa medianoche, al despertarse con una tensión en los huesos, decidió pasarse a la cama de Dora para hablar más tranquilamente. Desde allí podría escucharla mejor.

Era su primer sábado sin ella y felizmente Vicky iba a llegar.

El sábado era el día del café de media mañana en el sol de la plaza de Lince. Era el día con tiempo de leer los periódicos, a veces de intentar hacer el Geniograma.

Algunos señores se sentaban en las bancas a mirar el aire, algo aturdidos, fumando, a veces con una sonrisa.

Esos sábados en la mañana, por lo general Aurora salía a dar un paseo, iba a alguna tienda, hablaba con Vicky. Pero hoy desayunaría fuera de casa, que se había vuelto insoportable apenas la mañana comprobaba el vacío del dormitorio y de los corredores. Iba a salir. Podría pasar el día con su mejor amiga.

Miró el reloj. Las seis. Muy temprano para llamarla.

–¿Cómo estás, Auris, chica linda? Justo estaba pensando en ti. Lindo salió el entierro, oye.

–No sé, pero mi mamá habría estado feliz de ver allí a todos los que fueron. Y le habrían encantado las palabras del cura.

–Todo como ella lo dispuso.

–No todo. O bueno, sí. Pero hubo algo que dispuso a última hora.

–Qué.

Durante el silencio que siguió, Aurora se mordió los labios.

–Como te decía. Tengo algo que contarte, Vicky. Algo sobre lo que me dijo mi mamá. Pero quiero verte.

–Ahorita salgo. Te encuentro en el lugar de siempre.

Aurora había conocido a Vicky en la facultad de Derecho de la Universidad de San Marcos. Las dos se juntaban los fines de semana para repasar los códigos de derecho laboral, derecho familiar y todos los derechos que los profesores les endilgaban. A veces repetían en voz alta los códigos, y luego inventaban canciones con las letras de cada uno. Se veían todos los días en las clases. Algunas noches Vicky había ido a la casa de Aurora a escuchar música, conversar, tomar cerveza, hablar de amigas comunes y llamarlas de vez en cuando para ir al cine o juntarse para alguna fiesta. Cantaban juntas en voz alta las canciones de Freddy Mercury y de vez en cuando repetían entre cervezas «We are the champions». Ambas habían tenido relaciones felices con varios muchachos pero ninguna se había casado. El problema principal era que pasados los festejos y rituales del sexo, los hombres las aburrían con su conversación. Su olor sobre todo. Aurora había detestado el olor en sus dos parejas recientes. Olían a ellos mismos.

Estamos hechas la una para la otra, dijo Vicky alguna vez. Mejor estar solas que tristemente acompañadas. No hay hombre para nosotras. Pero si yo tengo

una hija alguna vez, le pongo Victoria y si tú tienes una, le pones Aurora. Y si es hombre le pongo Auroro o Auris, qué te parece, le contestó. Bueno todos se van a burlar de mi tocayo, le había dicho Aurora. Pero ese nombre que tienes. Aurora. Ya nadie se llama así. No sé en qué pensaba mi mamá cuando me lo puso. Acuérdate de la canción «Aurora, me has entregado al abandono». Igual te digo que con el tiempo mi nombre me está gustando. Te diré que tengo un sueño estos días. Que estoy metida en el fondo de un pozo y me dedico a reforzar sus paredes cuando puedo. A lo mejor por eso escogí ser abogada, para entender un poco cómo viven los demás o cómo deben vivir y para salir un poco de mí misma y de mis vainas. Y para ampararme en alguna ley de la vida, de algún modo, como sea. Y felizmente llegaste tú, amiga. Yo me encierro pero después vienes tú y me ayudas, Vicky.

Estaban en la cafetería de losetas blancas, sillas de formica y carteles con el menú del día. Les habían llevado dos tazas de café negro.

—¿Qué ha pasado? —le dijo.

—Bueno, no sé cómo decirte esto. Parece una telenovela, la verdad. Es terrible y a la vez, bueno, no tiene nada de original.

Vicky acercó la cara. Aurora le sonrió.

—Pero qué pasa.

—La típica escena, se puede decir.

—Me estás intrigando, amiga. Dime.

Una pareja de jóvenes enamorados entró a la cafetería. Llevaban ropas negras. Se sonreían y se acariciaban. Parecían a punto de hacer el amor sobre la mesa.

Aurora miró a la plaza. Era una mañana de calor con neblina. El peso del aire había aumentado y en la vereda podía verse el avance esforzado de la gente que muestra su agotamiento por el fin de un ciclo de sus vidas y en algunas pocas personas, la prisa y la ansiedad que anticipan las fiestas de fin de año. Un microbús lleno de colores alzó un polvo negro contra el sardinel. Una mujer de pelo blanco apareció en la vereda, volteó hacia el café y la miró, como si esperara que le hiciera una confesión.

—Bueno, si no te cuento, no sé qué voy a hacer.

Vicky parecía haberse tranquilizado. Aurora se había dicho esas mismas palabras desde muy temprano esa mañana.

—Ya dime, pues. Me estás matando.

—Bueno. Mi madre... Bueno, mi madre me dijo que mi padre no es Leonardo,

Vicky. Eso me dijo.

Se hizo un silencio. Un camarero pasó con dos tazas de café negro para la pareja en la mesa de al lado. Luego todo pareció detenerse.

–Qué.

Aurora miró hacia la taza. El café negro humeaba con un hilo fino y movedizo.

–Es otro hombre. Sí. Eso me dijo.

–Pero... no lo puedo creer.

–Bueno, ahora mismo que te lo digo, yo tampoco me lo creo. Es algo que no puedo creer, la verdad. Te lo cuento y me parece que otra está hablando.

–Ay, Aurora. Ay, Aurora.

Solo entonces, cuando las palabras estaban allí en el aire, convertidas en objetos sonoros, unos sonidos hechos con la forma de su voz, de su propia voz, aves negras creadas para volver hacia ella cada cierto tiempo, cuando vio la cara de Vicky, alguien fuera del pacto familiar escuchándolas, cuando supo que estaban empezando a sembrarse en el aire que las unía, Aurora se dio cuenta de lo que significaban. Eran una prueba concreta de su nuevo pasado, tal como se iniciaba en ese instante. Dichas por ella, colocadas en el rostro de Vicky, lejos de su madre muerta, tenían una nueva autoridad. Ella debía seguir las huellas que le dejaban, como señales en un camino de piedras.

Vicky se puso las manos en la boca. Había palidecido.

–¿No estaría delirando o algo?

–Hay unas pruebas, por lo visto.

–Qué pruebas.

Aurora señaló hacia la ventana. Su calle no estaba lejos.

–Me dijo que allí en el armario hay un cofre donde puedo encontrar algo sobre él. O de él, no sé. Y que lo busque.

–¿Qué busques a quién?

–Te estoy diciendo. A mi verdadero padre.

–Ah... bueno. Perdona, es que estoy tan aturdida que...

–Dice que es un español. Un hombre que vive en Madrid.

–Ah... No lo puedo creer. No sé qué decirte.

–No me digas nada. Yo tampoco sé qué decir.

–¿Y dónde lo conoció?

–Lo conoció en el Cusco cuando trabajaba allí. En la empresa minera donde trabajaba.

–Mierda.

–Y no sé mucho más. Sí sé su nombre. Me lo he repetido varias veces.

–¿Cómo se llama?

–Ignacio. Ignacio Peña. Creo que eso fue lo que me dijo.

Una franja de sol se había abierto paso en el piso de la cafetería. Era una forma larga y oblicua. Un hombre alto entró, dejó una sombra afilada y se sentó en una esquina. Leía el periódico.

–Bueno, bueno. Esto no puede ser, amiga. Esto no puede ser.

–Qué haces.

–Voy a pagar. Vamos a buscarlo ahora mismo. Vamos a buscar lo que te dejó tu madre en el cofre y vamos a buscar el nombre de tu padre en internet, amiga.

–No sé si quiero.

–Bueno, tenemos que verlo. Tenemos que ver su foto.

Vicky sacó su teléfono.

–Mejor vamos a la casa y vemos la computadora.

Aurora alzó su taza de café.

–No hay tiempo de tomar esto. Vamos.

Al llegar a la casa se sentaron frente a la computadora. Vicky escribió el nombre. Aparecieron algunas respuestas. El mismo nombre en México, en Argentina, en Colombia, en España.

–Hay tres españoles que se llaman así –dijo ella–. Los tres en Madrid. Pero no encuentro las fotos. Las que hay no dicen si son españoles o de otro lado.

–Déjame ver –dijo Aurora.

Vicky apretó las teclas con fuerza. Era un sonido rítmico, como un conjuro. Las fotos fueron apareciendo, con sus nombres.

–Míralos. Aquí están.

Aurora miró la pantalla. Un Ignacio Peña era ingeniero. El otro era abogado. El otro era un empresario de seguridad. Los tres tenían entre sesenta y sesenta y cinco años.

–Deben de ser más o menos de la edad que tenía mi madre. Quiso darme más detalles pero no pudo. Y tampoco estaba muy lúcida cuando lo dijo. No sé. A lo mejor es todo un arrebato de mi madre, un delirio, no sé.

Vicky se acomodó en la silla. Al frente la pantalla brillaba.

–No dice aquí que ninguno viviera en el Cusco –dijo–. Ah, pero mira. Hay uno que dice que vivió un tiempo en Cochabamba, Bolivia. Es el de la empresa de seguridad. Pero nadie en Perú.

–Mira a ver si puedes encontrar las fotos otra vez.

Vicky apretó varias teclas. De pronto encontró una nueva foto de Ignacio Peña. Ingeniero.

Era un tipo de aspecto juvenil y decidido, a pesar del pelo entrecano. Miraba a la cámara con una media sonrisa, un dibujo cauteloso y firme. Abajo había más datos. Dirige la empresa de construcción Fortuna. Es casado, tiene dos hijos. Vive en Madrid.

–La verdad es que se parece a ti. Un poco.

–No sé. A ver si encuentras a los otros.

Vicky siguió buscando. Pronto aparecieron los otros dos. El Ignacio Peña abogado, vaya ironía, se parecía en algo a su tocayo.

–Y a ti también, la verdad –dijo Vicky–. También se parece a ti.

–A ver el otro.

Vicky movió la tecla varias veces. Filas de fotos desfilaron frente a ella. Por fin vio algo. Era una foto en una página social, en una revista.

–Allí está, el segundo de la izquierda.

–Es distinto de los otros.

–Pero se parece a ti, de verdad, también un poco.

–Mi mamá me dijo algo más.

–Qué.

–Que tiene una mancha roja, en la mano izquierda.

–Bueno, bueno. Esto va a ponerse bien. Tienes que ir para allá de todos modos.

–Me dijo que en el cofre iba a encontrar algo más. Pero no me he atrevido hasta ahora a buscarlo.

–Pero por qué. Vamos allá.

Las dos llegaron al dormitorio de la señora Dora. La cama estaba tendida, los barrotes de madera en alto, la caja con sus aretes lista para que la señora la abriera. Todo estaba esperándola.

–Déjame a mí –dijo Aurora.

Abrió el armario, movió la ropa de su madre (qué haría con todo eso, ya lo vería luego, pensó que se quedaría con un vestido de ella para recordarla y para ponérselo alguna vez, pero por ahora nada, su ropa se quedaría allí, como ella) y encontró, junto a unos zapatos alineados, el cofre negro con rayas doradas.

–Aquí está.

Aurora lo sacó y lo puso encima de la cama.

Por un instante, ninguna de las dos habló.

Aurora abrió la tapa.

Dentro había dos objetos. Uno era una foto. El otro era un papel escrito a mano.

–Mira esto.

Aurora vio a una mujer abrazada a un señor. Eran ellos. Sí. Estaban en Machu Picchu. Las ruinas detrás, las laderas, los caminos y los muros, el cielo abierto. A Aurora le tomó un momento reconocer las facciones de su madre.

–No lo puedo creer –dijo Vicky–. La señora Dora. Tan joven.

–Y él.

–Bueno, bueno. A tu mamá le significó algo todo esto. Si no, no lo hubiera guardado allí, digo nomás.

–Seguramente lo escondió de mi padre.

–Seguramente. No creo que él viera esto.

–Pero sí sé que supo del asunto.

–Qué.

–Fue antes de que se conocieran, Vicky. Cuando mi mamá lo conoció a mi papá, ya estaba embarazada de mí. De este señor que ves aquí.

–Caramba. Qué capo tu padre. Qué maravilla que haya hombres así.

–Me aceptó sabiendo que no era su hija. Me quiso antes de conocerme, sabiendo que no era suya.

–Eso era porque quería a tu madre. Y a ti, obvio.

El papel estaba allí, escrito a mano.

–Y esto es una carta –dijo Aurora.

La abrió.

Acercó el papel, lo puso entre las dos.

La leyeron juntas. Letras seguidas, a mano, sin tachaduras, escritas de un tirón.

Querida Aurora.:

Al momento de irme, quiero que sepas que no voy a olvidar ninguna de las veces que hemos estado juntos. No voy a olvidar tus labios ni tus palabras ni tus silencios. No voy a olvidar tus ojos hermosos y profundos, mirándome. No voy a olvidar tus caricias, tus besos, tu alegría, tus tristezas y tu modo de caminar, tus piernas junto a las mías en las caminatas por la plaza, por el barrio de San Blas. Vas a estar conmigo, Dora. Vas a estar conmigo. Cómo

me ayudabas, mujer, cuando me sofocaba, y cómo me dabas ánimos para subir esas cuestas. Y para todas las cuestas de mi vida, Dora. Y ahora... tengo que partir sin ti. Tengo que partir de regreso porque estoy atado a mi vida allá. Porque aquí no tengo futuro. Vamos. Por todos los problemas que conocemos. Por ti. Por mí. Mi vida es una familia, un trabajo, un futuro allá. Aquí hay demasiados problemas. No puedo ocultarlo. Si tan solo vinieras conmigo. Pero no puedes. Lo entiendo, aunque no lo creas. Lo entiendo. Pero no lo acepto. Espero que seas muy feliz. Espero que pueda verte mucho en mi imaginación. Espero que nos encontremos algún día. Mi vida se va por muchas direcciones pero no voy a regresar a América, creo. Voy a buscar una vida en España ahora que mi padre ha muerto. Algún día quizá sea senador en las Cortes de España. Eso es lo que más quiero. Pero no puedo quedarme aquí ni puedo llevarte ni puedo hacer nada más que recordarte. Recordarte. Quererte. Amarte.

Abajo había un trazo que no era una firma ni mucho menos. Seguramente en un instante de pudor y de arrepentimiento, el señor Ignacio había querido borrar su última huella.

—¿Será senador, como dice?

Vicky volvió a la computadora.

—Aquí dice que el Senado se consagró en España con la Constitución de 1978. Fue justo diez años después de eso cuando estuvo aquí.

Aurora no contestó.

Seguía mirando las letras, la foto, el rostro de su madre. Y junto a todos ellos, más grande, más fuerte, la cara de su padre. De Leonardo.

—Mi madre me dijo que fuera a conocerlo.

—Yo pienso lo mismo. Tienes que ir allá.

—No sé qué hacer.

—Tiene que saber que existes, Aurora. Tiene que saber.

Aurora fue al cajón. Sacó el sobre. Un montón de billetes de cien dólares se esparció por la cama. Algunos cubrieron la carta y la foto.

—Ahorró durante toda su vida para dejarme esto. Así me dijo. Para que vaya y le dijera algo a mi papá. Para que me ayudara, me dijo.

Vicky se quedó en silencio.

—Creo que tienes que ir.

—No sé. No me atrevo.

–Tienes los días de fin de año ahora. Y tus vacaciones. Y con lo de la muerte de tu madre puedes decirle al estudio que necesitas un viaje.

–Sí.

–Mira –dijo Vicky–. Tu mamá escogió para morir estas fechas para que pudieras ir. Tienes el tiempo libre.

Aurora guardó la carta y se quedó mirando la foto.

–Pero no sé cómo voy a encontrarlo.

–Anda y búscalo.

–Si al menos supiera quién es. –Hizo una pausa y agregó–: Pucha que ahora ya no sé ni quién soy yo.

–No sé qué decirte, amiga.

–Vamos a salir que tengo que tomar aire.

Estaban caminando junto a la iglesia de Santa Beatriz. Allí estaba su torre alta y sus rejas y la imagen de esa mujer de sonrisa medida, una sonrisa en la que ella habría podido guarecerse. Aurora se detuvo.

–Ven conmigo –le dijo a Vicky.

–¿Vamos adónde?

–Allí, a la iglesia. Quiero arrodillarme y pensar y decir algo.

Al mediodía, después de una larga caminata, entraron a almorzar en el restaurante de la esquina. Se sirvieron una causa de atún, pescado frito con lentejas y una jarra de chicha morada. Hablaban entre silencios que Vicky trataba de llenar. Yesenia, la camarera, las conocía bien y después de desearles felices fiestas, les preguntó si se servirían algo más.

–No tengo ni idea de qué hacer ni de cómo acercarme a él. ¿Qué voy a hacer, presentarme en su casa y decirle que soy su hija? Parece una mala película.

–No sé, ya me estás confundiendo. Pero tienes que ir, Aurora.

–No pienso reclamarle nada.

–Pero no puedes quedarte aquí y seguir como estabas ahora que sabes esto. Es como tener una vida incompleta. Tu padre está allá y no lo conoces. ¿Y tú acá? Ni hablar.

–Bueno, ya voy a ver lo que hago. ¿Qué vas a hacer en Navidad?

–Ay, no sé. Cualquier cosa, oye.

Un poco más tarde estaban caminando por el Malecón de Miraflores. El faro pintado de negro se iba acercando. El universo del mar, como un abismo gris y azul, se movía hacia el fondo. Los caminantes y corredores y familias avanzaban por el malecón, o se sentaban a mirar el susurro lejano del agua.

–A veces me gustaría tirarme al mar y perderme allá, al fondo, pero allá en la última línea –señaló Aurora–. Es lo que más quisiera.

–Cualquiera tiene ganas de eso. Pero aquí estamos y aquí tenemos que volver, amiguita.

–Aquí estamos y desde aquí tenemos que irnos.

–Tú lo has dicho.

–¿Así que tengo que ir a España, crees tú? ¡Ir y buscar al que puede ser mi padre y presentarme y nada más!

–No sé. A veces todo puede parecer ridículo. Ir a buscar a tu padre a España te puede parecer ridículo. Pero no ir es más ridículo todavía.

Las olas iban formándose desde lejos, como si la amenaza de llegar a tierra les diera una furia inesperada. Algunos surfistas aprovechaban las montañas movedizas para encaramarse encima por unos instantes gloriosos. Los parapentistas que vigilaban el cielo parecían estar aprobando todo lo que ocurría.

–¿No te has puesto a pensar que se ha muerto o que no es uno de los que hemos buscado? Es una tontería pero puede pasar. Bueno, bueno, pero todo puede pasar, como dices.

–Y además.

–Me lo pidió mi madre, ya sé. Y cuando una madre pide algo, alguna razón hay.

–Claro que sí. Y la razón es que ahora no puedes dejar de pensar en eso.

–No sé. ¿Qué voy a sacar yendo?

–No te puedes quedar con lo que te dijo ella nomás. Tienes que saber lo que pasó. Y verlo a él.

–Pero ya te digo que no quiero reclamarle nada.

–No es por reclamarle. Tienes que verlo. Y a lo mejor él también tiene que verte a ti. ¿Sabe que existes?

–Ya te digo. Mi madre le contó. Le dijo que estaba embarazada, así que me imagino que él también habrá pensado que yo iba a aparecer algún día.

–Así parece. Entonces tienes que ir. Haz realidad sus sueños, o sus pesadillas, yo qué sé.

Se sentaron a mirar el océano que parecía haberse calmado. Ahora iba

despidiendo olas como en una fábrica natural. Al fondo se podían ver algunas sombras curvas y una serie borrosa de líneas horizontales con tonos de amarillo y azul que se integraban al gris esplendoroso del cielo.

Aurora se quedó en silencio. Un rumor se abría paso entre el ruido de las voces a su lado.

–Cuando yo era chica pensaba que el mar nos enviaba mensajes –dijo Aurora–. Esos mensajes eran las olas. Cada uno era distinto. Algunos eran muy débiles y cortos y otros eran enormes. A veces los mensajes se chocaban unos con otros y venían nuevos que chocaban con los anteriores. Todo era un ir y un regresar siempre. Nada es definitivo.

–Vaya. Nunca había oído eso. Mensajes que nos manda el mar. Qué simpático.

–¿Te burlas?

–No, para nada.

–Pero como nadie sabe que el mar nos manda esos mensajes, como nadie los entiende o los valora, entonces el mar va a seguir con sus mensajes para nosotros, hasta que nos enteremos. Eso pensaba yo.

–¿Ah, sí? ¿Y qué piensas que el mar te está diciendo ahora?

Las dos se quedaron en silencio. Un grupo de turistas en pantalones cortos pasó frente a ellas.

–No sé.

–Yo creo que sí sabes.

Se quedaron en silencio.

–Ya se me venció la fecha del pasaporte –dijo Aurora–. Mejor sería sacar uno nuevo. Voy a sacar el biométrico.

–Y además con todo lo que has viajado, bueno, ya debe estar lleno. México, Argentina, Colombia, Nueva York. Hasta New Orleans conoces.

–La ciudad más linda, ya te dije. Gente de todos lados iba allí.

–Bueno. Cuestión de un trámite el nuevo pasaporte. ¿Quieres que vaya contigo a España?

Aurora sacudió la cabeza.

–No. Tengo que hacer esto sola.

–Por lo menos te acompaño a renovar el pasaporte. Eso por lo menos. Y además no te preocupes, que vas a estar muy bien allá.

Aurora se quedó en silencio, mirando a la distancia. Luego movió la cabeza hacia abajo y murmuró:

–Vamos a ver qué pasa.

–Ya sabes que viví un año en Madrid, amiga. Yo sé lo que te digo. Vas a encontrar a tu padre allí. Vas a ver.

Al día siguiente, Aurora salió de la oficina de migraciones con el pasaporte nuevo en la mano. Era como ascender de categoría, pensó. Casi soy un ser humano reconocido. Ahora hay un nuevo documento. Están mis datos, mi nombre, mi foto tal como soy ahora, no la de antes. Ahora miro a la cámara sabiendo algo sobre mi padre que en la imagen anterior mi rostro ignoraba. En esta foto solo yo sé lo que ha pasado. Soy otra en esta foto y no sé qué va a pasar...

–Bueno, te felicito –dijo Vicky–. Y ahora que no necesitamos visa a España puedes irte cuanto antes.

–Ya veremos.

–Vamos a la agencia de mi amiga Karen, como que nos paseamos.

Las dos llegaron a una agencia de viaje en la avenida Pardo de Miraflores. Entre calendarios y computadoras, las atendió Karen, delgada, sonriente, con el pelo atado, preguntando qué había sido de la vida de Vicky.

–Bueno, pero dime, qué te trae por aquí.

–Es que es para mi amiga. Ella es Aurorita. Quiere irse a Madrid.

–¿Quieres irte a Europa en estas fechas? Pero si ya está todo tomado –dijo Karen mientras miraba a la computadora.

Karen se quedó como hipnotizada, el rostro iluminado, haciendo unos sonidos de pequeños tambores, la piel estirada con lo que acababa de ver.

–Espera, mira. Mira. Estás de suerte, oye. Tenemos una cancelación. Puedo ponerte en un vuelo que sale el sábado.

–Bravo, oye. Yo ya sabía que tú lo ibas a hacer.

–Esto es como un milagro, mira. Parece que alguien te ayuda desde algún lado.

Caminando por la alameda de la avenida Pardo, Aurora sintió que el sol caía entre las hojas con todo su peso. Una seguidilla de franjas de luz, como lanzas y cuchillas, se había formado en la alameda. Corría un viento delicado y las luces se movían de un lado a otro.

–Ahora te dejo, Aurora. Tengo que irme al trabajo.

–Gracias, Vicky.

Las dos se abrazaron.

–¿Te veo antes de irme?

–Te llamo mañana –dijo Vicky–. Y ten cuidado con cambiar de opinión.

Aurora siguió por la Alameda Pardo. Había un tráfico de autos a ambos lados pero allí, en medio, como si el tiempo hubiera encontrado un refugio, el aire se había agrupado en un extraño silencio. Las hojas de los árboles se habían detenido, la acera había quedado vacía entre dos grupos de caminantes.

Se sentó en una banca. Las pistas estaban desiertas por un momento. Los autos avanzaban a una gran distancia de allí, como en una procesión.

Estiró las piernas como si pudiera llegar al otro lado de la calzada. Imaginó que Leonardo, su padre, había creado ese momento de silencio para ella, para ellos dos, para que pudieran encontrarse de pronto y para siempre, cuando todo parecía haberse replanteado, para volver a hablar a solas.

De pronto vio a un hombre delgado y alto, con un maletín. Tenía un paso rápido y medido. Había algo parecido a una marcha militar en su prisa y su cadencia, la marcha de alguien buscando atacar una fortaleza que lo esperaba al fondo de la Alameda. Aurora apoyó la espalda en la banca como si pudiera darle más espacio. El hombre pasó frente a ella y en el preciso instante en el que estaba muy cerca, se volteó a mirarla. Ella cerró los ojos.

Pensó que estaba en la cama de su madre. Allí estaba con Dora, acurrucada. Y pronto apareció su padre Leonardo abrazándolas. Cómo están mis nenas. Ella con los dos. Y en la oscuridad, una sombra larga, un hombre sin rostro, que merodeaba por la habitación.

Abrió los ojos. Sacó la foto de Dora y de Leonardo. La sombra de los árboles los acariciaba. Los dos mirándola, pendientes de lo que ella iba a hacer. Iba a ir a buscar a su padre en Madrid. Sí. Lo voy a hacer. Es lo que querías, mamá.

Se descubrió mirándola un tiempo largo. Luego se dirigió al rostro de su padre.

Mira, papá. Voy a hacer esto. Voy a ir a Madrid, voy a buscar a ese hombre, no sé si lo voy a encontrar. Voy a hacerlo pero no sé por qué. Creo que porque me lo pidió tu esposa Dora, y porque a pesar de todo, siempre fui una niña obediente. Te pido perdón. No debería hacerlo. No quiero que pienses mal de mí. No quiero que creas que no te quiero porque busco al otro hombre. No, no. Tú eres mi papá porque contigo salimos a caminar por la calle, contigo fuimos al

parque a tirar la pelota, fuimos al cine los viernes, y luego fuimos al teatro los domingos por la tarde, y en los inviernos íbamos al circo y allí nos reíamos juntos. No me olvido del payaso que me invitó a pasar al centro del circo esa vez. Y yo le pinché un globo en el pecho y nos reímos tanto con ese payaso de nariz redonda y sombrero amarillo y con sus labios rojos y con su voz aguda, nos mirábamos y nos reíamos. Y luego, un día tú me hablaste del futuro y de todo lo que podía hacer. Me diste fuerzas. Aprendí a tener esperanzas contigo. Me enseñaste a pensar que todo podía ir bien. Me fortaleciste las piernas, el corazón y la cabeza. Y me acompañaste junto a Tito. Estuvimos los tres, los cuatro. Siempre fui igual que él para ti. Recuerdo ese día después del almuerzo que nos contaste de cuando cargabas bultos en el mercado central de San Pedro en el Cusco y te quedaste sentado de repente y dijiste voy a estudiar, voy a seguir una carrera, como sea, estudiaré por las noches, cuando sea, pero voy a salir de aquí. Eso lo recuerdo mucho. Con todo lo que te admiro y te quiero y te extraño y a veces lloro por ti, cuando estoy sola tantas veces que lloro por ti, papá. Pero ahora resulta que todo lo que yo pensaba sobre ti y sobre mí, no sé, tenemos que rehacerlo. No sé por qué mi mamá tuvo que decirme eso pero también le agradezco, porque ya comprenderás, porque yo tenía derecho de saber. No sé si es mejor saber todo lo que ha pasado pero ahora mismo creo que sí es mejor. Y voy a ir a Madrid. Voy a ir, pero no para que ese señor me ayude, como dijo mi mamá. No sé qué le pasaba a tu mujer cuando habló así. No voy a ir por eso. Voy a ir para verlo, para hablar con él. Quiero saber si ese señor existe, de verdad. Verle la cara. Escuchar su voz. Para darme cuenta. Porque hasta ahora creo que mi mamá me inventó algo, no sé. Lo que pasa es que no puedo creer que todo lo que hicimos juntos tú y yo, tuviera que ver también con otro hombre. Tú a lo mejor pensaste muchas veces que él andaba por allí, por mis facciones, por mi voz, por mi modo de ser. Pensabas que él andaba allí merodeando entre mis pupilas. O sea que vagabundeaba por mi cara y por mi cuerpo, como un animal escondido. Pero todo lo que soy yo, en verdad, eres tú. Igual tengo que ir. No me puedo quedar así después de lo que me dijo Dora. Tengo que buscarlo. No sé si lo encontraré, no sé. Tampoco sé qué le diré si lo encuentro, pero te advierto que voy a pedir tu consejo cuando esté por allá. Voy a pedir tu consejo.

Aurora guardó la foto. Luego sacó la de su madre.

Contigo mejor hablo después. Ahora no sé qué decir, carajo.

De pronto vio que un guardia se acercaba.

—¿Está todo bien, señorita?

–Sí. Todo bien. ¿Por qué?

–Porque usted parece muy pálida. La he estado mirando.

–No se preocupe.

–¿No quiere que llame a una ambulancia?

Aurora se puso de pie. Podía tomar un taxi a su casa. Hacía demasiado calor.

La mañana siguiente sonó el teléfono. Era Vicky.

–Estaba pensando en qué le vas a decir.

–Yo estaba pensando más bien en por qué estoy yendo.

–Bueno, mira. Estás yendo por curiosidad. Esta vez sí que tienes derecho a la curiosidad, amiga. Tiene que contarte la historia. Tienes derecho, no sé, tienes derecho a saber qué pasó, cómo se conocieron, por qué se fue el señor, todo eso. Tu madre no te contó casi nada, salvo lo más importante. Pero nada más.

Hubo una pausa. Un heladero dejó sonar su bocina en la ventana.

–Sí, porque la verdad, si te digo, quiero que me cuente la otra mitad de la historia. Lo que mi madre no terminó de contarme, mejor dicho.

–Que te cuente la historia.

Aurora vio pasar a un hombre por la ventana. Tenía un saco viejo pero limpio, el peinado recortado en líneas precisas, un andar rápido y vacilante. Seguramente había salido a dar una vuelta y volvería a una casa donde lo esperaba un té y algunas galletas, los consuelos de un tipo de su edad que se mantenía en silencio en el mundo.

–Sí, la verdad tengo que verlo –dijo.

–Y que sepa que existes. Y cómo eres, pues.

–Sí. Sí. Saber quién es él –dijo Aurora–. Que me diga quién fue mi madre para él. Y quién soy yo. Eso es lo que quiero.

–Bueno. Te llamo más tarde. Tengo que ir de compras ahora. Qué huevada tener que comprar para Navidad.

–Felizmente ahora solo tengo que regalarle a mi tía Avelina.

–Así es. Menos regalos. La muerte simplifica todo.

Aurora apagó el teléfono.

Tenía que ir a buscar un regalo pero prefería dar vueltas. Podría ir a algunos de los almacenes en la avenida Arenales o a Miraflores. Aurora llegó a la calle Diagonal y se sentó frente al parque Kennedy. Vio un grupo de gatos sobre la yerba. Uno de ellos tenía el cuerpo anaranjado y blanco, como un pequeño tigre

domesticado. El animal la observaba con los ojos de fuego. Estaba como en un estado de estupor y a la vez en la lentitud de una paz natural.

–Así es, querido amigo –le dijo–. Tú me entiendes.

Algo ocurrió esa noche pues Aurora durmió apenas, sin pensar en nada, como flotando en el aire sobre la cama. Tomó una pastilla y luego otra y se quedó al borde de tomar una tercera, pero logró contenerse.

Apenas vio algo de claridad en la ventana, se puso el buzo y las zapatillas. Abrió la puerta y sintió el sabor salado del aire. Empezó a correr por la plaza de Lince. Tenía que hacer sus diez kilómetros. Era otra persona, alguien a quien amaba, cuando empezaba a correr. Se sentía una adicta a la velocidad con la que dejaba atrás el mundo. Los golpes en la vereda sonaban como tambores hacia la guerra. Vio un mendigo echado entre sus harapos que abría los ojos, un carro policía avanzando, algunas mujeres de velo negro yendo a la iglesia, un camión de la basura detenido con algunos desperdicios flameando, un policía con la mano furiosa en alto, una fila de árboles alineados como banderas de despedida. Tenía el viento en los ojos. En el camino la voz de su madre insistía, anda a buscarlo, se llama Ignacio Peña. Una mujer de traje largo la vio pasar y se quedó mirándola, y la voz de su madre insistía, Leonardo te aceptó en mi vientre, él con toda su nobleza y su amor, ahora que lo vea voy a contarle que te dije.

Dio varias vueltas, regresó a la casa, se reclinó contra la puerta dando jadeos. Miró a su alrededor. Estaba en su casa aunque no lo pudiera creer. No recordaba haber tomado el camino de regreso.

Entró a la ducha y se refugió en las ráfagas de agua tibia que parecían golpearla y acariciarla al mismo tiempo.

Al salir de la cámara de agua y de vapor, se quedó de pie, lívida, mirando el espejo borroso de humo y se dio cuenta de que su cuerpo estaba apareciendo poco a poco, como viniendo lentamente desde el olvido, instalada en la eternidad de esa gruta líquida. Era como un cuerpo que se concretaba entre ese humo gris, las comprobaciones paulatinas de la memoria. Poco a poco el aire se fue disolviendo y ella empezaba a aparecer, materializándose en una superficie cristalina y ardiente en la humedad. Mientras se miraba como por primera vez, ese cuerpo de piernas largas, pechos anchos y abiertos, el mentón afilado y los ojos luminosos y líquidos, se dio cuenta de que estaba viendo a alguien que no conocía, que no había imaginado. Claro. Ahora todo resultaba evidente. Ella era más alta que su padre y mucho más que su hermano Tito. Tenía unas facciones largas y extendidas, a diferencia de las de Leonardo. Había un color claro en los

ojos, que no era frecuente en las personas de su piel. Tenía el pelo largo y mojado cayendo por los hombros y en eso se parecía a su madre pero no a su padre Leonardo, que siempre había tenido una cabellera dura y tensa. Su cuerpo provenía de otro hombre, de otro pasado que de pronto se había convertido en su futuro inmediato, y era su cuerpo y era ella, pero también el de otro. Esas células que viajaban por su sangre le repetían que había sido otra desde siempre. Era la mujer del espejo que veía por primera vez. Pero mejor era irse de allí, mejor irse de quien era en ese espejo. Nadie puede mirarse de frente mucho tiempo.

–Voy a irme a Madrid, tía Avelina.

Eran las seis, una hora adecuada, le parecía, para darle la noticia. No sabía por qué, tal vez a esa hora Avelina estaría demasiado cansada para intentar una reacción. Su tía Avelina había sido siempre una mujer de familia, una testigo complaciente y colaboradora activa de las corrientes por las que su familia avanzaba. Era la hermana mayor de su madre y, salvo algunas relaciones con las amigas de la parroquia de Santa Beatriz, había gravitado siempre hacia ellas (hola, hoy terminamos varios ropones, voy a llamar al padre Esteban luego para avisarle, y nos servimos un tecito con tostadas luego), para inventarse y guarecerse en algunos hábitos compartidos. Dora y ella iban a misa, alguna vez al cine, a visitar a los Narvaez, a dar vueltas por el barrio y quedarse sentadas juntas en la plaza. Iban a los juegos del bingo los fines de semana. Y ahora que su madre no estaba («no estaba», así lo decían todos), a Aurora le parecía algo injusto dejar sola a su tía Avelina. Pero era lo que debía hacer, o lo que iba a hacer precisamente porque su madre se lo había pedido. Ir a Madrid, qué cosas las que se le ocurren, para buscar a un tipo que ella dice que es mi padre.

En ese momento, estaban en la sala de la casa. Su tía sostenía un encaje, atravesando la tela con las agujas para bordar un pañuelo. Era el mismo gesto que ella le había visto muchas veces. A esa hora, mientras en la calle los autos se embestían unos a otros, su tía y Dora habían estado bordando pañuelos en la paz minuciosa que iban creando en la casa. Ahora su tía lo haría sola. Seguiría bordando pero sola. Su cara de arrugas felices, hechas de tanto haberse preocupado y ayudado a otros, se quedó en silencio.

–Voy a irme a Madrid, tía Avelina. Sí.

–¿De verdad? Pero ¿por qué?

–Bueno, para despejarme un poco.

–Bueno, pues.

Era la frase repetida de su resignación. Siempre lo había dicho así. Bueno, pues. Ya, pues. Así había sido siempre con ella. Aurora había escuchado la historia de algún novio remoto que había abandonado a su tía Avelina en la puerta de la iglesia. Había oído decir que luego de algunos años se había descubierto que ese hombre en realidad ya tenía una familia con dos hijos y una esposa y un perro pekinés, pero que siguió cortejando a la tía como a una eterna novia, hasta que ella se enteró de su matrimonio con las invitaciones hechas y la fecha separada para la ceremonia. Había oído decir todo eso pero por caridad nunca había querido preguntarle. Se decía que su antiguo novio ya había escapado y vivía en alguna ciudad o a lo mejor en algún pueblo en Estados Unidos, en algún suburbio con rejas blancas de madera y un asador de parrilla en el jardín, celebrando los fines de semana con sus amigos del barrio y otra familia perdida. Su madre no había hablado mucho del tema con ella. Mejor no preguntar. De pronto su tía Avelina pareció despertar de un letargo.

–Pero espérate. Vuélveme a decir. ¿Te vas adónde?

–Me voy a Madrid, tía. Me voy el sábado.

–Pero, Aurora... ¿Cómo vas a irte así?

–Ya sé. No quisiera dejarte sola ahora, en este momento. Discúlpame. Es que me ha salido una oferta en un vuelo. Quiero despejarme. Me han dado unos días en la oficina, y este año ha sido muy duro con la enfermedad de mamá.

–Sí. Lo sé, hijita. Pero dime, ¿tú sabes el frío que está haciendo ahora por allá?

–Vamos, tía. No te preocupes. Si somos cusqueñas, el frío no nos molesta. Lo que sentimos en Lima no es frío, eso lo sabemos.

Su tía la observaba.

–Bueno.

–Así que te pido que te quedas en la casa, tía. Me la cuidas, por favor. Me cuidas mis bonsáis y mis plantas. Quédate aquí hasta que vuelva.

–¿Y cuándo va a ser eso? A lo mejor conoces a algún hombre y te quedas por allá.

–Es un viaje rápido –dijo Aurora, y agregó con un susurro–: Quiero conocer el Museo del Prado, ya sabes con lo que me gusta todo eso. Y nunca he estado.

Un bocinazo llegó desde la calle. Los ruidos de siempre.

–Bueno, que Dios te bendiga, hija. Eres lo único que tengo y no quiero perderte.

–Descuida que voy a venir pronto.

–Pero ¿cuándo?

–En enero de todos modos. Tú te encargas de regar las plantas nomás.

–Sí, no te preocupes. Pero llámame. O avísame. Ya sabes que yo no soy de cosas electrónicas. Pero el teléfono sí lo puedo contestar.

–Gracias, tía. Gracias mil.

Se hizo un silencio.

–Pasaremos la Nochebuena juntas por lo menos –dijo la tía Avelina.

–No. Ya te digo que me voy antes. Voy a pasarla allá.

–Pero ¿tú sola?

–Sí, me voy el sábado. Es que era un pasaje de ocasión.

Su tía miró hacia abajo. Aurora podía ver las luces y sombras en sus ojos, trabajando para encontrar alguna salida a la idea de quedarse sola en las navidades. De pronto la tía la miró.

–Bueno, vamos entonces el viernes al cumpleaños de Pocho. Allí van a estar todos los Narváez.

Aurora pensó que la conversación había llegado a un provisorio final feliz.

–Tan simpáticos los primos. Sí, vamos.

Aurora cerró la puerta y se acercó a la fila de bonsáis que tenía en el cuarto. Eran criaturas de una ternura lisa, pequeños árboles inmóviles en plena danza. Todas la estaban escuchando con atención, como otras veces.

A ustedes también les cuento que me voy.

Se las quedó mirando. Ellas también la entendían. Superficies aéreas y mesuradas y tímidas y explosivas en su frescura.

Nosotros nos parecemos. No se preocupen. Soy frágil pero resistente como ustedes. Voy a ver qué pasa. Pero voy a regresar. Mientras tanto, la tía Avelina va a encargarse de ustedes. Por favor, espérenme. Y sonríanle a la tía cuando la vean.

Esa noche se durmió temprano. Supo que soñó con su madre pero al despertar no podía acordarse de ninguna imagen. Solo que la había sentido muy cerca mientras volaban juntas sobre unas nubes negras.

Ya que se iba, su primo Pocho Narváez le informó que adelantarían la fiesta de Navidad para pasarla con ella. Claro, prima. Qué insolencia esto de irse en navidades. Pero no te libras de nosotros.

Ese viernes Aurora y Avelina fueron a la casa de los primos Narváez que habían organizado la cena con pavo, puré de manzana y arroz. Y el día de

Navidad hacemos otra igual, qué les parece, que para comer no nos gana nadie. Ay, no. Pero ya no hacemos pavo. Ponemos pollo, dijo Pocho.

Las botellas de vino, cerveza y champagne revolotearon por la mesa mientras se decían algunos chistes y se explicaban algunos episodios de la política. Pero yo les voy a contar un cuento, dijo Pocho. Un día se encuentran dos viejitos en Las Vegas, en un hotel. Van a la piscina. Resulta que la viejita nada como una sirena. Va de un extremo a otro de la piscina, es una nadadora eximia. Y el viejito le comenta. Carambas, qué bien nadas, vieja. Cómo así aprendiste. Muy fácil. Es que yo era puta en Venecia.

Algunos se rieron. Yo les voy a contar un chiste mejor, dijo la prima Gladys.

A los postres pasaron a hablar de política. Felizmente Keiko Fujimori estaba en prisión y el fujimorismo en retirada. Después de los postres, su primo Pocho sacó la guitarra y todos entonaron algunos valeses que Aurora coreó en voz alta. Luego vinieron algunos huaynos y Pocho cantó «Adiós, pueblo de Ayacucho, perlaschallay, ya me voy, ya me estoy yendo, perlaschallay.»

En algún momento, mientras hacían una pausa para tomar cerveza, la tía Avelina recordó a todos el viaje de Aurora. Se nos va, no sé por qué, pero se nos va a pasar las navidades allá. Y mañana mismo se va. Algunos levantaron los vasos deseándole buen viaje. Es una buena época porque no hay tanto turista en España, dicen. Bueno, pero ahora vamos a abrir los regalos, dijo el tío Pedro. Se había aparecido con una bolsa llena de paquetes. Mira que adelantamos la Navidad solo por ti. Todos aplaudieron. Se abrieron algunos paquetes con papel iluminado.

En su última noche en Lima, Aurora durmió apenas, mientras miraba todos los recuerdos que revoloteaban sobre ella. Al amanecer recordó una vez más las navidades de regalos y sorpresas, el árbol, los desayunos con chocolate, las tazas con flores de color rojo y blanco, las ramas verdes en la mesa, su madre y su padre y Tito, todos sonrientes y de rodillas en la sala.

Lo vio todo, se vio a ella misma con sus padres. Se abrían los regalos, se dejaba todo el papel regado sobre la alfombra, su hermano hacía correr el carrito que le habían dado, ella con su primera muñeca a la que iba a llamar Toribia, las caras felices y exhaustas por la emoción, sí, los papeles, el carrito, Toribia, los dulces de caramelo. Qué lindo, papi. Gracias.

Sus padres nunca habían tenido mucho dinero pero en Navidad y en los cumpleaños se gastaba bien, siempre más de lo que se tenía. Y ella se veía allí, tan feliz en medio de los paquetes de regalos. Y a su lado, su madre lo iba

resonando.

Ahora estaban allí sus padres.

Ese sábado por la mañana se quedó en la sala de la casa, observando las paredes y sus encuentros con el techo, reconociendo las esquinas de su habitación que nunca había visto, trayendo las voces dulces y el traje azul oscuro de su madre y la camisa de cuadros de su padre, haciendo el esfuerzo por verlos todos de nuevo y por verse a ella, en una esquina. Por un momento le pareció que le decían algo, incluso que le deseaban buen viaje, desde esquinas opuestas. Su madre le sonreía con una sonrisa congelada, como una mueca de miedo, sabiendo que todo empezaba.

–Bueno, ya les contaré cómo me va.

La pendiente iba avanzando hacia el agua, como si tuviera que hundirse antes de seguir el camino. Los autos aceleraban a su costado.

–Que no piense que le pides nada. Ni le hables de dinero. En eso no le hagas caso a tu mamá.

Vicky le hablaba golpeando el aire con la mano, mientras conducía. Estaban bajando al Circuito de Playas. Las olas luminosas de esa tarde de sábado avanzaban hacia ella.

–No voy a pedirle nada. Solo espero verlo.

–Pero claro que tienes que verlo.

–Son treinta años, Vicky. Y solo tengo un nombre y un apellido. Y a lo mejor Ignacio Peña no es ninguno de esos tres que hemos visto. A lo mejor hay otro. A lo mejor se ha muerto. Quién sabe.

–No, no. Nada de eso. Por lo que vimos hay tres hombres con ese nombre, casi de la misma edad y no hemos encontrado a nadie más. Y los tres viven en Madrid, así que ya sabes. Tiene que ser uno de ellos.

El taxi seguía junto a la pared de tierra y piedras, protegida por una malla. Avanzaban a toda velocidad. No había posibilidad de retorno una vez que se habían subido a ese taxi.

–Así es. Tres hombres.

–Ya sabemos que hay tres personas que pueden ser, Aurora. No te preocupes. Ya tienes las direcciones de sus oficinas por lo menos. Ahora solo tienes que buscarlos.

–Claro, buscarlos. Imagínate. Nada más.

El taxi siguió subiendo y bajando las cuestas junto al acantilado. A la izquierda, en medio de la bruma luminosa, podían verse las islas, y al fondo el perfil afilado de La Punta. De pronto el auto bajó la velocidad, torció a la derecha y recorrió las fachadas polvorientas y quebradizas de la calle La Paz. Luego llegó a la multitud ambulante de la avenida de la Marina. Luego apareció la iglesia de la Virgen de la Legua. Dicen que esta es la primera iglesia que se hizo en Lima, dijo Vicky. Y mírala ahora.

Pasaron encima de unos rieles y grandes avisos de gaseosas.

—Un abogado, un ingeniero y un jefe de una empresa de seguridad. Cualquiera pudo haber tenido un trabajo en la empresa minera esa donde conoció a Dora.

—Y no sabemos nada de la empresa minera donde trabajaba tu mamá.

—Busqué por todos lados y no están los archivos del personal de esa época. Algo pude ver en internet, pero nada de ella. Ha pasado demasiado tiempo.

El auto se había detenido pero de pronto hubo algo así como un pavor de espacios vacíos y el chofer avanzó por el caos fluido de los microbuses, autos y camiones. Todos estaban iluminados por un sol de despedida.

—Pero con los tres hombres y sus ocupaciones tienes algo. Y allá tienes a alguien que a lo mejor te ayuda. Yo me iría contigo.

—Ya te he dicho que no. Voy a hacer esto como pueda. Pero no te quiero arrastrar.

—Bueno, pero me avisas si me necesitas. Yo salgo corriendo para allá. Donde me digas.

—Gracias.

—¿Cuánta plata estás llevando? Dime.

—Ya te conté que mi mamá me dejó un dinero para esto —dijo en voz baja—. Casi siete mil dólares. Había ahorrado. Fue como una herencia con un propósito definido. Habrá estado pensando tiempo en esto. No quería que hiciera otra cosa. Es mucho. Con eso, hubiera podido comprarme un auto de segunda. Pero ella quería que hiciera esto.

—Bueno, siete mil dólares. Allí tienes un poco más de seis mil euros.

—Eso es lo que me han dado. Seis mil ciento cincuenta euros. No voy a gastarlo todo. Quiero comprarle una lápida a mis padres con sus dos nombres. Por eso tengo un hotelito que me cobra cuarenta euros la noche. Tengo el pasaje de regreso para el domingo 20 de enero.

—Bueno, no sé por qué te pones fecha de regreso si no sabes lo que va a

pasar.

–Espero que para entonces le haya visto la cara. No voy a gastar mucho. Le voy a devolver a mi madre lo que me sobre. No voy a ir a muchos restaurantes. Y quizás adelanto mi regreso. Ya tendré mi sueldo aquí esperándome. Y ya te digo. Con lo que me quede de dinero, voy a comprar una lápida para mis padres, poniendo los nombres juntos. Es lo que voy a hacer, para vengarme.

–¿Vengarte de qué?

Aurora miró hacia delante.

La torre de control aéreo se acercaba, envuelta en una bruma luminosa.

–No sé de qué. Para poner las cosas en orden, en verdad. Aunque no se pueda tampoco.

–Bueno, quién te entiende, oye. Pero bueno. Ya estamos llegando.

El taxi dio la vuelta, entró en la pista lateral, y se quedó frente a la zona de despegues internacionales. El chofer abrió la maletera.

Las dos se bajaron.

–No tienes que quedarte.

–Tengo que despedirte en forma, amiga.

Entró a la cola. Había algunos españoles hablando en voz alta. Acababan de volver de Machu Picchu. Se anunciaban lo que harían al volver a Madrid. Os digo que al llegar me voy a echar una siesta, pero una siesta acojonante que no me van a ver el pelo en dos días, aclaró alguien.

Después de la cola, Aurora salió a las escaleras con la tarjeta de embarque en la mano y vio a Vicky esperándola.

–¿Hay tiempo de tomar un café antes de que entres?

–Ya no hay tiempo –dijo Aurora–. Creo que tengo que irme.

Se abrazaron.

–Bueno, gracias por todo. Te quiero mucho, amiga.

Aurora se detuvo frente a Vicky. Pensó en todo lo que tendría que decirle, en quién sería ella cuando la viera otra vez.

–Llámame cuando quieras –sonrió Vicky.

–Gracias, amiga.

Aurora logró esbozar una sonrisa. Dio media vuelta aunque tuvo el impulso de voltear hacia Vicky otra vez. Se alejó. Las colas de entrada estaban llenas de gente y de abrazos y lágrimas.

Ella sintió que estaba temblando. Llegó a la sala. Una hora de espera todavía. Tendría que buscar algo que leer.

Cuando el avión empezó a tomar velocidad, mientras se estabilizaba en un vértigo horizontal, Aurora sintió el asombro de saber que estaba en el aire, convertida en otra persona, tan distinta a la que se había quedado allá abajo. Alguien anunció que el avión iba a alcanzar los mil kilómetros por hora y recordó haber leído en algún sitio que era una centésima de la velocidad de la tierra. Había cambiado su identidad en pocos segundos. Antes era una persona en una ciudad con todas las obligaciones y necesidades de su entorno. De pronto allí, en esa silla en el aire, no era nadie. Solo alguien que espera llegar a un lugar desconocido. Estaba despojada de todo lo que la había atado. Había dejado de ser una hija que llora a su madre. Solo era una sombra sola, entre murmullos, que viajaba por el tiempo, a una distancia enorme del mundo. Volvería a ser alguien en doce horas, cuando el avión aterrizara. Pero no sabía quién.

Pero no. Soy tu hija. Así es, querido Leonardo. Querido papá, dijo, sacando la foto del bolsillo. Felizmente que te has venido conmigo.

El avión sufrió una serie de temblores seguidos, se recuperó con una entereza sostenida, traspasó una red de nubes y emergió sobre la superficie blanca. Pronto se estabilizó. Aurora abrió el libro que había llevado.

Alguien hablaba cerca. «Let's just relax for now. This is going to be a long flight.»

II

En el camino, leyó una novela, vio una película de amor, durmió sin saberlo y se despertó y se pasó todo el tiempo que pudo leyendo una segunda novela. Era la historia de un hombre que pinta un cuadro y que por las noches se da cuenta de que el personaje que está creando se sale del lienzo y tiene conversaciones con él. Luego aparece una hija de un vecino y otras complicaciones. Al final resulta que el hombre descubre que se casó con su mujer buscando a su hermana muerta. Vaya lío, pensó.

Una azafata apareció anunciando las bandejas de pollo o pasta y de pronto un pasajero de pelo rubio ensortijado y ojos azules y furiosos se alzó en medio del pasillo, puso un dedo en alto, y le respondió en tono amenazante:

–Yo no quiero ni pollo ni pasta. ¿Qué va a hacer conmigo?

El grito había dado la vuelta por los asientos. La aeromoza se fue y al poco rato volvió con un plato.

–¿Un poco de fruta, señor?

El rubio, con aspecto satisfecho, bajó los ojos y se sentó.

Aurora esbozó una sonrisa. Un solo vikingo había enfrentado a la cuadrilla uniformada del avión y había probado de la fruta primigenia. Claro que sí. Había entrado al paraíso. Ella por el momento no estaba dispuesta a comer.

Después de algunas horas, pensó en que le haría falta llenar el estómago para poder seguir, y aceptó el pollo. La pasta era un plato demasiado exquisito para servirse en un avión.

De pronto sintió que el universo se inclinaba en lo que parecía una tentativa de suicidio. El piloto estaba anunciando el descenso. La temperatura en Madrid era de seis grados. Cuando tocaron tierra, ella había vuelto a dormirse.

El aeropuerto de Barajas era uno de los edificios más grandes que había visto en su vida, todo estructuras de metal, hierro grueso, escaleras mecánicas, columnas curvas que convergían en el techo, vitrinas potentes, y hordas de caminantes.

Aurora pasó la cola de migraciones, entregó su pasaporte, informó al oficial

que había ido para conocer el Museo del Prado, lo vio hacer un gesto de aprobación, y llegó a la cinta donde iban desfilando las maletas.

Al salir, pensó en tomar un autobús pero en vista de la mala noche, decidió que por esta vez tomaría un taxi. Seguía gastando el dinero que su madre le había comisionado.

El taxista era un tipo de cara ancha, pelo corto entrecano y voz áspera pero amable. Pues de dónde viene usted, de América, me imagino. Luego le preguntó qué tal había estado el vuelo y si era su primera vez en España. Pues yo soy de Cáceres. Un lugar precioso, le dijo. Tiene usted que conocer el Arco de la Estrella. ¿Ha oído hablar de mi ciudad? Aurora le contó que sí. Era su primera vez en España pero algún día iría a Extremadura. Muchos extremeños habían ido a la conquista de Perú, le dijo. Así nos enseñaron en el colegio. El mismo conquistador Pizarro era de allá, de Trujillo. Ah, vale. Pues muy bien. Veo que usted sabe algunas cosillas de historia, verdad, y ahora viene usted a hacer turismo. ¿O qué viene a hacer a España?

De pronto, como nunca más lo iba a ver, Aurora le dijo:

–Vengo a buscar a mi padre. Mi madre me dijo antes de morir que mi padre vive aquí.

El hombre volteó la cabeza. Se quedó mirándola.

–Joder. Pero qué me cuenta.

–Así es.

–Menudo golpe si lo encuentra.

–Usted lo ha dicho –comentó Aurora.

–¿Pues sabe lo que le digo? Que la historia de los padres no se termina de contar ni se termina de saber nunca, joder.

Poco antes de llegar al hotel, Aurora se sintió deslumbrada por la hilera horizontal del agua del Centro Colón y el edificio de la Biblioteca Nacional. Vicky le había hecho seguir el camino del aeropuerto en internet.

Era un día opaco, de llovizna y de árboles húmedos que se agitaban. La gente avanzaba con abrigos pesados y sombrillas. Todas parecían estar bailando como al ritmo de una música lenta y secreta. El taxi volteó en la esquina de Cibeles y llegó al hotel en la calle Fuencarral, donde había quedado en estar al menos los primeros días. Era un edificio alto, macizo, con un ascensor ruidoso, de puertas de rejas.

Subió con la maleta, habló con un señor llamado Vicente que le dijo muy bien, pues bienvenida, le dio algunas indicaciones sobre las horas en las que

estaba abierta la puerta de la calle, y le entregó un manojito de llaves. Ella a su vez le dio trescientos veinte euros por los primeros ocho días.

Al ver que Aurora volvía a poner un fajito de billetes en su cartera, el señor Vicente le recomendó abrir una cuenta en el banco. Con su pasaporte está bien, le dijo. Puede abrir la cuenta sin problema con eso. Gracias, señor. Pero cuídese, haga el favor, que en todas partes hay ladrones, en cualquier ciudad, que robar es algo que define al ser humano. Robar, digo. Robar dinero, robar tiempo, robar amor. Robar todo, vamos. Si usted supiera todo lo que yo he vivido... Algún día le cuento.

En la madrugada, después de dormir una siesta que se confundió con el sueño nocturno, Aurora se despertó y de pronto no se dio cuenta de dónde estaba. Era un cuarto extraño y estrecho, de una oscuridad ominosa. Unas paredes desconocidas, un ruido continuo e insólito, una cama dura. Perdida en una dimensión ajena del tiempo, dijo algunas sílabas que la hicieron consciente de todo. Recordó el viaje, la razón de ese cuarto, su llegada en una tarde húmeda. Recordó el nombre.

Ignacio Peña. Era él. Un nombre que podía corresponder a cientos de personas. Pero ella y Vicky habían limitado las posibilidades, por la edad, a tres señores que estaban allí mismo. Ignacio Peña respiraba a unos cuantos metros. Estaba presente en el aire. En esa ciudad y en esa calle que seguramente había pisado muchas veces. Pero ella también estaba allí, ella estaba a poca distancia de él, estaba respirando ese mismo aire y había caminado por las veredas que él conocía bien. Ella estaba allí, y él no lo sospechaba.

Tenía que ir a buscarlo. Pero ya pensaría en cómo encontrarlo al día siguiente. El destino había calculado por ella el tiempo de su viaje para empezar un lunes, justo antes de Nochebuena. Sí, empezaría a buscarlo cuanto antes. Vaya Nochebuena para él si lo encontraba. Pero ahora era estar allí, reconocerse en el cuarto, tratar de asimilar esas paredes, darse cuenta de que era una mujer sola en una ciudad recién aparecida, buscando su lugar en una historia con un desconocido que, por el momento, era el hombre más importante de su vida.

Salió del hotel, se dirigió hacia la Gran Vía imitando el trayecto de los peatones. Empezó a caminar sin dirección, tratando de absorber todo lo que ocurría. Tropas de gentes avanzaban por las veredas como en una marcha hacia la conquista de algo. Algunas voces sobresalían. Escuchó decir «Pero qué tonterías

dices», «Que no, joder». En algunas esquinas unos mendigos sostenían carteles con mensajes. Soy indigente. No tengo qué comer. Por favor, ayúdeme. Regresó hacia la plaza del Callao y vio otros letreros. Necesitamos para vinos. Por lo menos somos sinceros.

Las calles eran tan anchas y la gente iba tan aprisa y despedía un rumor masivo que flotaba sobre la marea de cabezas. Sintió el aire frío en la cara y algo en su cuerpo le dijo que alguna vez había respirado un aire similar.

Se detuvo en la calle Alcalá. Había visto en internet que si seguía ese camino podría llegar a la Puerta del Sol (vaya nombre, pensó, nada modestos son, aunque nosotros también porque tenemos desde antes que ellos la Puerta del Sol, en Puno), y luego, entrar en unas calles peatonales que la llevarían a la plaza Mayor. La había visto en fotos muchas veces y solo pensaba en que debía llegar, pues era evidente que tanto la Puerta del Sol como la plaza Mayor era uno de los lugares que mejor conocía su padre, es decir el señor Ignacio Peña, es decir su íntimo desconocido, quien quiera que pudiera ser.

A lo mejor pisaría exactamente en los mismos espacios, miraría los mismos azulejos, pasaría por las mismas tiendas para turistas que ella recién estaba descubriendo y que él ya conocía demasiado bien.

Siguió caminando, pasó por fachadas de edificios con portales de piedra, metal y vidrio, mostradores de vidrio con albóndigas y trozos de tortilla, algunas tiendas de jamones y salchichas dispuestas como un paisaje en la vitrina.

Cerca de un cruce volteó a la derecha, luego a la derecha otra vez y se encontró con la torre del reloj y la estatua del oso abrazado al árbol y los arcos que indicaban el ingreso a los colores azul y rojo del Metro. Vio una tienda de artefactos digitales en la esquina de la calle Preciados. Entró y una vendedora de rostro amable le vendió a quince euros un chip que acomodó a su teléfono. Desde entonces tendría llamadas ilimitadas a toda España y también internet, por algunos días. Esta situación, por algún motivo, la reconfortó.

Siguió por la calle hacia la izquierda, dobló hacia las laterales y de pronto se encontró en el centro de la plaza Mayor. Las arqueras, los tres pisos de color naranja y blanco, los faroles, la estatua ecuestre, las torres de puntas, y la feliz turbulencia entre rostros de turistas, mendigos de ojos blancos, transeúntes distraídos, algunos vendedores de baratijas, mesas sobre el piso de piedras, en el aire frío y cristalino.

Siguió de frente, llegó a unas escaleras, bajó a la derecha y se encontró con una calle con letreros de mesones. Vio uno que decía «El Mesón de la Guitarra».

Entró, bajó unas gradas oscuras y se sentó. Paredes cuidadosamente ahumadas. Sillas inciertas y mesas de madera atravesada de rajaduras. Alguien tocaba la guitarra y algunos aplaudían mientras cantaban una canción que repetía «cuando un amigo se va queda un espacio vacío». Tomó una cerveza, una tortilla y se quedó dormida por un instante. Al salir, volvió a la plaza.

Recordó el nombre del rey de la estatua, Felipe III, tal como había visto en las fotos, yendo con toda su majestad hacia algún sitio. Por lo pronto iba a caerse del pedestal si seguía avanzando. Era una estatua magnífica pero no parecía importarle a toda esa gente que merodeaba.

Siguió por un laberinto de calles, volteó a la izquierda, a la derecha y llegó a la plaza de la Ópera. Más allá, caminó junto a los antiguos reyes de Castilla. Todos tenían cuerpos blancos e inmaculados y miraban a la historia desde sus alturas. Luego regresó y enrumbó por la calle Arenal. Se encontró con una tienda donde un par de hombres jóvenes y guapos vendían jamón, queso y barras de pan. Compró algunas provisiones y más allá, una botella de vino, y regresó al hotel de Fuencarral. En el camino se detuvo junto a un bar. El camarero la vio, la señaló con el dedo y le gritó que le iba a poner una caña cuanto antes, una caña y aceitunas que salen para allá.

Antes de entrar se quedó en la calle, sola, mirando a su alrededor. La gente seguía avanzando, algunos hablando entre risotadas. Se apoyó en un portal.

Qué estado de exaltación el que vivían todos allí. Qué cantidad de frases al vuelo, qué tal sucesión de grupos y qué tal ruido. Era una intensidad que subía desde un pasado sólido y remoto, con vocales duras, hechas para incrustarse en el aire y quedarse fijas en su lugar hasta que llegaran otras frases que las contradijeran. Se sentía avasallada por esa energía. Ella, en cambio, ahora se daba cuenta, ella había vivido siempre bajo los hechizos de una intensidad secreta, hecha de aguas turbias y ocultas, una vehemencia retardada que estallaba solo en las fiestas y en los insomnios. No entendía que toda esa energía pudiera lanzarse al aire en una acera cotidiana. ¿De dónde venía esa fuerza? ¿De la experiencia de haber sido un imperio, una raza que conquistaba el mundo? Ella pertenecía a un universo que había buscado el recogimiento de una admiración sagrada por la naturaleza. Era la miel escondida y gris de Lima y el silencio de las piedras y las plantas secretas del Valle Sagrado y los protocolos de la amabilidad y la cortesía como señales desviadas y naturales del afecto. Pero nada de eso aparecía allí. Se preguntó por qué siempre la gente como ella había vivido encerrada en todos los protocolos del silencio, las tribulaciones del

respeto y la cortesía. ¿Qué había pasado para que todos los que veníamos de allí nos ocultáramos en una máscara y en otra y en todas las otras máscaras que estaban debajo? ¿No era mejor vivir como esta gente, hacia afuera y mirando de frente al mundo? Todo era tan extraño y sin embargo, por algún motivo, se sentía cerca de los transeúntes y los parroquianos de los bares, de la gente que gritaba y que celebraba la vida en voz alta, aunque no hubiera ningún motivo para celebrar. El motivo era la celebración misma. Se sintió tan distinta y tan parecida a ellos. Se sintió tan desdichada y también con tantas expectativas. Algunos pasaron dando insultos al gobierno y a los grupos nuevos de la ultraderecha, según afirmaban. La celebración o la destrucción. Celebrar y destruir. De pronto se dio cuenta de que era la misma voz que ella sentía dentro. La voz dentro del silencio que tienen los que son como yo.

Esa noche, sentada en la cama, mientras mordisqueaba el pan y le agregaba trozos de queso, Aurora sacó algo de su maletín. Era la foto de su padre, el señor llamado Ignacio Peña, con su madre frente a Machu Picchu, bañados por el sol de la felicidad en un mediodía del pasado. También estaba la carta. La leyó otra vez. Luego volvió a la foto. Había un dato adicional. Ignacio aparecía una media cabeza por encima de su madre. Si ella medía un poco menos de un metro setenta, eso le daba una idea de la estatura de su padre. Se dijo que su padre tenía la misma estatura que ella. Era un dato para cuando viera a los tres señores Peña que le quedaban.

Luego sacó dos hojas que había impreso. Ella y Vicky se habían tomado un tiempo en averiguar todo lo que habían podido. Allí estaban los nombres.

1. Ignacio Peña Torres. Dirige empresa de seguridad en Madrid. Sesenta y un años. Es originario de Ciudad Real. Tiene esposa y un hijo. Su empresa se llama Total Security.

2. Ignacio Peña Aleix. Es ingeniero. Sesenta y dos años. Trabaja en un grupo de construcción. Divorciado. Dos hijos.

3. Ignacio Peña Sanjurjo. Es abogado. Sesenta y cuatro años. Trabaja en bufete de Bolaños y Benavente. Tiene esposa y cuatro hijos, dos hombres y dos mujeres.

En ninguno de los nombres aparecía mucha más información. Algunos de esos datos figuraban en entrevistas de algunas revistas españolas. Por lo demás, la publicidad de las compañías donde los tres trabajaban eran abundantes, aunque había más información sobre la empresa de seguridad.

Allí estaban las fotos de los tres también en alguna foto perdida de Facebook.

Mirando a la cámara, en grupo con otros hombres, uno de ellos (el abogado) veraneando en Benidorm. Después de mucho tiempo, Vicky había llegado a la conclusión de que todos se parecían a Aurora, lo que resultaba una broma del destino, siempre tan propenso. Pero su madre había elegido a uno. Ninguna foto de ahora le decía nada sobre el hombre que alguno hubiera podido ser treinta años antes. Pero iba a buscarlos, iba a verlos, iba a oírlos, y algún trazo bárbaro en sus facciones iba a abrirse paso en ese instante. Estaba segura.

Se durmió más tranquila. Había caminado lo suficiente por la plaza. La botella de vino estaba vacía a su lado. Afuera el bullicio continuaba.

Apenas despertó, se dio cuenta de que debía buscar un banco donde poner el dinero que le quedaba. Encontró uno en la Gran Vía. Apretó a un botón, entró a una sala con calefacción y esperó su turno. Luego entregó el dinero a un tipo amable y mesurado, mostró su pasaporte y firmó unos papeles. Al final, como si fuera un premio por todas las gestiones, recibió una tarjeta para el cajero.

Entró a un bar, pidió un café solo y se sentó a mirar el papel que tenía al lado. Iba a empezar en cualquier orden y el primero de su lista era el Ignacio Peña que dirigía alguna empresa de seguridad. La dirección estaba allí. Sacó el mapa de la ciudad. Podía llegar por una combinación de metros. Debía hacer el cambio en la parada de Goya. Ya Vicky le había explicado cómo funcionaban los metros y habían estudiado juntas el mapa de las conexiones. También Vicky le había hablado de los lugares donde podía almorzar con menú, y hasta un vino de cortesía, por doce o catorce euros a lo más.

Bueno, pero ahora a quién le importa la plata.

¿Cuál es mi plan, carajo, a ver qué voy a hacer?

Bueno, lo que voy a hacer es presentarme allí con la carta y la foto y buscar algún pretexto para hablar a solas con él. No se me ocurre otra cosa y además no hay tiempo para que se me ocurra. Mirarle la cara, escuchar su voz, saber algo sobre él. No hay otra estrategia más que la visita frontal aunque esté llena de dudas y de miedo. Tengo miedo de verlo, tengo miedo de saber, tengo miedo de lo que me diga. Pero también tengo curiosidad, y, no sé, una necesidad, no sé cómo decirlo. Y no sé qué le voy a decir tampoco. No tengo ni tiempo de pensar en nada. Nada de nada. Por lo menos llevo la ventaja de la sorpresa aunque puede ser que se confunda con eso y se ponga furioso y me mande a la mierda, pero habrá que ver. Habrá que ver, habrá que ver.

El camarero le trajo otro café solo y ella se reclinó. Pidió un croissant. Había algo de extraño en ese evento, que una mujer como ella llegara a un bar madrileño, pidiera un café, que un camarero como ese viniera a dejarle lo que ella le había pedido, con esas especificaciones, tal como ella había querido, el café negro, sin azúcar, y un croissant encima de todo, había algo extraño en todo eso, muchas gracias, señor.

Dobló el papel con las direcciones, lo puso en la mochila junto a la foto, y salió a la calle. El aire tenso, el frío seco, la multitud de ruidos, el paso acelerado de la gente en guantes y abrigos. Una mujer con botas negras atravesó la calle, como marchando feliz hacia su propia ejecución. Tenía un abrigo largo y grueso y de pronto, desde la otra acera, la había mirado con algo de afecto.

Bajó al metro, buscó comprar los billetes en la máquina. Era un panel lleno de informaciones y órdenes. Primero eligió el idioma, luego se tardó un tiempo en encontrar el modo de apretar el botón que le correspondía a un billete por diez viajes. A ratos cedía su puesto a otro comprador mientras trataba de entender lo que debía hacer.

Por fin avanzó hacia las máquinas con el boleto en la mano. Bajó unas escaleras. Miró el mapa. Allí estaba. La parada de Goya. Cambio de línea. Después sería cuestión de caminar tres cuadras hasta el lugar donde trabajaba ese señor.

Se sintió algo asombrada del ruido que hacía el aparato al estacionarse, el rugido de sus entrañas, el universo sucio y oscuro que se adivinaba en los fierros y las piedras del túnel. Pero sintió alivio al ver las luces, la masa metálica de los vagones y las puertas que se abrían para ella. Encontró un asiento iluminado junto a la ventana. El vagón partió con un golpe. Dentro había gentes de todos los colores. Una familia hablaba en un español sudamericano allí cerca. Por algún motivo pensó que eran colombianos, ecuatorianos o bolivianos.

Se bajó en la estación, subió algunas escaleras y de pronto estaba en una calle de calzadas anchas y árboles. Había una sucesión de edificios hasta que pudiera llegar a la dirección.

Estaba allí. Sí. Había llegado. Una puerta de cristal, una entrada con un recepcionista, gente aglomerada en el lobby. Algunos se miraban, hablaban en voz baja, miraban hacia la puerta de la calle.

Se acercó al recepcionista. Un hombre de patillas largas, ojos grandes y una corbata negra que parecía un cuchillo clavado en las entrañas.

–Vengo a buscar al señor Ignacio Peña –dijo.

–Pues llega usted tarde –le dijo el hombre mirándola fijamente.

–¿Ha salido?

–No. No ha salido. O bueno, podríamos decir que sí. Sí que ha salido. Vaya que ha salido.

–¿Pero dónde lo puedo encontrar?

El hombre alzó el dedo y luego lo bajó.

–Allá o aquí, quién sabe.

–Pero...

–Pues vea. Se lo voy a decir para que me entienda. Que el señor Ignacio de Peña la ha cascado hace un par de días, joder. Que se ha muerto, vamos. O, mejor dicho, que lo han matado. En un asalto. Mire que hay que ser cachondo. Director de una empresa de seguridad y no poder defenderse y morir en un asalto. Pero así es la vida, coño, qué le vamos a hacer. O mejor sería decir «así es la muerte, qué le vamos a hacer». Qué jodienda.

Aurora dio un paso hacia atrás. De pronto una mujer con los ojos llorosos pasó junto a ella. Estaba de negro. Junto a ella había dos muchachos.

Se perdieron en la escalera.

–Pues allí los tiene. El entierro fue ayer. Ahora vienen a la oficina a ver lo que se llevan. Cuando no puede venir la persona, viene la familia. Es una pena, la verdad. Una pena. Vamos, un hombre bueno, nunca tuve un problema con él. Pero Dios sabe por qué hace las cosas, se lo digo yo.

–Vaya, qué terrible.

–Un asunto muy jodido este. Pues es así, qué le digo. La muerte siempre es muy jodidamente impertinente, vamos a ponerlo así.

Aurora se quedó mirando el rostro de uno de los chicos. Estaba abrazando a su madre.

No. No. Vio al hijo del difunto junto al ascensor.

De pronto estaba segura de que ese chico no podía ser su hermano. No podía ser su hermano alguien así, tan deforme y poco agraciado. No era que no se parecieran. Era que tenía el cuerpo demasiado pequeño y, cómo decirlo, algo comprimido. Era un ser incompleto.

–Pues como le digo, morir así es muy jodido no para el que muere sino para los que se quedan. Y así, en la víspera de Nochebuena, pues ya para qué le digo. Menuda Nochebuena, joder. Pero Dios sabe por qué y cuándo hace las cosas, aunque aquí en esta tierra no entendamos nada. Por lo menos yo no entiendo. Dios tiene estos detalles, se lo digo yo que lo he visto antes, muchas

veces.

El hombre de la recepción la miraba como si fueran viejos amigos.

Aurora vio la puerta iluminada como una bendición. Se alejó por la calle.

Encontró un bar. Pidió una cerveza. Va una birra, dijo alguien. Aurora sintió el sabor helado y amargo. El camarero había puesto unas nueces saladas que ella devoró.

Abrió el teléfono y buscó el nombre en los portales de diarios españoles. Sí. En uno había una noticia.

Había sido un asalto callejero, el señor Ignacio Peña pasaba por allí, lo había alcanzado una bala perdida, le había dado en la cabeza, se había caído, ni se había dado cuenta a lo mejor, agregaba alguien. Sí. Debajo de la noticia aparecía una reseña biográfica. Había formado esa empresa de seguridad desde muy joven. Había un informe con datos recientes sobre los asaltos callejeros en un recuadro de color azul. En época de fiestas eran más frecuentes. Luego apareció otra información.

Aurora salió a caminar. No estaba buscando la boca del metro por donde había llegado. Estaba dando vueltas por esa calle de calzada ancha, arbolitos y grandes edificios. Encontró una banca. Se sentó. Así que a lo mejor su padre había muerto en un asalto. Pero no, no era posible.

Pasó por la calle Fortuny y entró pensando en la fortuna que podría darle. Qué tonterías pienso. Llegó a Zurbano. De pronto vio algo.

Unas columnas, una bandera. Era la bandera peruana. El blanco y el rojo. Estaba frente al local de la embajada.

Seguramente aquí puedo averiguar si hay algún Ignacio Peña que alguna vez fue a trabajar al Perú, a una empresa minera en el Cusco, pensó. No sé. Aquí puedo saber algo. Cómo no lo había pensado antes. No creo que tengan nada sobre eso. Pero igual, qué pierdo. Entre irme a otro lado y entrar a preguntar...

Tocó el timbre. Alguien estaba saliendo y entró. Había una señorita de pelo largo y negro sentada detrás de una mesa. Al fondo vio imágenes de paisajes naturales peruanos con algunos lemas publicitarios.

–Sí, dígame.

–Quisiera tener un poco de información –le dijo.

–¿Quiere preguntar sobre los puntos de interés para un viaje?

–No. Quisiera saber algo sobre un español que estuvo hace años trabajando en el Perú. En una empresa minera. Un libro de registros de trabajo de españoles allí. Algo.

La señorita movió la cabeza.

–Lo siento. Aquí no damos esa información.

De pronto alguien apareció a su lado. Era un hombre delgado, de mediana estatura, piel mestiza. Tenía una corbata larga y azul, el pelo corto, los ojos atentos en ella.

–Por favor, van a recoger este sobre –le dijo a la señorita.

–Muy bien, señor Condori.

El hombre volteó otra vez hacia Aurora. Tenía un cuerpo erguido, con un saco oscuro y una corbata azul. Ella vio una luz de curiosidad en su rostro. En ese momento parecía sostener un peso inmenso, como si una carga invisible lo aplastara y sin embargo él resistiera y se quedara de pie.

–¿Sí? ¿En qué la podemos ayudar?

–Viene a recoger información, señor Condori.

Aurora lo observó.

–Es sobre un señor de España que fue a trabajar a una empresa minera en el Perú. No sé, tengo que encontrarlo. Es que quería ver si aquí me podían informar de algo.

Algo en la cara del hombre pareció ablandarse.

–¿Cuándo fue eso?

–En 1988 o por allí.

–Va a ser difícil –dijo–. No guardamos información de esa época. No sé dónde pueden estar esos registros, si es que hay alguno. Solo en la empresa misma.

Aurora se quedó mirándolo.

–Gracias –dijo.

Dio media vuelta.

–Voy a salir a almorzar –dijo el hombre a la recepcionista.

De pronto el señor Condori estaba a su lado frente al ascensor.

Se dio cuenta que la miraba.

–¿Y qué es lo que la lleva a buscar a un señor después de tanto tiempo?

Las luces iban iluminándose con cada número.

–Un asunto personal, en realidad.

–Bueno, lo siento. No creo que podamos ayudarla en eso.

–Gracias igual.

Salió a la puerta de la calle. Un par de señores con maletín se detuvieron a su lado. Tenían los dedos largos y tensos. Miraban hacia arriba, un punto ciego.

De pronto se decidió a seguir, luego se detuvo, miró la puerta. Sintió un leve temblor en los labios. El señor Condori acababa de aparecer. Lo vio sonreírle.

–Soy Aurora –le dijo ella–. Vivo en Lima pero nací en el Cusco.

–Yo también –dijo el señor Condori–. Soy de San Jerónimo.

Ella sonrió.

–San Jerónimo. Fui al colegio allí al comienzo. Pero no me acuerdo mucho. Fuimos a Lima cuando yo era muy niña y he crecido en Lima. Y hemos vuelto pero pocas veces. Casi no recuerdo nada pero a veces me vienen como fogonazos, como imágenes de esa época, no sé cómo.

El señor Condori sonrió.

–Yo vuelvo cuando puedo.

–Algún día estaré allí. Tengo unas tías todavía. Y mis padres eran de allí.

El señor Condori la miraba. Había una luz extraña en su piel, como si la conversación con ella lo iluminara por dentro.

–Siento que no podamos ayudarla con lo de la búsqueda del señor que trabajaba en la mina.

–No hay problema.

–Si viene por la tarde, a lo mejor puedo hacer algunas averiguaciones. Pero tiene que darme más datos.

Aurora miró hacia abajo. Luego lo encaró suavemente.

–Solo sé que trabajaba en una empresa minera que se llamaba Fortuna en el Cusco en 1988. Era una empresa canadiense y quebró hace como veinte años. Y nadie sabe nada, pero yo quiero encontrar a ese señor que vive aquí. Solo sé su nombre. Y la edad que debe tener si está vivo.

–Bueno, ¿pero por qué quiere encontrarlo?

Un grupo de jóvenes empresarios, con peinados rigurosos y maletines impecables, salió del local. Se movían a toda prisa.

–Bueno. Un asunto familiar.

–Muy bien.

Caminaron por la acera. Una pareja de hombres se perdió dando risotadas por una esquina.

–No quería incomodar.

El señor Condori sonrió y miró hacia un costado. Algunos autos pasaban muy cerca. Había un fragor de ruidos pero ella podía oír muy bien la voz del

señor.

–No es la primera vez. A veces algunos vienen buscando gente que se les ha perdido.

–Bueno, esto es algo especial.

–Debe ser algo muy importante por la cara que tiene.

–Sí. Un asunto personal. Una historia de familia, en realidad.

–Bueno, bueno.

–¿Y cuánto tiempo que está por aquí? –se atrevió Aurora.

–Buen tiempo. Casi cuatro años. Me quedo solo un mes más.

–¿Y ha estado bien aquí?

–Muy bien. Me he sentido muy bien en España. Ahora nomás tengo un problema. Pero ya veremos lo que pasa.

–Bueno, gracias. Me ha ayudado nomás conversándome un ratito.

El señor Condori miró a ambos lados.

–Me llamo Carlos –le dijo–. ¿Por qué no vamos a tomar unas cañas aquí al lado? Y alguna tapa a lo mejor.

Entraron a un local de losetas verdes, vitrinas con platillos de albóndigas, grifos amarillos que despedían chorros de cerveza. Al fondo había un gran espejo con letras rojas.

–Aquí vengo de vez en cuando –le dijo el señor Condori–. Tengo un poquito de tiempo a esta hora. ¿Qué te parece?

–Un poco ruidoso pero está bien. Gracias por traerme aquí. –Ella lo miró con una sonrisa–. Carlos, ¿no?

–Sí. ¿Qué quieres tomar? Podemos pedir una caña pero también algo de picar. Hay todo tipo de papas, o de patatas como dicen aquí. Patatas alioli, patatas bravas, tortilla de patatas. Parecen peruanos de tanta papa que tienen.

Aurora lo observó. Tenía los ojos anchos y en la frente había algunas arrugas. Su voz tenía un hilo de súplica que aparecía luego de los primeros sonidos, como una música antigua y extraviada. El tono de melancolía en su voz se compensaba con un rostro fuerte y risueño.

–Bueno, bueno. Entonces voy a tomar una caña y unas patatas bravas. Dicen que son picantes aquí.

Carlos sonrió.

–No. Aquí no son picantes. Ya quisiera ver a los españoles comiendo algo

picante. No saben lo que es eso.

–Nos las comeremos igual.

Carlos ordenó unas patatas bravas y dos birras.

–Así que buscando al señor Peña, por todas partes.

Aurora se quedó en silencio. Movía los dedos en el mostrador. De pronto tenía un vaso de cerveza frente a ella. Unas rodajas de pan y unas patatas en cuadrados, cocidas en el horno y luego doradas en una sartén, con un olor a pimientos en la salsa roja.

–Así es.

–¿Pero ya tienes algún dato sobre él?

–Algo.

–Bueno, debes tener un buen motivo.

Ella dio un sorbo a la cerveza.

–La verdad es que creo que ese señor Peña es mi wawani.

Carlos la miró. Dio un sorbo de su caña.

–Vaya. Eso sí que...

–Bueno, Carlos. Te cuento porque no te conozco, y porque tengo que decírselo a alguien.

–Lo siento. Esas ya son palabras mayores –dijo mientras trinchaba una patata con el palito de madera–. ¿Cómo fue que supiste?

Ella dudó. Era demasiado tarde. Tenía que terminar de contarle.

–Bueno. En su lecho de muerte, hace unos diez días, mi madre me dijo que había tenido una relación con un español, cuando trabajaba en la empresa minera Fortuna en el Cusco. Era una mina de cobre y oro. Se conocieron en las oficinas. Así fue, parece.

–¿Y eso cuando fue?

–Lo de su relación, hace treinta años. Que me enteré, ahora, hace diez días.

–¿Y no tienes idea de dónde pueda estar?

Ella dio un sorbo. De pronto los rostros que había visto en internet revoloteaban por la mesa.

–Hay tres tipos con su nombre. Pero acabo de estar en la oficina de uno. Y, bueno, es un poco absurdo pero resulta que se acaba de morir, no lo puedo creer. Vi a su mujer y a sus hijos. Da un poco de risa, la verdad. Como si hubiera sabido que iba a buscarlo para no contestarme. Claro que es una broma lo que digo, pero, no sé, no sé...

El vaso se humedeció delante de ella. Tomó un sorbo y sintió el líquido

helado en la garganta.

El señor Condori sonrió.

–Lo siento. Ya sé que no es para tomar a broma lo que me cuentas.

–No te preocupes. Es divertido, en realidad. Pero no creo que ese señor Peña de hoy fuera mi padre.

–¿Por qué?

–Le vi la cara a los hijos. No sé. Tan feos y contrahechos.

–Bueno, entonces no debe ser.

Ella miró a la ventana. Se distrajo mirando pasar a dos policías.

–Me quedan otros dos nombres, pero no sé si tengo ganas de seguir. Casi es absurdo todo esto. Lo hago, en realidad lo hago porque se lo prometí a mi madre. Pero sobre todo, bueno, la verdad, quiero que él me cuente cómo fue, qué fue lo que pasó. Te hago esta confesión porque no sé. Porque a lo mejor me puedes ayudar, ya te dije.

Carlos terminó con su vaso. Pidió otra caña y una ración de patatas alioli.

–Vamos a ver, vamos a ver. Has venido solo con los nombres de los que pueden ser tus padres y hoy te diste cuenta de que uno acaba de morir. Eso está, no sé cómo decirlo. Muy curioso, por lo menos.

Ella dio otro sorbo. Sintió la amargura helada de la cerveza.

–Pero son cosas que pasan, como diría alguien.

–Vaya.

–No te quiero incomodar con todo esto. Perdóname.

–No. No te preocupes. La verdad me parece increíble, pero son cosas que pasan, como dices.

–Sí. Cosas que pasan.

El camarero trajo las patatas alioli, trozadas, bañadas en mayonesa y con olor a ajo.

–Estas son muy buenas, ya verás. Me gustan más que las bravas.

–Bueno, entonces pídemme una de patatas alioli a mí también.

–No, pero si de aquí comemos los dos. Después pedimos más si quieres. Más bien creo que debemos pedir otra chela.

El camarero se acercó. Era un hombre fornido, con la barba crecida y un labio salido, como interrogándose siempre.

–Ya que me has hecho una confesión te hago otra. Algo que no le he dicho a nadie en la oficina.

–Qué.

–Mi esposa acaba de abandonarme. Estoy casado con una española. Se llama Ángeles, es una tía muy maja y se ha ido de la casa.

–Pero...

–Ocurre que tengo que volver a Lima, porque así me lo exige la carrera. Ya pasé cuatro años aquí y tengo que volver. Pero ella no quiere irse de España. No quiere irse de aquí. Así que prefiere dejarme.

–Caray, lo siento.

–Bueno. Felizmente no tenemos hijos. Felizmente.

–Se quedaron un tiempo mirando las burbujas.

–Debe ser muy duro lo que estás pasando. Separarse y todo eso, una vaina.

–Me había hecho amigo de toda su familia, de todos. Íbamos a veranear a Gijón con ellos, imagínate. Paseaba yo con sus hermanos por San Lorenzo. Todos éramos amigos. Pero ahora ni modo. Ella no quiere moverse de acá. Tiene razón. Está muy apegada a sus padres. Felizmente no teníamos hijos. Bueno, no sé por qué te cuento esto. Pero es que mi mujer se fue esta mañana de la casa. Se ha ido a Oviedo, a casa de sus padres, y no me he atrevido a contarle a nadie.

–¿Y qué vas a hacer?

–Imposible convencerla. No quiere vivir en Lima. No quiere vivir fuera de España además. Así que me voy nomás y ya empezaremos los trámites del divorcio. Creo que se ha dado cuenta de que el amor de su vida es otro. Es su padre, el gran señor don Ramiro.

–Bueno.

–Así que mi mujer encontró a su padre y tú buscando a tu padre.

–Sí. Ya no sé qué busco tampoco.

El camarero trajo las cervezas y una nueva ración de patatas alioli con algunos palillos de madera. Comieron y tomaron en silencio.

–Prefiero los tenedores –sonrió Aurora.

–Bueno, bueno. Vamos a pedir una tortilla con tenedores.

Siguieron conversando. La gente entraba y salía del lugar.

–Habían sido las fiestas del Santirantikuy en el Cusco –dijo él–. La venta de santos que van a protegernos, y del ponche que va a revivirnos. Cuando vivía allí no me las perdía. Pero ahora que vuelva ya iré de visita al Cusco. Me he pasado años muy buenos aquí pero quiero estar allá, en esa plaza de nuevo. Quiero ir a San Blas. Cómo recuerdo a la familia Mendívil, que eran tan amigos de mis abuelos.

–Sí, me han hablado de ellos.

–Bueno pero cuéntame. ¿Cómo te ha parecido Madrid?

–Bueno, bien. Estoy un poco conmocionada, la verdad. La gente parece ir siempre más aprisa. Hablan más aprisa, caminan más aprisa, viven más aprisa.

–Pero se parecen a nosotros. Conversan entre ellos. Se hacen amigos allí mismo. En realidad caminan más aprisa pero van por la calle en grupos, igual que nosotros. No se encierran. Les gusta estar entre amigos, como nosotros.

–Así veo.

–España ha cambiado mucho –dijo Carlos–. Ahora nos entienden más cuando hablamos. ¿Conoces la historia de un latinoamericano que llega a un hotel en Madrid y llama al conserje?

–No.

–El latinoamericano llega a su cuarto y llama por teléfono a la recepción. Disculpe, disculpe, le dice. Allí nomás se ve que es latinoamericano, peruano o colombiano o ecuatoriano o boliviano o mexicano o de algún sitio –acotó Carlos–, porque nosotros nos pasamos la vida pidiendo disculpas. Le pediríamos disculpas al mundo, si pudiéramos, aunque no hayamos hecho nada malo. Estamos aterrados por existir, o sea de saber que los demás saben que existimos, y pedimos disculpas todo el tiempo, antes de poder decir cualquier cosa. Hablar es un derecho pero en realidad es un lujo, te digo.

El mozo llegó con la ración de tortilla.

–Me contaba una amiga que llegó a Madrid una vez. Se sentó en una cafetería allí por el Palacio Real, creo que en un sitio que se llama el Parque del Oriente. El mozo se acercó y ella le pidió «Por favor, si fuera tan amable, si no es mucha molestia, me podría servir un capuccino, y si es posible, con azúcar, por favor». Así pedía su café cuando vivía en Lima, toda llena de rodeos y remilgos. El mozo español la miró con la piel dura y le preguntó: «¿Va a pagar?». «Sí, voy a pagar», le dijo ella. «Y entonces para qué habla con tanto rollo», le dijo el mozo.

Hundieron los tenedores en la masa suave y caliente. El señor Condori pidió otras dos cañas.

–En tu trabajo te encontrarás con montones de historias.

–Te cuento otra. Hace tiempo, en la embajada, estaba el señor Vásquez Ayllón. Era un señor, un gran tipo. Eran los años setenta cuando estaban las pesetas, antes del euro. Bueno, pero te cuento. Todos los días, a las dos de la tarde, cuando él se iba de la embajada a comer a su casa, un mendigo lo esperaba en la calle. Siempre el mismo mendigo. Un tipo amable y también un poco

agresivo, dicen. Le extendía la mano al embajador para pedirle un duro, o sea cinco pesetas de esa época. Siempre un duro, ni más ni menos. Era un problema para el embajador porque a veces no tenía suelto y buscaba a un funcionario o a alguien que le prestara la moneda.

–Duro problema.

Carlos dio un sorbo.

–Hasta que un día el embajador le hizo una propuesta al mendigo. Le dijo: «Mire. Usted viene todos los días a pedirme cinco pesetas. Yo le propongo un trato. Yo le doy todos los viernes veinticinco pesetas. Se las voy a tener listas todos los viernes a esta hora, en este mismo lugar. Así usted no tiene que venir de lunes a jueves y yo no tengo que preocuparme de salir con las monedas esos días. El viernes en cambio le tengo todo completo y así todos contentos. Usted gana tiempo y yo me evito una preocupación diaria.»

–Bueno, parece una solución lo que le dijo.

–Pero no lo era. El embajador dice que el mendigo lo miró, con aire colérico y lo increpó: «Búsquese otro mendigo».

El mozo se acercó con una ración de aceitunas comentando que era una cortesía de la casa.

–Está claro –dijo Aurora–. Tenía razón el señor mendigo.

–¿Por qué?

–Era una chamba como cualquier otra. El mendigo quería algo que hacer todos los días. Ir a una cierta hora a pedirle una moneda al embajador peruano. Es un trabajo, no lo negarás.

–Sí, eso era.

Aurora dio un pequeño sorbo.

–Un lugar donde ir, donde alguien nos espera, aunque sea para darnos dinero o cualquier cosa por algo. O sea hacer pactos, tener acuerdos con otros para hacer algo, darle una misión a la vida. Algo que hacer.

–Y el embajador Vásquez Ayllón tuvo que seguir buscando su moneda todos los días –dijo Carlos antes de terminar su cerveza.

Después de comer, se quedaron mirando a la gente que iba a toda prisa por la vereda. En la televisión pasaban un partido de fútbol y algunos tipos sentados en la mesa gritaban algo.

–Me alegro haberte encontrado –dijo Carlos.

–Bueno, yo también. Fui a la embajada pensando encontrar información pero por lo menos encontré alguien con quien hablar.

–Así que viniste buscando a tu padre.

–Me parece que mi padre me ha estado esperando sin saberlo, todos estos años. Creo que cuando me vea, se va a dar cuenta de que me esperaba. Y yo no podía hacer otra cosa que lo que estoy haciendo. Aunque no lo entienda. Era una misión en mi vida, solo que yo no lo sabía.

–Pero lo encontrarás, seguro.

El señor Condori miró el reloj. Vamos, dijo. Pidió la cuenta al camarero.

–Dime, ¿tienes un número aquí?

–Sí. Te lo doy. Dame el tuyo y te llamo.

Aurora apretó unas teclas.

–Ahora ya lo tienes.

–Bueno, te llamo entonces si sé algo sobre el señor, ¿cómo se llama?

–Ignacio Peña.

–Bueno, así que la mina de oro Fortuna.

–Así es.

–Bueno, voy a acordarme de eso si viene el caso.

Aurora buscó la billetera en el bolso.

–Déjame invitarte –le dijo él.

Salieron a la calle.

–Parece el Cusco –dijo ella–. Sol resplandeciente y mucho frío.

–Por eso me he sentido tan bien aquí, creo. A pesar de lo de mi mujer.

Ella lo miró. Él trataba de sonreír.

–Que todo te vaya bien, Carlos.

Aurora recibió el beso en las dos mejillas.

–Espero vernos por lo del señor Peña o por cualquier otro motivo –se despidió Carlos.

Aurora dio vueltas por las calles, se perdió, se sentó en una banca, avanzó hacia el lugar de donde llegaba el ruido, llegó al Paseo de la Castellana, a la calle López de Hoyos, y por fin se animó a regresar al edificio donde había trabajado el señor Ignacio Peña, jefe de alguna empresa de seguridad. Vio en el lobby a quienes parecían algunos amigos del finado. Caminando alrededor de ellos mismos, fumando con la cabeza gacha, mascullando algunos sonidos de dolor y de rabia. El recepcionista del edificio estaba leyendo un diario deportivo. Volteó hacia ella y pareció reconocerla pero la ignoró, y dio la vuelta a una página.

Aurora sabía que no iba a hacerlo pero por un instante jugó con la idea de preguntarle a alguno de esos hombres que fumaban y daban vueltas, sobre lo que había sido la vida del difunto. ¿Sabían si el señor estuvo en Perú alguna vez? ¿Trabajando en una mina, en el Cusco? No, no. Por supuesto que no lo sabían. Y por supuesto que no había estado en Perú. Nunca. Era absurdo decir algo así. Iban a tomarla por una loca, y con razón. Además sabía que no era él. Recordó otra vez el rostro de los que parecían ser sus hijos.

Caminó de regreso hacia el Paseo de la Castellana, vaya nombre para esa gran avenida. Mejor no pensar en eso. Se sentó en una banca. Veía pasar los autos a ambos lados.

Sacó la foto. Se quedó en silencio. El ruido del tráfico la arrullaba.

Es como estar en un paseo pero más bien en un río, papá. No sé todavía por qué he venido pero ahora me siento un poco a la deriva, como si las aguas me llevaran en dirección a cualquier sitio. Busco un madero donde aferrarme, creo que una vez me contaste una historia que decía algo así. Ahora yo tengo que contarte esta historia. Tengo que irte contando todo. Ahora creo que ese señor Peña no era este cuyos hijos acabo de ver, así que voy a prepararme para buscar a los otros dos señores. Los otros dos señores, vaya modo de nombrarlos. Carajo. Y ya son las cuatro de la tarde y estoy aquí hace dos días y es diciembre y hace un frío de mierda, y esta noche dicen todos que es Navidad pero yo casi lo había olvidado. Me doy cuenta de que ahora me siento más cerca de ti, porque mi curiosidad por el otro me lleva a recordar mi amor por ti. No te olvides.

Guardó la foto y siguió su ruta hacia Cibeles. Subió hacia la calle Fuencarral. Pensó en ir a echarse en el hotel mientras sopesaba si esa tarde quedaba tiempo para seguir buscando.

Sí, sí le quedaba tiempo. No seguiría buscando pero sí seguiría dando vueltas. Caminar, no volver al hotel. Ir de frente. Grupos coloridos y ruidosos marchaban por la calzada. De pronto se encontró con una plaza. Allí estaba la figura de don Quijote. Ya se lo había dicho Vicky. Era la plaza de España y al lado, según le había dicho su amiga y había visto en fotos, estaba la Torre de Madrid y la Casa Gallardo. Por allí avanzaban don Quijote y Sancho, con un estanque por donde los dos héroes podían llegar al mar.

Se quedó sentada, mirándolos. Veía pasar a la gente. De pronto caminó hacia el borde de la plaza. Llegó a una calle y encontró los letreros de un cine. Daban una película cualquiera, y pensó que podía tratar de olvidarlo todo por un instante si entraba a ver una función, incluso esa.

Era la calle Martín de los Heros y estaba junto a las paredes blancas del cine Renoir. Miró los horarios. La siguiente película que daban se llamaba *Perdidos en París*, a las seis y quince. Se puso en la cola y midió la distancia que la separaba de la taquilla. De pronto todo se detuvo.

–Joder, cómo tardan estos tíos.

Volteó. Era una chica de pelo negro y corto, ojos claros, una chaqueta azul y pantalones blancos que hacían lucir sus piernas erguidas y tensas. Tenía un aire desafiante y una voz ronca y aguda.

–Parece que sí –dijo ella.

–Yo he venido siempre y nunca he visto que la cola tarde tanto como hoy.

–No sé por qué será.

–Pues porque son unos gilipollas, pero de los de verdad, de pura raza.

–¿Esa es la explicación?

–Esa es la explicación siempre para todo lo que pasa aquí. Seguramente el de la taquilla está pensando que su mujer le pone los cuernos y por eso tarda tanto en dar las entradas. La historia de siempre. Para que pillemos entradas aquí va a durar la hostia. Y todo por culpa de ese cornudo, joder.

Aurora miró hacia adelante. Había un turista o así lo parecía, un tipo de pelo largo y rubio, con pantalones cortos, discutiendo de algo en la taquilla.

–Espero que la película valga la pena.

La chica la miró.

–¿De dónde eres?

–Acabo de llegar a España –dijo Aurora.

–¿Y de dónde?

–De Perú.

Ella sonrió. Tenía dientes blancos y afilados.

–Ah. Qué guay. Siempre quise ir para allá. Dicen que Arequipa es muy bonito, ¿no?

–Y el Cusco.

–Y el Cusco, claro. Pues mira tienes que contarme. Pero ahora mismo estoy con un frío de los cojones. Y esta mierda no avanza, joder. Aquí vamos a seguir muriéndonos de frío no sé cuánto rato más.

–Creo que tiene que resolver sus problemas ese señor de pantalones cortos que está en la cola.

–Pues que los resuelva pronto. Seguro que es un sueco, a punto de suicidarse. Menudo elemento, joder.

–Podemos esperar un ratito.

La chica miró hacia la taquilla. Gritó algo y luego miró a Aurora.

–Pues yo me voy –dijo–. ¿No te apetece venir conmigo a tomar algo?

–Pero vamos a ver la película.

–Pues no. –La chica miró hacia la taquilla–. Iros todos a tomar por el culo.

La vio partir.

De pronto la cola avanzó.

Aurora compró su entrada y entró a ver *Perdidos en París*, que resultó ser una comedia. Una canadiense que pertenece a la sublime y heroica especie de los bibliotecarios va a París. Allí se da cuenta de que su tía, una mujer de ochenta y ocho años, se ha perdido o ha desaparecido o se ha esfumado. En el camino conoce a un vagabundo tan simpático como insoportable. El tipo se llama Dom o algo así y no quiere dejar a la protagonista sola en ningún momento.

Aurora se distrajo con las escenas de baile. Vio el río Sena y la Torre Eiffel una vez más.

Cuando las luces se prendieron se dio cuenta de que la sala estaba casi vacía. Pero se encontró con la chica que había estado en la cola.

–Así que regresaste.

–Sí, pero qué tipos esos. *Perdidos en París*, joder. Casi daba risa.

–A mí me pareció simpática. Me alegro que volvieras.

–Bueno, igualmente había venido hasta aquí así que no tenía que irme tan rápido. Además he quedado con mis amigos en un rato y no tenía otra cosa que hacer.

–Bueno. Soy Aurora. Vengo de Perú, como te dije.

La chica sonrió.

–Me llamo Nuria. Soy de Valencia, en realidad de un pueblo cerca de Sagunto. Pero vamos a ver. No sé qué haces aquí en la Nochebuena. ¿Tienes parientes o amigos aquí o algo?

–Bueno, no. No tengo a nadie.

–Hostia.

Un hombre se les acercó.

–Tienen que irse. Va a entrar la gente de la siguiente sesión.

–Cómo jodéis –dijo Nuria–. Joder al prójimo es vuestra vocación. ¿Tenéis universidades donde llevan cursos de joder al prójimo todos vosotros?

El hombre alzó los brazos y se fue.

Salieron juntas. Al llegar a la calle, Nuria le dijo:

–Vamos a tomar algo aquí, si quieres.

Aurora la acompañó a la esquina. Había unos azulejos, paredes de vidrio cruzadas de barrotes, algunas rajaduras en el vidrio y una barra con fuentes de albóndigas.

–Dos cañas para empezar –dijo Nuria–. Y una ración de albóndigas, venga.

–Gracias.

–Nada, nada. Tú te quedas conmigo esta noche, maja.

El camarero no tardó. Aurora se sintió reconfortada por el vaso frío.

Ambas comieron.

–Estoy estudiando Derecho en la universidad, pero a lo mejor lo dejo –dijo Nuria–. Es muy aburrido, la verdad.

–Pero ¿por qué? A lo mejor seremos colegas. Yo también soy abogada.

–Joder, tía. Que coincidencia. ¿Y cuál es tu campo?

–Derecho tributario. Me entretengo viendo la plata que tiene otra gente.

Nuria la miró con una sonrisa.

–Vaya. Eso sí que es un contratiempo. Pero debe ser interesante. Me has hecho pensar que me gustaría también. No tener dinero pero saber de la gente que lo tiene. Y cuánto tiene.

–Me divierto haciendo cuentas además.

–Bueno, ¿y cómo es que viniste a España en esta época? ¿Tienes familiares?

–Quería conocer España y llegaron las vacaciones. Así que me dio la ventolera, como decía mi madre, y me vine nomás. Pero dejé a mi familia atrás.

–Bueno. Yo no debería estar aquí en Madrid tampoco –dijo Nuria–. Debía estar en Valencia con mi familia en Nochebuena. Lo que pasa es que no soporto a mi padrastro y a mi madre no mucho tampoco. Y van a estar todos los hijos de él. Mis hermanos también, pero ellos tienen más aguante que yo.

–¿Tu madre no te va a extrañar?

–¿Que si me va a echar de menos? Sí, pero ya iré luego, cuando podamos estar a solas.

–Por lo menos.

–Así que con un grupo de otros descastados me he quedado aquí y nos vamos a celebrar la Navidad ahora hablando mal de nuestras familias. ¿Qué te parece? Va a ser divertido, la verdad. Pasar las navidades hablando mal de nuestros parientes, por lo menos de los que queremos, porque de los otros no hablamos nada.

–Tan solo se odia lo querido, dice un vals.

–Sí, bueno. ¿Entonces te vienes con nosotros o qué?

Aurora siguió a Nuria a la calle Princesa. La vio alzar la mano. El primer taxi se detuvo, como obedeciéndola.

–Vamos a la plaza Manuel Becerra –dijo Nuria.

Se sentaron juntas y en el camino, Nuria le dijo que su único dilema del momento era llamar a su madre o no, por Nochebuena. El problema es que a veces mi padrastro contesta su teléfono, aclaró. Vaya elemento.

Avanzaron por las calles anchas, entre algunos árboles y edificios. De pronto el taxi giró a la derecha.

–Aquí es.

Era un edificio alto, con un portal de fierros y piedra de granito. Nuria tocó el timbre y dijo «Soy yo».

–Es un grupo muy majo. Ya verás –dijo Nuria mientras subían al ascensor.

Aurora sintió un escalofrío de terror cuando la puerta se abrió, pero se sobrepuso. Era lo de siempre cuando llegaba a un grupo de desconocidos. Había racimos de chicos y chicas, algunos menores que ella, sentados en sofás, sillones, y en el suelo. Todos tenían trajes de colores vivos: rojos, azules, amarillos. En una mesa, había botellas de vino, platos de tortillas, brochetas, panes y algunas lonjas de jamón. Alguien estaba anunciando que ya venía una ensalada de pimientos. Todos acababan de reírse de alguna ocurrencia y una chica al fondo estaba terminando de recuperar el aliento.

–Parad un momento –dijo Nuria–. Aquí os presento a Aurora. Viene de Perú.

Aurora sonrió y dio dos besos a algunas de las personas que estaban cerca. Hubo un murmullo de tranquilidad.

–Oye, servíos tortilla –dijo una chica rubia a Nuria y a Aurora.

Aurora se cortó un trozo y se sentó en un extremo. Se apoyó en la pared.

–Vamos a brindar por la muerte de las familias –dijo alguien al fondo–. Porque se jodan esas fuentes de la infelicidad del mundo.

Era un muchacho de piel color olivo. Estaba con el vaso en alto.

–No digáis tonterías tampoco –dijo una chica de pelo largo al lado de Aurora.

–Es que es la última estafa de la naturaleza. La familia. Vaya destino, joder. Que te traigan al mundo y que tú mismo no escojas quienes son tus padres y tus hermanos. Es una estafa. Vamos a brindar por la muerte de esa estafa, o sea de

esa putada que nos da el destino. La familia, joder.

–Ay, por Dios.

Algunos levantaron las copas.

–Por la muerte de las familias.

A lo mejor yo también debía brindar, se dijo Aurora.

–Vaya con estos tíos –dijo una chica de pelo rojo, al fondo.

–¿Qué pasa? ¿No estáis de acuerdo?

–Pero por Dios. ¿Qué os pasa? Claro que no estoy de acuerdo –dijo la chica de pelo rojo–. Vamos a brindar más bien por la total desaparición de la idea de las familias. Eso es. Por un mundo sin familias. Solo con amigos que uno escoge. No queremos que otros escojan por nosotros.

Todos alzaron los vasos. Aurora los siguió.

A lo largo del resto de la noche, aparecieron nuevas botellas de vino, raciones de tortilla, platos de croquetas y de jamón serrano. Llegaron otros con ensaladas de berros y de pimientos. Aurora procuraba hacerse útil llevando y trayendo cosas de la cocina a la sala. La sartén sonaba con estallidos esporádicos de aceite, y en algún momento alguien distribuyó líneas de cocaína entre los asistentes.

–Caramba. Este polvo maravilloso viene de tu tierra –le dijo la chica rubia a su costado.

–Así es –contestó Aurora–. Pero la hoja de coca no tiene problemas. En las comunidades de la sierra todo el mundo la compra en las tiendas.

–Bueno, pues muy bien. Vaya, y gracias.

–Y crece muy bien en mi tierra. Bueno, eso pienso yo, por lo menos. Abajo las familias y viva la coca.

–Vaya que sí. Oye, eres divertida, eh.

Las voces fueron en aumento. En una esquina de la sala, dos muchachos discutían sobre un partido de fútbol que el Barça había ganado al Celta. Yo soy gallega pero igual a mí me gusta que haya ganado el Barça. Me gusta Messi aunque es un estafador del fisco, dijo la rubia. Pero qué coño importa eso. A mí me parece muy bien que estafe al fisco, coño. No quiero verlo pagar a un estado tan corrupto como este, joder. Quiero verlo jugar. A mí me gusta más Antoine Griezmann, dijo una mujer de pelo largo. Es un principito o así lo parece. Pero es que tú no sabes nada de fútbol, bonita.

En otra esquina, se hablaba del gobierno de Pedro Sánchez, lo veo cada vez

más débil, dijo alguien. Tenemos que ver qué pasa con Pablo Iglesias, y gente de Podemos, coño. Van a llegar al gobierno los de Podemos, vais a ver. Van a gobernar. Y esto va a ser el total desmadre, ya veréis. Seremos gobierno algún día. Acordaos de mí. No digas chorradas, le contestó alguien. Os digo que ese grupo nuevo que va a entrar en Andalucía va a ser gobierno. Cómo se llama. No sé. Acordaos de mí.

–¿Y por qué vamos a acordarnos de ti? –dijo la pelirroja.

–Y yo qué sé.

De pronto alguien entró en la sala. Aurora no supo si había llegado de la calle o de alguno de los cuartos.

Era un tipo de unos treinta años, el pelo corto y muy negro, los ojos claros, la tez muy blanca, y unos modales llenos de gracia. Se estaba acomodando justamente a su lado.

–Hola. Buenas noches. Me llamo Paco.

Ella sintió que se le cortaba la respiración.

–Soy Aurora.

–Pues me alegro de conocerte, Aurora.

Durante el resto de la noche, Paco le contó de su trabajo como arquitecto, de las casas de playa que había construido frente al Mediterráneo, de su afición a las carreras de motos, verás, una adrenalina fenomenal que se siente, y por fin le preguntó, a ver ahora dime, qué le parecía todo aquello que le estaba contando. Bueno, qué me va a parecer. Me parece muy bien. Después de un rato, Paco insistió en que debían irse juntos a conocer a su familia en Valencia. Sí, del mismo lugar de donde viene Nuria. Ella conoce a mis padres. Pero es que tienes que ver el mar, y las playas, y todo lo que hay allí. Es un alucine, joder.

De pronto, las demás voces parecían haberse alejado. Solo oía la voz de Paco. En ese momento le hablaba de su infancia en el barrio del Carmen, el más bonito en España, de su familia de abogados siempre trabajando y el que más mi padre, de las Fallas que consisten en unos muñecos grandes que luego quemamos frente a todos, un poco como la cultura de lo que es España, construir para quemar, quemar una cosa para construir otra, igual que la nuestra, dijo Aurora. Construir para quemar para tratar de construir de nuevo y después quemarlo, y así seguimos y así nos va. Bueno, pero son divertidas las fiestas. Y también tenemos la *mascletà*, que es básicamente hacer estallar un montón de

petardos delante de un montón de gente para probarnos que somos un gran montón de hombres. La *masclatá* es ahora el 15 de marzo. Yo te invito, te digo. Vas a venir conmigo. Y así puedes ver unos desfiles con los trajes valencianos más bellos. Trajes de colores preciosos, joder. Es un desfile precioso, de verdad. Y luego vienen las quemas de los muñecos que te contaba. Dicen que es una barbaridad pero a mí me gusta. Pero es verdad, hay gente que dice que es una barbaridad. Así piensa la gente algunas veces y así pensaba mi madre también. Bueno, pero cosas así hay en todas partes, replicó Aurora. En algunas zonas del sur del Perú, en la sierra, se celebra el Yawar Fiesta, que es una fiesta donde se amarra a un cóndor en el lomo de un toro para que lo picotee hasta matarlo, y también se hace estallar pólvora y hay que ver todo lo que pasa allí. Esa fiesta tiene siglos. Algunas veces el toro se libera y puede hacerle daño al cóndor también, no creas. Y por qué lo hacen. Bueno, dicen que para demostrar que el cóndor andino es superior y puede matar al toro español, o sea que esas cosas hay en todos lados. Y hay un escritor peruano, José María Arguedas, que escribió un cuento maravilloso sobre eso. Y Valencia es la tierra de Blasco Ibáñez, dijo Paco. *Cañas y barro*. Los Paloma, ¿sabes? Tonet y Neleta que no pueden separarse. Preciosas historias de amor. Preciosas historias.

Aurora se sentía atraída por los ojos claros y dulces y firmes de Paco. Pero cuéntame más, a ver. Bueno, en el centro de Lima tenemos unas catacumbas en el monasterio de San Francisco. Allí están los huesos de todos los que aspiraban a que sus cuerpos fueran enterrados bajo la iglesia. Eso fue en la colonia limeña. Uno puede visitar esos miles de huesos y luego comerse un *whopper* en el Burger King que está al otro lado de la plaza. Así vivimos todos los días, entre los huesos y la carne. Hace poco en un distrito, en Villa María del Triunfo, hicieron una piscina con un tobogán de agua que corre encima de un cementerio llamado Nueva Esperanza. Del agua al ataúd, en un ratito, oye.

Aurora le sonreía, procuraba su mejor voz para él, hacía gestos con las manos para enfatizar todo lo que le contaba, permitía que él le llenara el vaso una y otra vez. No hay copas y a mí el vino me sabe mejor en copas pero en vasos vale, y está bien. Bueno, yo soy de vinos, dijo ella. Yo creo que hay que dividir a los países entre los que toman vino y los que toman cerveza, dijo Paco. Entre los de vino pues España. El vino es la aristocracia del espíritu, joder. En Perú no somos de vino o de cerveza. Somos de pisco sour y de chilcanos, dijo Aurora. Pero también son tragos que vienen de la uva. Aunque también tomamos chicha, eso viene del maíz morado y de los granos. Y bueno, cuéntame qué haces

aquí. Soy abogada pero mi verdadera vocación es la literatura, me hubiera gustado ser maestra de literatura de unos jóvenes, pero joder, yo que lo que más me gusta es leer. Soy arquitecto, ya te dije, pero a veces la arquitectura me aburre. Pues yo soy igual que tú. Yo siempre quise estudiar literatura pero me fui por el lado de la arquitectura, ya sabes, la influencia de los padres, la presión de los padres, pero ahora no quiero trabajar, no quiero hacer nada, tampoco quiero ver a mis padres, por eso estoy aquí esta noche. Y ando un poco solo, pero en fin. Si quieres venir a Valencia, ven conmigo ahora. Vamos a la casa que tengo frente a la playa. ¿No te apetece?

El vino tenía un sabor seco y recio, y Aurora sintió la pequeña lástima de tener que interrumpir su conversación para ir al baño. Al volver encontró a Paco hablando con una mujer de pelo rojo. Se sentó junto a él. De pronto la mujer se apartó.

–Hola –dijo Aurora.

–Vaya, que has vuelto.

Paco se acercó. Aurora lo vio venir, tuvo tiempo de abrir los labios, se dio cuenta de que la estaba besando frente a los demás rostros que se quedaban en silencio, los observaban y luego seguían conversando. De pronto sintió que estaba de pie, junto a él, y que salían de allí y que sentía el frío ruidoso de la noche y que se tomaban de la mano y entraban a un cuarto. La puerta se cerró y se hizo un silencio. Aurora sintió el inicio de la gracia de un cuerpo cálido. Pronto se dio cuenta que su primera impresión era falsa. Era más bien un cuerpo a toda velocidad, cabalgando a la deriva. Sintió una boca seca, un roce áspero, la caricia fugaz en los senos. Demasiado pronto, demasiado rápido. Por Dios.

Al despertar, con un sol de gracia cayendo en una ventana alta y desconocida, Aurora se dio cuenta de que estaban en un hotel en las inmediaciones de la casa. Apenas recordaba el camino por la noche ni la subida al nuevo edificio ni el calor de la cama. Apenas podía reconocer en la memoria el cuerpo de ese chico llamado Paco que era más extraño que antes, que se había revelado solo cuando estaba encrespado encima de ella. Apenas había sentido sus movimientos duros, sus labios con sabor a hierro, su pequeña voz de lagartija.

En ese momento, no había nadie a su lado y por un momento pensó que el tal Paco había desaparecido sin un mensaje ni mucho menos, en un acto convencional de abandono. Se sintió preparada para levantarse e irse pero de

pronto oyó un ruido de hombre en el baño.

Sacó la foto de su madre.

Lo siento, mamá. Sé que no me educaste para estos deslices, pero te aviso que el muchacho estaba buenísimo a primera vista al menos aunque después resultó que no sabe manejar lo que tiene. Pero además también, como soy de otra época, le exigí que se pusiera el condón de rigor antes de la primera erección de su ego. Él ya venía preparado por supuesto. Había pensado que podía ligar, como dicen aquí, y venía preparado con su caja de condones, pobrecito. Pero yo sigo. Hoy que es Navidad no voy a hacer nada pero mi regalo es hablarte sin rencores ni reproches ni nada parecido. Más bien decirte que te quiero y te recuerdo y te pido perdón, y te digo que aquí sigo.

La puerta se abrió.

–Aurora, querida. ¿Me decías algo?

–Le contaba a mi madre de lo bueno que estás.

Paco se puso a su lado. Tenía una toalla piadosamente sujeta a la cintura.

–Ah, pues, mira. Yo te digo lo mismo, cariño. Me pareció que hacíamos el amor divinamente, como los dioses que dicen que hay en tu tierra.

–Bueno, bueno. Y además resulta que fue Nochebuena.

Paco sonrió.

–Voy a ver unos asuntos de trabajo –dijo–. Sí, aunque sea Navidad.

–Muy bien. Mejor que te vayas yendo.

–Pero dame tu teléfono que te quiero llamar luego. A lo mejor podemos ir a cenar si te apetece. Conozco un sitio especial, en La Latina. Y podemos ver el Madrid de los Ausburgo, si te viene bien. Soy un guía fenomenal, ya lo verás.

–Muy bien. Llámame si quieres –dijo Aurora–. Pero antes quiero pedirte el teléfono de Nuria, por favor.

–Te lo mando luego.

–Mil gracias.

–Los latinoamericanos sois tan corteses. Todos decís «por favor», «por favor», «muy amable», «muchas gracias». Corteses hasta las narices sois.

Aurora sonrió.

–Está en la sangre. Algún día nos moriremos pidiendo disculpas.

Paco sonrió.

–¿Salimos juntos de aquí? Ya pagué la habitación. No hay problema.

–No. Sal tú primero. Nos vemos más tarde o mañana, o en otro momento, cariño.

Paco sonrió y cerró la puerta.

Miró el cuarto. Unos tapices sombríos, una lámpara colgante, trozos largos de vidrio, un armario y la puerta blanca del baño. No iba a volver nunca a un sitio así, de verdad. Quizá tampoco iba a volver a ver a ese muchacho. Así como hay citas que abren el corazón, hay otras que lo cierran para siempre. No sabía por qué, pues se trataba de un chico apuesto y hasta agradable, y no parecía tener mala entraña. Pero no sentía nada con él. Era como un ente agraciado, un objeto hermoso. Hermoso y también ajeno y algo simple.

Se fue vistiendo poco a poco. Ya habría una rosca o un churro que desayunar en algún sitio, como los que había visto por allí. Eso, si algún bar abría su local el día de Navidad. Por un momento pensó en llamar al señor Condori. Tenía su teléfono por algún sitio. Pero ese día feriado, mejor no.

Esa mañana caminó por la ciudad sin un plan previsto, con la dicha de irse perdiendo en algunas calles vacías. Llegó a la plaza de Neptuno, y vio al dios de las aguas en su carro tirado por dos caballos entre chorros de luz que lo empujaban, y vio la rotonda llena de árboles donde había un hotel y de regreso, por la calle paralela, la iglesia de San Jerónimo.

Había leído que esa construcción fundada como el Monasterio de los Jerónimos había sido obra de Enrique IV en tiempos de la villa de Madrid. Era uno de los lugares que se había prometido conocer. Se paró delante del edificio y vio sus torres afiladas y sus arbotantes y los ladrillos que habían sido traídos varios siglos antes por los monjes desde el río Manzanares. Aurora se persignó y subió las escaleras. Se arrodilló frente al altar. Sin darse cuenta, empezó a decir el padrenuestro.

Al salir, el aire había enfriado. Sintió que la animaba. Si seguía, allí cerca estaba el Parque del Retiro y podía prolongar su caminata.

A las tres fue a la plaza del Callao. Había un locutorio allí. Marcó los números.

–Aló, tía Avelina. Estoy bien. Te llamo para desearte feliz Navidad, tía.

Escuchó los halagos y deseos previstos. Su tía Avelina la calmaba solo siendo quien era.

Luego marcó otro número por whatsapp, desde el móvil. Era Vicky.

–No he tenido mucha suerte. El primer tipo que se llamaba como mi padre se murió poco antes de que yo llegara. Como si esto fuera un juego. O una mala película, oye.

–¡Qué! No lo puedo creer. –Después de una pausa añadió–: Bueno, eso lo

elimina de la búsqueda. Quedan dos entonces. Avísame de todo lo que pase.

–Lo único que me ha pasado es que tuve algo con un tipo aquí. Un chico guapo y simpático, pero como casi todos los que son así, bastante tonto el pobre. Y ahora ya no sé si quiero volver a verlo.

–Vaya, amiga. Veo que no pierdes el tiempo. Qué rápida que eres.

–Cállate, oye. Te van a escuchar por allí.

–Sí, acá hay un montón de gente escuchando.

–Bueno. Feliz Navidad, amiga.

–Abrazitos, Auris. Y ya me cuentas.

Había empezado a llover. La calle frente a ella era un conjunto de sombrillas en movimiento. Casi todos llevaban abrigos y botas. Avanzó bajo los edificios. Se protegía de la lluvia de rato en rato.

Caminó por los alrededores de la plaza del Callao. En las avenidas peatonales había familias que avanzaban, todos unidos por la visita a algún familiar o el paseo de la tarde o la película que iban a ver. Algunos niños llevaban caramelos en la mano y le pedían algo a sus padres. Entró al enorme local de una tienda, y dio vueltas por algunos de los estantes como si estuviera visitando un museo.

Regresó al hotel, se echó en la cama y cerró los ojos pensando en su padre, Leonardo, con ella, abriendo los regalos. A ver qué tendremos aquí. Mira, qué linda está esta muñeca. Vamos a ponerle Vanessa, qué dices. Dejamos atrás a tu anterior muñeca Toribia y nos quedamos con Vanessa. No, pero pueden ser amigas. Qué linda que está. Gracias, papi. Gracias, qué linda.

Leonardo la había amado tanto como a su hermano. Los había amado a todos. Habían vivido con una felicidad normal y práctica, basada en la dicha de despertarse juntos día a día y de encontrarse a una hora prevista por la costumbre en la mesa del desayuno. Seguramente para lograrlo, Leonardo le había ocultado sus dudas, sus dilemas, sus confesiones a su esposa. El silencio era un modo de mantener unido el matrimonio, la consideración fundacional que asalta a cualquier cónyuge con la memoria secreta, la cautela frente a las malignas fantasías del pasado, dejar que las imágenes y voces del recuerdo sean un asunto privado que uno resuelve en una coraza interior. Pero su madre también había intuido que en ese silencio de Leonardo, en el amor que le demostraba a su hija Aurora, había un trazo de culpa, de reproche, de acusación. Claro que Leonardo la había aceptado, claro que la había amado, le había dicho que no le importaba que tuviera al hijo de otro hombre, le había asegurado que quería construir una

vida junto a ella, y que su hija era de ambos, no del otro. Dora había adivinado la magnitud de las pausas y distracciones, de las palabras retenidas, de todo lo que los unía en la culpa sin explicaciones. Pero Aurora había ido creciendo, pareciéndose a su padre, al otro, no a Leonardo, alcanzando una estatura que ni Leonardo ni su hermano tenían, diseñando unas facciones que venían de otro lado, mostrando en su cuerpo las huellas de todo lo que su madre había querido ocultarle. Y con cada cumpleaños ellos habían celebrado el aniversario de su existencia en el mundo, claro, la fecha del inicio de su ser, sabiendo que ese ser le pertenecía a su madre y a su padre Leonardo pero no a los dos, no a ese pacto de amores sagrados y de lealtades terrenas que habían fraguado durante esos mismos años. Y sin embargo, ambos habían enfrentado con una sutileza llena de coraje los malignos susurros del recuerdo. Lo habían hecho todos los días, en los momentos más inesperados, cuando las aspas empezaban a girar. Gracias, papá. Gracias, mamá. Seguiremos hablando.

Se fue quedando dormida. Antes de suprimirse, vio otra vez el cuerpo desnudo de Paco. Su piel recordó la aspereza rápida de sus piernas, la humedad de la piel, la prisa sin gracia de sus labios. Tenía movimientos acelerados en los vértigos de la necesidad. Ahora ya lo entendía mejor. Ese muchacho era un operador del sexo, no un intérprete ni un creador. En el cuarto solo se habían besado pero en el hotel, Paco había desnudado toda la torpeza de sus músculos y sus huesos, ensamblados para perderse en la droga de su velocidad y no para deleitarse en los intersticios del asombro por otro cuerpo. Su verga encrespada era un objeto sin rumbo en medio del cruce de las piernas. Su corazón no había escuchado los latidos de la piel de ella. No se habían encontrado. No se habían visto. Él se había dejado llevar por su sexo, en vez de dirigirlo. Y la había avasallado con unos movimientos frenéticos, como un soldado al ataque y no como un explorador al acecho.

Sintió el desagrado, la picazón, la vulgaridad de sus gemidos y el grito anticipado de sus modos de matador. La arrogancia y la entereza de sus movimientos eran un retrato de su alma. Se quedó dormida en medio del cariñoso y lastimado desprecio por él.

La despertó el timbre de un mensaje en el móvil. Era un mensaje de Paco con el teléfono de Nuria. Solo el número. Ni «hola» ni «te lo mando» ni «hasta luego». Pero el número de Nuria estaba allí.

Pero mejor. Muy bien. Vamos a llamarte, Nuria.

–Hola, Aurora. Pues ya estaba esperando tu llamada para comentarte, chica.

Vaya numerito el que montasteis anoche. ¿No podríais haberlo hecho más público?

–Lo siento. Me dejé arrastrar. Fue muy a lo loco. Lo siento.

–Vamos, no te preocupes, tía. No es la primera ni la última vez que veo a Paco hacer eso. Siempre lo logra con alguna que le gusta. Perdona que te diga.

–No, nada. Bueno, pero ya pasó. Oye, quiero verte.

–Vale. Pues cuando quieras.

–A ver si tomamos desayuno mañana en The Vips. Es el único lugar que recuerdo por aquí.

–¿El de la Gran Vía?

–Allí. ¿Nos vemos a las nueve?

Al día siguiente, Aurora se calzó el brassiere deportivo, se puso el chándal, lo apretó hacia su cuerpo, y se amarró con furia las zapatillas. Bajó por las escaleras del edificio y apenas llegó a la calle, empezó a correr, atizada por el frío. Se sintió reconfortada de que las gentes pasaran sin mirarla. Llegó a la plaza Mayor, siguió por el mercado, dio algunas vueltas subiendo y bajando cuestas, regresó por las calles de La Latina. Ver las cosas a una distancia nueva y cambiante, pasando a toda prisa, dejándolas atrás. El universo se construía y se disolvía de pronto, nada existe por mucho tiempo, una busca dejarlo todo atrás, la calle es un fluido de cosas en la distancia. Más allá, más allá, hasta perderse, su madre, Leonardo, Ignacio Peña, el tal Ignacio, y Paco, Nuria, Leonardo, Dora, Vicky, Ignacio. Seguir para ver qué podía ocurrir más allá. Sentir el frío en la cara, el dolor en las rodillas, tocar las paredes de vez en cuando. Algunos grupos se apartaban para dejarla pasar. Sentir sus pasos en el vientre, y ver el mundo que llega y que se borra y se concreta. Se detuvo, siguió caminando, cruzó la plaza Mayor y empezó a correr otra vez en la calle Preciados.

Regresó al hotel a ducharse. Se quedó todo lo que pudo en el agua. Se vistió a toda prisa y salió a su reunión con Nuria.

La ciudad le pareció familiar mientras caminaba hacia la Gran Vía. Algunos peatones se volteaban a mirarla. Cuando Aurora llegó, Nuria ya estaba allí hablando con un camarero.

–Te acabo de pedir un café negro, unos bollos y un zumo de naranja –dijo Nuria.

–Muy bien. Se ve que me has conocido rápido.

El camarero las miró, hizo un amago de sonrisa, dijo «vale» y desapareció. Aurora alcanzó a ver el nombre del camarero colgado en el pecho. Manuel.

–Vaya. Bonito nombre. Aquí lo llamarán Manolo. En el Cusco o en Lima lo llamaríamos «el Manuel».

–¿El Manuel? ¿Ponéis el artículo delante del nombre?

–Sí. A veces.

–Vaya, igual que los catalanes, dicen. ¿Es una costumbre?

–Sí. No sé por qué. Creo que es para hacer a la persona más especial o más querida, no sé.

Aurora estiró el brazo hacia ella. Señaló a su amiga y luego a sí misma.

–La Nuria. La Aurora.

–Ya veo. No me parece mal. ¿Y por qué me dices que hacen eso?

–No sé. Es algo de cariño, creo. Pero no sé.

–Bueno, te contaré que mi madre es de Cádiz. Y ella me decía que allí hay un dicho que también lo he escuchado por aquí. Y es que cuando todo acaba mal, acaba como el rosario de la aurora.

–¿Y de dónde viene eso?

–Porque había unas mujeres en Andalucía que cantaban al rosario toda la noche. Y al final, antes de amanecer, se peleaban con otros grupos que rezaban. Todo terminaba en pelea, para ver quién se quedaba con la calle para poder seguir rezando a sus anchas. Pelear para rezar, de eso vivían las muy lagartas. O por lo menos así me han contado. Todos querían prevalecer en los rezos sobre los demás. A lo mejor pensarían ganar indulgencias o algo así. Ya sabes que aquí en España todo empieza con la religión y termina con la guerra. O al revés.

–Igual que en el Perú –dijo Aurora.

–Bueno, igual que en todas partes.

–Me gusta esa frase. Acabar como el rosario de la aurora. Muerte al amanecer, algo así.

Nuria la observaba. Estaba sonriendo.

–Pues mira. Hablando de aurora y de amanecer, se ve que amaneciste ayer con Paco. Después de estar en el cuarto, os fuisteis a un hotel bien abrazados. Pues ojalá os haya aprovechado. Vaya que te enrollaste con Paco, mujer.

Aurora sintió un golpe de vergüenza.

–Bueno, el alcohol puede tener efectos nefastos, ya sabes. Pero me arrepiento.

Nuria le seguía sonriendo.

–Veo que no salió muy bien.

–No sé. Creo que debe haber hecho el amor muchas veces. Pero siempre es la primera para él. No sabe nada. O casi nada. Es como si tuviera un hueco muy grande en vez de un alma.

Aurora se tocó el pecho.

–Pues sí. Tienes toda la razón. Si lo sabré yo.

Aurora abrió los ojos. El mozo trajo el azucarero.

–¿También estuvo contigo?

–Un tiempo. Pero nada de nada. Un tío muy pesado. Para pesados, pues, el Paco se lleva el campeonato.

En ese momento sonó el teléfono. Aurora contestó. Miró a Nuria con una sonrisa mientras señalaba la pantalla.

–Hola, Paco. Sí. Qué tal. Estoy con Nuria ahora, conversando. Sí, hoy no puedo. A ver llámame en otro momento a ver si nos vemos. Muy bien. Adiós, Paco. Buena suerte.

Aurora apretó el botón y apagó el teléfono.

–Joder. Desearle buena suerte es lo peor que le has podido decir. Desearle buena suerte a un tío. Es como tirarle una cachetada en la cara. Vaya si tienes malicia, mujer. Una cachetada, te lo digo. Que le has tirado una cachetada. Qué guay.

–Pero buena suerte es lo que hay que desearles a los que van de un lado a otro como él.

–Bueno, de un lado a otro vamos todos, chica. Eso ya lo sabemos.

El camarero llegó con el café y los bollos.

–¿Así que tu madre es de Cádiz?

–Y por eso me pasé una parte de mi infancia visitando a mis parientes allí. Íbamos en Semana Santa, a la procesión, al barrio de la Viña de donde era ella. Era un rollo ir allí. Bueno, un lugar lindo. Mi abuela era devota de una Virgen que no era tan popular como la Macarena. Era una Virgen más bien pobre. Tenía poquísimos seguidores. Dicen que una vez un turista le preguntó a mi abuela por qué su Virgen en Semana Santa no tenía tantas medallas y ropas como la Virgen de la Macarena. Mi abuela se quedó pensando y le contestó: «Es que la nuestra es honrada».

–Vaya. Siempre pensamos que los pobres son honrados.

–Es algo que nos viene por la gilipollez tradicional en la que hemos crecido. Aunque a veces pienso que es así también. Será porque soy medio gilipollas

también.

–Bueno, en Lima la gente tiene al Señor de los Milagros. Algunas mujeres siguen la procesión por las calles, avanzando de rodillas, con las piernas ensangrentadas. Están pagando algo o haciendo indulgencias, quién sabe. Y hay una música grave y profunda, con trompetas y cornos y toda la estridencia de la melancolía. A los peruanos les gusta sufrir aunque sea por gusto, por ninguna razón, y proclamarlo con euforia al mundo. Una melancolía eufórica, algo así. El sufrimiento es visto como una bendición, por algún motivo. Los que sufren son superiores.

–La melancolía. Sois muy melancólicos, ¿verdad?

–De un modo enfermizo, creo. Pero un escritor llamado Eloy Jáuregui dijo una frase que siempre recuerdo. La melancolía, esa ramera de la nostalgia.

–Bueno, pues creo que los españoles también somos melancólicos. Solo que melancólicos enfadados. Nos quejamos más que cualquiera. Aquí se quejan de todo. Se entristecen y se quejan. Pero se quejan insultando, que es lo más grande. Y a veces pienso que los españoles no tenemos intimidad. Decimos lo primero que pensamos, joder. Y dónde está todo lo que debe pasar entretanto en nuestra cabeza o en nuestra alma o yo qué sé. Aquí todo es demasiado rápido, demasiado ruidoso, demasiado en plan bestia. Así vivimos. Pero en el fondo somos tiernos y un poco tristes, te lo digo. Y felices, no faltaba más.

–Bueno, pero en Lima la gente camina más lento, habla más lento, piensa más lento, pero también le exige menos a la vida, a veces pienso. Ese es el problema. Tiene las mismas emociones o más pero espera que todo pase. No hacemos mucho por que ocurran las cosas. Pero eso era antes. No sé si ahora es así.

–Eso me han dicho de vosotros.

–Todo es más lento. O era, no sé. Creo que está cambiando también. Te cuento algo. A comienzos del siglo pasado llegó un barco con algunos enfermos al puerto del Callao. Debían ponerlo en cuarentena. Pero el capitán de puerto lo dejó entrar por un motivo. Vamos a dejar entrar el barco aunque haya pasajeros enfermos, dijo. Por qué. Porque en Lima hasta los microbios se ahuevan. Así dijo.

–Vaya.

–Un escritor norteamericano, Melville, dice en su novela que Lima es la ciudad más extraña y triste que pueda verse. Por la neblina. Y porque nunca llueve. Y como nunca llueve dice que tiene un cielo al que se le han secado las

lágrimas. Pero ya no creo que es así, ya no creo. Ahora hay más movimiento. Más gente tiene más cosas. A mí me gusta Lima. Me gusta el Cusco. Me gusta Madrid también, si te digo.

–Bueno, ya iré por allá algún día.

Aurora dio un sorbo. Había terminado el café y pidió otro.

–Siento que puedo hablar contigo, Nuria. Contarte cosas.

–Yo también.

–Bueno, pero ahora tengo algo más que contarte, amiga. No sé por qué, pero creo que puedo confiar en ti. De verdad.

Los ojos de Nuria se abrieron cuando ella terminó de contarle todo. Joder, joder, pero eso sí que es fuerte, tía. Y así que vas a ver al que pudo haber sido tu padre y te encuentras que lo acaban de matar. El destino sí que sabe hacer putadas.

–Pero no era él. Estoy segura de que no era él.

–Vaya, vaya. ¿Y por qué?

–Porque vi a sus hijos. Demasiado feos. Y contrahechos además.

–Vaya. Pues muy bien. No eran ellos.

–Y ahora como que no sé quién soy. No sé quién es mi padre. Mi padre es el hombre que estuvo conmigo. Leonardo. Es él, pero también el otro. Y como estoy muy confundida, me voy a pedir más bollos y así ya no tengo espacio para mis angustias.

Aurora llamó al camarero. Vio el nombre. Marco.

–Pero bueno. Esto sí que es una putada –dijo.

–Así es. Y necesitaba contarte. No sé por qué, pero me caíste bien desde la cola del cine.

Nuria la miraba. Parecía decidida.

–Pues mira lo que te digo. Vamos a encontrar a tu padre o a quien sea ese señor Peña. Yo te ayudo –dijo.

–¿De verdad?

–Nos quedan dos Ignacios entonces. Uno ingeniero y uno abogado. Y tienes las direcciones de sus oficinas. Y hoy que es miércoles es día de trabajo. Y van a estar allí.

–Sí. Espero que no se hayan ido por las fiestas.

–Entonces vamos.

–¿Vamos a cuál?

–A cualquiera. Al que está más cerca. Al abogado.

Nuria insistió en pagar la cuenta y las dos salieron a la Gran Vía. Un taxi se detuvo.

En el camino Nuria le contó la noticia. Un señor de ochenta y tantos años se había sacado el gordo de la lotería de Navidad y se había muerto de la impresión poco después de cobrar el premio. Acababa de pasar. Qué suerte la suya.

–Mejor es vivir tranquilos –dijo Aurora.

–Claro. Si tú lo dices.

–En verdad también te diré que prefiero morirme como ese señor. Muy feliz.

–A ver si ahora también cobramos el premio.

Llegaron a la dirección. Estaban al otro lado de la calle. Un río de automóviles iba avanzando en una sucesión de disparos. Ya cambiaría la luz. Desde allí, el edificio era una construcción de paneles oscuros y una puerta giratoria.

Por fin cruzaron. Llegaron a la puerta. En la recepción, las recibió una mujer de ojos soñolientos y traje oscuro.

–Tenemos cita con el señor Ignacio Peña –dijo Nuria a la recepcionista.

Aurora se detuvo frente a la recepcionista. Era la portera de un palacio embrujado. Tenía el pelo largo, muy negro, y unas pestañas largas como sombrillas, que le daban un suave aspecto de hechicera.

–Muy bien. ¿A quién debo anunciar?

–A la señora Nuria Espert y a la señora Aurora Boreal. Somos clientas del doctor Peña.

La mujer las observó con un aire serio y cogió el teléfono. Nuria sostuvo de la mano a Aurora.

La oyeron decir sus nombres y luego «Vale, muy bien».

–Pueden pasar –dijo, mientras les entregaba unas fichas a cambio de sus documentos.

Aurora le entregó su pasaporte y Nuria su DNI.

El ascensor estaba al fondo.

Nuria le dio un codazo y avanzó primero.

De pie frente a las puertas, como si fueran unas cavernas antiguas, sintieron el ruido metálico de unos engranajes que crujían y se despedazaban, para terminar con la agonía de un soplido largo. De pronto la llegada de un timbre pareció aliviar al aparato de sus males y las puertas se abrieron.

Aurora se miró las manos, sin saber por qué. Tenía la piel húmeda.

–Tranquila. Tú tranquila, mujer. A lo mejor pronto saldremos de dudas. Ya es un milagro que estemos aquí. No se cómo nos han dejado pasar, te lo digo.

Un grupo de personas se abrió. Parecía un cuadro de tipos adinerados. Las gafas, los maletines, los ternos, los labios comprimidos. Todos salieron en silencio. Aurora y Nuria entraron al ascensor, se quedaron solas frente a los números que ascendían, se miraron. De pronto el mundo se detuvo con otro soplido metálico. Las puertas estaban abiertas y les quedaba poco tiempo.

Todo estaba iluminado en el pasillo. La alfombra, las lámparas, los paneles de vidrio.

Aurora se detuvo. Allí estaban las letras del señor Ignacio Peña y abogados. Unas letras grandes, la «I» y la «P» rectas y apuntando al cielo, en un tono gris.

Una mujer de rizos dorados estaba sentada a la entrada. Tenía un sobre con el nombre de un doctor Pedro Boreal en la mesa.

–Hola. Buenos días.

–Buenos días.

–Verá. Queremos contratar al señor Peña para un asunto. Nos lo han recomendado –dijo Nuria.

–¿Puedo preguntarle quién las manda?

–Pues la oficina del doctor Pedro Boreal –dijo Nuria.

La mujer las hizo pasar a una sala de espera. Había revistas y una pantalla de televisión apagada.

De pronto entró un muchacho con una corbata roja.

–Pasen. El señor Peña les va a recibir ahora.

La primera en ponerse de pie fue Nuria.

Aurora entró con ella a una oficina ancha.

Allí estaba. Con la mano extendida, un hombre canoso, casi calvo, las mejillas desplegadas, y unos ojos duros de ofidio.

–¿Eres la hija de Pedro? –le dijo, y de pronto–: Ah, perdón. Me he equivocado. Yo pensé que os conocía. Pensé que eras la hija de mi médico, el doctor Boreal. Es el que me ve los ojos, que siempre es bueno tener la vista bien.

Aurora no podía apartarse de ese hombre que seguía hablando, sus frases entre las brumas, bueno pero de cualquier modo, qué os trae por aquí, creo que queríais contratar los servicios del bufete, ¿verdad? Seguía hablando y sus palabras se perdían frente a las evidencias de ese rostro y del cuerpo que sobresalía con dificultad del escritorio. Un cuerpo que no estaba hecho a la medida del mundo en el que ella había vivido. Era evidente que ese tipo era más

bajo que el de la foto con su madre, que había algo en su cuerpo que decía que nunca había salido de España, y que no merecía ser, ni era, el padre que buscaba. Solo entonces se dio cuenta de que también había llevado a un altar de veneración y de terror a ese desconocido. No era él, no era él. No necesitaba asomarse a distinguir la mancha en la mano. Estaba como más allá de ella misma, en ese lugar. Qué hacía ella allí, por qué estaba buscando a un desconocido, qué iba a pasar si nunca aparecía su padre. Nada, nada, nada. Mientras ese hombre seguía hablando, ella con dos padres y con ninguno, buscando en una ciudad desconocida a unos señores que tenían el nombre de un destino, el nombre que el pasado le enviaba como un mensaje de su búsqueda, cómo decirlo, una pordiosera del presente encaminada a las murallas, interrogando los recuerdos grabados en cuerpos ajenos. Era imposible que lo encontrara. No iba a verlo nunca. Debía quedarse en silencio con quien era, con la revelación de quien era, un organismo producto de un encuentro fugaz, el resultado de un accidente por el que el amor había revoloteado brevemente, un episodio que todos habían buscado ocultar en algún intersticio del tiempo. Eso era ella. El que estaba allí tampoco era su padre pero no se sentía lejos de ese hombre por eso sino por la distancia con todo lo que ella había previsto.

Las lágrimas empezaban a correr por su rostro, le quitaban realidad a la figura del hombre y desdecían sus palabras en el escritorio. No podía seguir escuchando a ese individuo, un intruso de otra dimensión que en ese momento, con el dedo en alto, afirmaba que su estudio tenía una cartera de cinco mil clientes de primerísimo nivel en todo el mundo, incluyendo, fijaos, empresas de gran categoría en Estados Unidos, Inglaterra y las primeras economías del mundo. Así que estaré gustoso de escucharlas. Pero me permiten un momento que ahora mismo vuelvo.

El tipo se acercó a una puerta de lo que parecía ser el baño.

–Vámonos –dijo Aurora.

Se puso de pie, y salió por el corredor. Alcanzó a adivinar una excusa de Nuria a la recepcionista, y la vio junto a ella en el ascensor. Joder, qué tío este.

–No sé qué me pasa.

–Vamos a ver al otro. Tiene que ser él.

–Pero ahora mismo no puedo –dijo Aurora.

–¿Por qué?

–No puedo. Vamos afuera.

Al llegar a la calle caminaron a toda prisa. Entraron a una cafetería. Había

unas barras metálicas que soltaban bufidos de vez en cuando.

–Tómame un carajillo –dijo Nuria.

–Qué es.

–No importa. Tómatelo.

Un camarero le sirvió un líquido negro. Aurora lo sostuvo con los dedos quemados, lo terminó, hizo una mueca y dijo que era lo mejor que había tomado en ese día.

–No sé qué me pasó. Creo que me entristecí y de pronto me alegré de que no fuera él. Es un poco absurdo. Y además todo lo que he estado pensando. Estoy cansada de pensar.

–Dime, Aurora. ¿Qué vas a hacer cuando lo encuentres?

–No sé. No tengo idea. Ni siquiera sé por qué he venido. Pero aquí estoy. Aquí estamos y vamos a encontrarlo, puta madre. Pídemelo otro de estos.

Después de terminar el segundo vaso, Aurora miró a Nuria. Su amiga le estaba sonriendo, como esperando sus órdenes.

–Vamos, entonces.

–Vamos ahora mismo. Esto no puede esperar.

–Espera un momento que voy al baño.

Vio el letrero de los servicios y bajó la escalera. Aurora se sentó en el inodoro y sacó la foto de su padre mientras orinaba.

Bueno, vamos a ver qué pasa, Leonardo. Quiero que sepas que pienso mucho en ti y en todo lo que me dijiste y que hicimos juntos y todo lo que me dijo mamá y todo lo que hicimos. Pero ya viste cómo ha ido todo hasta ahora y veremos cómo va.

Salió a la mesa.

–Déjame pagar ahora a mí.

El edificio donde tenía su oficina Ignacio Peña Aleix, tal como vieron el nombre en la entrada, quedaba en la Gran Vía, no lejos de la plaza Colón, por donde ella había pasado al llegar a Madrid. Las dos se bajaron del taxi, se miraron y entraron a un edificio parecido al anterior.

–Somos de la embajada de Perú –dijo Nuria a la recepcionista–. Venimos a buscar al señor Ignacio Peña.

–¿Puede decirme de quién se trata?

–Bueno, pues Aurora Boreal y Nuria Espert –dijo Aurora.

–Bueno, pues el señor Ignacio Peña no está. Ha salido de viaje por navidades.

Las dos se miraron.

–Pero tendrá que volver, ¿no?

–Pues creo que vuelve mañana. Pero solo un momento. Es posible que vuelva, no se lo puedo asegurar.

Aurora miró a Nuria.

–Mañana venimos. Es un asunto urgente, sabe usted.

III

El rostro de Nuria se iluminó frente a ella. Un rayo de luz había pasado por la puerta y se había detenido de pronto. Habían pedido otro carajillo para las dos.

–Gracias por acompañarme, Nuria. Creo que no hubiera podido ir sin ti.

–Pero no te creas que fue solo por acompañarte. La verdad es que este asunto de los padres también me jode personalmente.

–Cómo.

–Bueno, pues que perdí a mi padre muy joven. Es una cosa de la que no me recupero, te digo la verdad. Porque era su hija preferida, creo. A mis hermanos les importa menos, si supieras. Pero conmigo, la cosa de mi padre, bueno, para qué te voy a contar. Es que es muy fuerte. Creo que era su hija preferida, pero no me lo dijo nunca. Porque se nos murió de pronto, el muy cachondo. Bueno, un día se cayó, y duró unas horas, hasta la mañana siguiente. Un infarto al cerebro, vamos, y nunca recuperó el conocimiento, y bueno, de pronto ya no estaba y parecía que había que hacer lo que hacen todos en estos casos, es decir todos a recordarlo y a seguir con la vida sin él, y ya está. Pero no es así, joder. Yo tenía catorce años, o sea que todavía dependía mucho de él, la verdad. Y vivir sin él era una putada. Fingimos que podíamos. Y mi mamá se puso a fingir con tanto empeño que se casó con otro. Y yo me quedé sola con él. Bueno. Pues eso. A seguir sin él, como pudiera.

–Eso lo sé también.

–Que lo de tu padre Leonardo también fue repentino, vamos.

–Cuando los padres se van así nomás, de un día para otro creo que es peor. No tenemos tiempo de pensar en su muerte. Se mueren vivos. Yo pude prepararme para lo de mi madre, pero lo de papá fue así como dices. Mi madre se murió estando ya muerta. Pero mi papá, no. Se murió vivo. Un día se cayó, perdió el conocimiento y no se despertó. Se quedó allí. A veces pienso que nos dejó un mensaje. Que debemos seguir soñando, a veces pienso eso, mira. Qué tonterías te hace pensar la muerte de alguien, verdad.

–Bueno, pues mi padre tuvo algo parecido –dijo Nuria–. Pero no era de aquí.

Era un inmigrante. Venía de Sibiu, de una ciudad en Rumania. Es una ciudad linda, entre colinas, en el sur de Transilvania. Rodeada de bosques con árboles y hojas de muchos colores en primavera. Linda ciudad. Y mi padre salió de allí, buscando una vida mejor como muchos, y llegó muy joven a Valencia, y trabajó, pero trabajó como un desquiciado, como buen inmigrante. Abrió un bufete de abogados y luego quiso entrar en nuevos negocios, pero unos políticos que había allí, unos tíos de lo más cabrones y corruptos, unos tíos de mierda, vamos, no lo dejaron. Lo extorsionaron, le hicieron la vida imposible, joder. Y un día simplemente empezó con unos dolores de cabeza, y se cayó y al día siguiente ya no seguía con nosotros. Era como, no sé, como que empezaba el pasado con él. Me acuerdo mucho de esa mañana, la última vez que lo vi consciente. Yo salía a un partido de voleibol con unas amigas, y lo vi mirándose al espejo. Se miraba por última vez al espejo, a lo mejor ya lo sabía.

—¿Y pudiste verlo en la clínica?

—Esa tarde fuimos todos al hospital. Y me acuerdo que entré a su cuarto y le hablé. Le conté todo lo que habíamos hecho juntos. Le hablé de una vez que habíamos ido al circo y le recordé que él me había dicho que el payaso era el hombre más triste porque tiene que fingir alegría, y yo no le entendí pero que después sí que le entendí. Yo le hablaba y él con los ojos cerrados. Yo al lado de su cama. Y entonces él abrió los labios y pensé que me quería decir algo, y a lo mejor me decía algo. Pero me estaba hablando en un idioma que yo no entendía. Me hablaba en rumano, creo. Él, que había aprendido a hablar el castellano y también el valencià, y que decía tacos y era forofo del Valencia, y que recordaba los tiempos allí de Mario Kempes, cuando él llegó, y de pronto estaba muriéndose con los ojos cerrados, y hablando en rumano. En rumano, joder. No había visto a ningún rumano en Valencia, no tenía amigos rumanos. Había conocido a mi madre, había hecho amigos españoles, había querido ser un español. Lo había conseguido. Pero en ese momento, frente a la muerte, había vuelto a ser quien era de verdad, un rumano. Un rumano de Sibiu. Un rumano de los que veían los árboles de muchos colores en primavera, con su familia, un rumano que conocía el río Cibin y alguna vez habló de ese río conmigo. Y había vuelto a Bucarest y a Sibiu un par de veces pero por poco tiempo. Pero era quien era. Era un extranjero, aunque arropado por España. Así que frente a la muerte volvió a ser un rumano, mi padre. Y entonces, al oír esas palabras que decía en rumano, bueno, yo me asusté, me pareció que no era mi padre el que hablaba. De pronto era un extraño. Y sin embargo sí que era mi padre, sí que era él en ese

momento. Era más padre mío que nunca, en verdad. Nunca supe qué fue lo que dijo. A lo mejor una oración o le hablaba a su madre o a su padre o decía un poema de su infancia, qué sé yo. Se murió hablando en su idioma, siendo él aunque antes no había querido ser él. Y de pronto estábamos mis hermanos, mi madre y yo frente a un ataúd y nadie le entendía y todos estábamos extrañados, casi horrorizados de que él hablara y que nadie entendiera. Nadie le entendía en la casa que ya no era la misma casa de antes, y se murió en su idioma y desde entonces pues nada. Nada de nada. Seguimos frente a su ataúd, hasta que se lo llevaron y desde entonces lo recordamos pero fingimos hacer otras cosas. Y lo echo de menos y siento que no lo conozco pero lo quiero más todavía cuando pienso en eso, porque lo adivino, adivino quién fue de veras.

—¿Y viste a sus familiares en Rumanía?

—Sí, vinieron sus hermanos a Valencia. Pero ni yo hablaba rumano ni ellos español. Así que no duró mucho el encuentro. Igual nos quisimos y vimos juntos su foto, y nos abrazamos.

Nuria sacó un cigarrillo. Estaba frente a su plato vacío.

—Bueno, pues vaya historia la de tu padre.

—Sí, vaya historia. Como la de cualquier padre, supongo.

Se quedaron en silencio. Las columnas de humo avanzaban, con gestos lentos en el aire.

—Bueno, yo seguiré con lo mío entonces. Ya te contaré cómo me va. Mil gracias, mujer. Gracias por tu compañía.

—Joder. No tienes que agradecerme, guapa. Me has dado algo que hacer. Fue como una aventura y lo dejamos desconcertado al gilipollas ese.

El camarero trajo los dos carajillos. Aurora tomó la mitad del suyo.

—A ver si mañana voy a buscar al señor Peña otra vez.

Nuria hizo un gesto de disgusto.

—Pues vas a tener que seguir buscando tú sola. Pero no dejes de avisarme lo que encuentras.

—¿Te tienes que ir?

—Te diré que estoy muy disgustada porque me gustaría quedarme y ver en qué acaba todo esto con tu padre, o con el señor ese. Pero esta noche tengo que irme a Sevilla —dijo Nuria—. Resulta que tengo una entrevista de trabajo, a lo mejor haciendo de guía turística. No es mucho pero al menos conoceré gente. Es un curro, y podré ganarme unos cuantos euritos al menos. Y hablar de la Giralda y del barrio de la Santa Cruz y de las cosas que me gustan, aunque sea con

desconocidos. Desconocidos, pero interesados. Y a lo mejor aparece por allí un chico guapo, vaya una a saber.

–Bueno, puede ser. Me tienes que contar cómo te va.

–Pero todavía tenemos tiempo. Vamos a otro sitio que aquí hace mucho frío, coño.

Llegaron a un restaurante con una puerta de madera y cristales, con dos manijas de oro. Entraron y se sentaron en una mesa pequeña. Había una televisión prendida con algunas noticias políticas de la Junta de Andalucía. Ese nuevo partido llamado Vox, coño. Estaban entrevistando a uno de sus dirigentes.

Nuria llamó al mozo y le pidió una botella de vino.

–Mi padre, tu padre –dijo Aurora–. Siempre vuelven los padres, no sé cómo.

–Allí están los jodidos.

–Adoro a mi padre Leonardo pero pienso que nunca lo conocí de verdad. Siempre me ocultó cosas.

–Pero eso es porque se las ocultaba a él mismo. Qué remedio.

–Mi madre me tuvo que decir la verdad.

–Bueno, le tocaba decirte la verdad, mujer. Aunque fuera a última hora.

–Así fue.

–Pero creo que las madres son más transparentes. Las madres están siempre allí. Son más concretas, joder. En cambio, los padres, los hombres, esos son los verdaderos extraños. Es difícil saber algo sobre ellos, la verdad.

–¿Cómo te ha ido con tus novios?

–Bien –dijo Nuria–. Unos cabrones, la mayor parte. Paco, uno de ellos. Pobrecito. Tiene el mismo problema de muchos hombres. Se cree muy importante.

–¿Y ahora?

–No estoy con nadie ahora. Prefiero estar sola. Siempre me fastidia tener a alguien muy cerca. Los hombres tienen la manía de querer acapararte y así se ponen.

–Yo he tenido varios enamorados, pero todos ellos con una tendencia a molestarse de algo. Cuando me recriminaban mi ropa o mi conducta, yo me quedaba callada y me iba de viaje por mis fantasías. Estaba como a miles de kilómetros de ellos, pero ellos seguían cerca, preguntándome en qué pensaba. Querían siempre rastrearne, como unos perros.

–Sí, eso creen que son. Perros de caza y después se juntan a contarse de su cacería a veces. Pero no todos, no todos. A lo mejor conoceré a alguien, pero si no es así, tampoco me importa mucho, la verdad. Tengo que aprender a amarlos, pero sin necesitarlos. Sin necesitarlos demasiado, por lo menos.

Después de terminar la botella de vino, ordenaron un plato de callos a la madrileña y una ración de jamón ibérico.

–Mira esos callos. Tenemos algo parecido que es el mondongo, dijo Aurora. Hacemos un plato que se llama cau cau.

–Joder, pues vaya nombre. Pura rima, coño.

Pidieron otra botella de vino. Un grupo numeroso de hombres entró, haciendo ruido.

Terminaron de comer. Afuera un grupo de niños caminaba con unos globos. Una maestra les daba direcciones.

–Se me ha hecho tarde.

–Que tengas un buen viaje y que conozcas mucha gente, como dice el bolero.

–Pero vengo a Madrid en unos días, y a lo mejor te veo.

–Me encantaría.

–Bueno, chica. Me tengo que ir, joder.

Salieron a la calle y Nuria encendió un cigarrillo. Dio dos caladas y lo tiró.

–Tengo que dejar este vicio –protestó.

Aurora la observaba.

–¿Quieres que vaya contigo a la estación?

–No. No te preocupes. Está muy lejos y te va a tomar todo el día ir y volver. Y aún tengo que irme al piso antes de tomar el tren.

Caminaron hasta la plaza del Callao. Curioso que también se llama así el puerto de Lima, dijo Aurora. Pues sí. Tantos nombres que no sé qué significan. Dicen que es el nombre de una gran piedra, callao. Servía para hacer que los barcos se quedaran acodados cerca de la orilla. Dicen que el puerto se llama así por eso. Quién sabe. Y Ancón que está por allí es el nombre de un puerto griego, eso dicen, no sé.

El sol dejaba un largo muro de sombras en la superficie. Caminaban pisando algunas zonas oscuras.

Al llegar a la boca del metro, se abrazaron.

–Avísame cómo vas, chica. No me pierdo el final de este culebrón.

Aurora le sonrió.

Al llegar a las barras negras, Nuria se dio la vuelta y alzó la mano. Aurora la

vio esfumarse en las sombras de la bajada.

Caminó por la calle Preciados. Entró a algunas tiendas. Hacía mucho que no compraba nada.

Se sentó en la Puerta del Sol. Miró el reloj en la torre. Pensó en sus enamorados uno por uno. La memoria los hacía comparecer frente a ella y Aurora los iba revisando, como una generala frente a la tropa. Se dio cuenta de que no se arrepentía de haberse deshecho de ninguno. Ya llegaría alguien. Recordó al señor Condori y sonrió.

El tiempo avanzaba tan lentamente, tan lleno de imágenes y sonidos, y de escalofríos y vértigos, hasta que en algún momento todo se precipitaba. Quizá volvería luego a la plaza Mayor. Mientras tanto, se dio cuenta otra vez de un letrero de letras estiradas. La Mallorquina. Había pasado por allí la primera noche y había visto los pasteles y bollos. Uno de ellos le había llamado la atención. Era la napolitana, un pan dulce de crema dorada en los costados. Quizá se comería uno luego. Se olvidaría de su cita del día siguiente.

Apenas se despertó, sintió las ganas de llamar a Vicky. Había una luz oscura en la ventana. El ruido de los autos, algunos bocinazos y un pito inundaban la habitación. Pero solo podía oír el timbre. Sonó varias veces. Nadie contestaba. Claro, estaba llamando a las nueve y eran las tres de la mañana en Lima.

Se duchó, salió a la calle y compró los periódicos. Nuevos partidos gobernarían la Junta de Andalucía. Después de los incidentes con los niños muertos en la frontera entre México y los Estados Unidos, iban a hacerles exámenes médicos a los que llegaran. Muy bien. Exámenes médicos y luego se los van a cepillar, eso seguro. Ya habían muerto algunos. La película mexicana *Roma* se estaba dando en Madrid con subtítulos. Se decía «venid» en vez de «vengan». Había un artículo sobre eso.

Entró en un par de librerías. Dio vueltas por los estantes. De pronto vio una edición de la *Divina comedia*, en una nueva traducción. Recordó sus clases en el colegio con el profesor Campuzano. Abrió el libro y pasó las páginas. En el canto quinto del infierno son castigados los lujuriosos. Están Dido, Semiramis, Tristán. Y Paolo y Francesca. Francesca da Rimini. Es ella quien habla. Le cuenta su historia a Dante. Un día ella y Paolo estaban leyendo un libro juntos, están leyendo la historia de Lancelot, hasta que «temblando entero me besó en la boca», y luego «y desde entonces ya no más leímos». No había ninguna alusión

explícita. No decía que se habían besado o se habían abrazado o habían hecho el amor. Francesca contaba solo que habían dejado de leer. La lección, les decía el profesor en el colegio, estaba clara. En esa historia hay un comentario apesadumbrado sobre el amor. Paolo y Francesca están enamorados. Dante está enamorado de Beatriz. Pero Dante no puede llegar a ella pues Beatriz está en el más allá. En cambio Paolo y Francesca están en el infierno pero están juntos. ¿Es mejor estar juntos en el infierno que separados por el paraíso de la persona amada? Recordaba a su profesor recitando esos versos. «Amor, que no perdona amar a amado alguno, me prendó del placer de este tan fuertemente, que, como ves, aún no me abandona.» Y en el fondo, insistía el profesor, Dante envidia a los amantes que viven juntos aunque estén condenados. Él está enamorado de una mujer pura e inmaculada que vive en un paraíso inaccesible. ¡Era así realmente! ¿Era así? Mejor estar junto a la persona amada, aun en el submundo, aun señalados por sucios y despreciables, aunque acusados y amenazados, mejor es estar juntos que estar enamorado de una persona perfecta y eterna, una semidiosa, siempre lejana. ¿No es eso lo que decía el poema? ¿O decía lo contrario? Quizá decía más bien que mejor era perseguir siempre un ideal en vez de estar inmovilizado en el infierno de donde nadie sale. Mejor era tener un futuro, antes que resignarse a perder la esperanza. Aun cuando el futuro fuera siempre distante.

Aurora no lo sabía pero estaba tan feliz de pie, en la librería, releendo esos versos de su infancia y recordando al profesor Campuzano, y una conferencia del profesor Carlos Gatti, que había escuchado unos meses antes.

Por la tarde llamó a Vicky otra vez.

Ay, qué bueno oírte. No sabes que no he dormido en toda la noche. ¿Dónde estás? Estoy tomando un café cortado aquí en el Haití, le dijo ella. Me vine tempranito. No sé, estoy medio depre. Ay, hija. Medio depre por qué. Me ha dado por pensar en el futuro. Me siento muy sola, no sé si algún día encontraré a un hombre, y no sé, para no deprimirme me fui de mi casa y me he venido a ver pasar a la gente. Tampoco es que necesite a nadie, tú ya me conoces. Pero no sé, de pronto me he sentido sola. Así que ahora mismo me voy a visitar a los gatos al parque para que me consuelen. Pero tú cuéntame. ¿Qué tal te ha ido? No me digas que lo encontraste. Bueno, no te preocupes, amiga, que todo llegará en su momento, ya vas a ver. Mira, te cuento. Creo que sí lo encontré pero por descarte. O sea que no lo has visto todavía. No, no no lo he visto. Todo depende de hoy, le dijo Aurora. Voy a ver al último Ignacio Peña que me queda. Ya da

risa. Mi último recurso. En su oficina dicen que a lo mejor va a estar, que a lo mejor llega. Vamos a ver. ¿Has pensado qué decirle cuando lo veas? No tengo ni idea. Lo que me salga en ese momento. Solo tengo ganas de verle la cara. Y a ver si me cuenta algo de mi mamá. Es lo único que quiero. Bueno, no sé qué decirte, amiguita. Solo que tengas cuidado. No vaya a responder con amenazas. Ya sabes cómo son los hombres cuando se sienten vulnerables. Reaccionan de lo peor. Ya sabes. Así que ándate con cuidadito nomás. Ya te cuento.

En el bar donde estaba, Aurora pidió otro café y recordó el carajillo del día anterior. No iba a necesitarlo. Se sentía extrañamente serena, como pocas veces antes. Era como si hubiera estado preparándose para ese día, sin haberlo sabido nunca. Decidió que debía volver al hotel. No podía estar vestida así.

En la habitación sacó el traje amarillo, con flores blancas, los zapatos de tacón. Se maquilló y se peinó frente al espejo. Se miró rápidamente. Sí, estaba bien así. Estaba bien. Cogió su cartera.

Salió al corredor. Tomaría las escaleras. No podía esperar el ascensor.

Llegó a la oficina del señor Ignacio Peña, ingeniero, sesenta y tantos años, quizá su padre, «su último recurso», daba risa. Llegó un poco antes de las diez. En el camino había notado las multitudes de la calle. Seguramente estaban todos listos para partir a algún sitio por las fiestas. Era el jueves 27 de diciembre, una fecha sin interés salvo porque se acercaba el fin de año. La gente estaba acostumbrada a celebrar. Ella pensó que a lo mejor iba a vivir su propia fiesta.

En la puerta del edificio se encontró con la misma recepcionista de pelo largo y pendientes negros del día anterior. Le pidió hablar con la secretaria del doctor Ignacio Peña. Después de insistir, logró que le pasara el teléfono.

–Sí, dígame por favor.

Aurora se quedó en silencio. Era una voz dura que pronunciaba cada sonido con una precisión ejemplar, dejando algunos destellos de crueldad en el final de la frase. Buenos días. Sí, vine ayer, buscando al señor Peña. Pues yo pasaba por aquí y he cogido el teléfono, pero no soy su secretaria. Le comento que no es seguro que el señor Peña llegue hoy. Lo estamos esperando pero igual se va a su casa o fuera de la ciudad, vamos. Bueno, entonces, qué me recomienda, dijo Aurora. Pues vea. Mejor sería que hiciera una cita para la siguiente semana. Llame usted por teléfono en un momento, y hable con la secretaria. Yo no administro las citas de las oficinas aquí, esa no es mi tarea, así que le sugiero que me deje tranquila.

Aurora cogió el móvil y llamó a la oficina del señor Peña sin irse del lobby.

Una voz contestó identificándose como la secretaria del ingeniero, y después de una pausa, le informó que podría darle una cita con el señor el miércoles siguiente, que era el primer día laborable después de las fiestas. ¿Está usted viniendo a nombre de alguna empresa? Ya le dije ayer, contestó Aurora. Soy de la embajada de Perú. Me puede anotar para el miércoles entonces. A las diez.

Muy bien, muy bien. Muchas gracias. Aurora guardó el teléfono y dio algunos pasos hacia la pared. No había ningún asiento. Tendría que estar de pie allí.

Aurora miró hacia los costados. Las paredes eran de un mármol oscuro y luminoso. Podría esperar.

Tenía la cartera. Sacó la foto de sus padres y las guardó.

–Oiga. No puede esperar aquí –dijo la recepcionista–. Si no tiene cita, debe marcharse.

Aurora se acercó.

–Es un asunto de vida o muerte –le dijo–. El señor Peña me está esperando. Se lo digo muy de veras. Si no me ve, va a quedarse muy frustrado.

Por algún motivo, la mujer la miró con asombro. Aurora pensó en que estaría adivinando alguna historia secreta que después podría compartir con los guardias del edificio o con alguna amiga de otro turno.

El teléfono sonó en ese momento. La recepcionista la miró y bajó la cabeza al contestar.

De pronto la luz del lugar se había alterado. La puerta de la calle estaba abierta y una figura con un maletín caminaba con aire resuelto, daba los buenos días a la recepcionista y avanzaba hacia los ascensores. Un hombre espigado, con la altura precisa, trancos largos y seguros, un aire de aparente confianza en su posición en el mundo. Salvo por las piernas que en algún momento vacilaron, parecía un hombre acomodado perfectamente a ese lugar.

Era él.

Aurora dio un paso adelante.

Lo vio mejor. Tenía un terno oscuro, camisa azul y el nudo de una corbata roja. Al acercarse vio una parte de la camisa que sobresalía en la cintura. Tenía un frondoso pelo blanco y su aire juvenil se sostenía en unos ojos vivaces y firmes. El semblante risueño le daba el aspecto de un joven disfrazado de alguien respetable que había venido a la oficina por un instante para enterarse de lo que pasaba, dispuesto a escapar cuanto antes en busca de volver a ser él mismo en el inicio de la diversión de fin de año. Dio unos pasos mientras esperaba que

siguieran bajando las luces en los números.

No era necesario verle la mano ni hacerle ninguna pregunta.

Aurora se levantó, lo siguió y se puso al frente de él. Fue en ese instante que se dio cuenta. Era como si estuviera mirándose a un espejo. Tenía la piel más blanca y los ojos más claros pero nuevos indicios se acumulaban en un vértigo de revelaciones: la forma alargada de su rostro, el mentón agudo, la luz tierna en la mirada, los labios largos y plegados. Todo le decía que era el hombre de la foto junto a su madre. Se sintió extremadamente tranquila. Se detuvo delante de él. El hombre quiso seguir hacia un costado, mientras los números se acercaban, pero ella alzó la mano.

–Señor Ignacio Peña.

El hombre se detuvo. La observó. Inició una sonrisa.

–Sí. Dígame.

Aurora se quedó de pie. Notó una línea de impaciencia y de crispación en su frente. Pero había algo de desamparado en el rostro del hombre, una rendición de los ojos que no atinaban a nada frente a esa intromisión de una joven desconocida.

–Señor Peña.

Había repetido el nombre como para demostrarse que ese señor de veras existía. Estaba mirándolo, tratando de asimilar su presencia.

–Disculpe, señorita, pero si no tiene algo que decirme, tengo una reunión. Es fin de año y estamos muy atareados, sabe...

–Soy Aurora, la hija de Dora Parhuana.

El señor movió la cabeza, miró a un costado, luego volvió hacia ella.

–Discúlpeme usted, pero no tengo más...

De pronto la voz se detuvo. Los ojos se abrieron. Aurora sintió que un brillo oscuro lo paralizaba.

–¿Dora?

Aurora bajó los ojos.

–Mejor dicho. Soy la hija de Dora Churampi, casada con Leonardo Parhuana. Para ser más clara –agregó, bajando la voz–. Soy la hija de Dora y creo que también de usted.

El hombre movió los labios, como si estuviera repitiendo en silencio algunas de las palabras que acababa de escuchar.

Aurora sacó el sobre. El hombre lo sostuvo un instante, lo abrió y se quedó mirando la foto como si estuviera frente a una medusa de muchas cabezas, que

se movía frente a él. Fue entonces cuando apareció la inútil mancha roja en la mano.

Aurora le dio la carta. Notó que parte de su rostro temblaba. El señor Peña leyó algunas líneas y la puso a un lado. Estaba sosteniendo el papel pero no se atrevía a mirarlo. Aurora tuvo miedo de que lo tirara al piso y se lo sacó con cuidado de entre los dedos.

–Soy su hija, señor Peña.

Se quedó inmóvil. De pronto alzó una mano hacia ella.

Le estaba cogiendo el brazo, la llevaba a una esquina.

–Hostia. Hostia.

El hombre la tenía cogida de una mano. Estaban junto a la pared, al lado de los ascensores. La mano le dolía y pudo zafarse.

–¡Pero qué hace, señor!

El señor Peña la miraba con los ojos incendiados. Estaba jadeando.

–Si esto es una treta de mis enemigos, lo vas a pagar caro, chica. Voy a ganar las elecciones, eso te lo digo desde ya.

Aurora esperó en silencio, la cara llena de arrugas, el gesto desolado, los ojos inquietos que volvían sobre la foto. Mientras él estuviera confundido, ella iba a poder hacer lo que quería, aunque no sabía exactamente qué hacer.

–Yo no sé nada de sus enemigos, señor. No sé nada de eso.

–Mi candidatura... –dijo el hombre.

–No sé nada de eso. He venido desde Lima para verlo. En verdad, vengo del Cusco. No quiero nada. Solo quiero que me diga quién es usted. Y qué fue lo que pasó. Nada más.

El hombre movió la cabeza varias veces.

–Discúlpeme. No tengo tiempo para esto. Discúlpeme. Es fin de año y tengo una reunión y después un almuerzo con la gente del bufete. Por favor, se lo ruego. Váyase.

La puerta de los ascensores se abrió. El señor Peña dio dos pasos sin dejar de mirarla. De pronto se quedó inmóvil.

Aurora sacó un papel.

–Aquí tiene mi teléfono –le dijo–. Recuerde que soy Aurora. Y aquí le dejo un sobre con las copias de la carta y de la foto. Para que las tenga y las guarde si quiere.

El hombre sostuvo el papel, dio media vuelta y entró al ascensor. Dentro, volteó hacia el tablero de números y se quedó observándolos. Las dos puertas se

cerraron, como suprimiéndolo.

Aurora salió a la calle. Un viento se alzó frente a ella, y trajo un montón de polvo y algunos papeles de la acera. Se guardó el sobre en el bolsillo. Empezó a caminar a toda velocidad. Pronto estaba corriendo, seguía entre algunos cuerpos que le dejaban el paso. Corría al fondo, a la esquina, luego a la derecha y de frente, hacia cualquier parte, el viento le iba secando la piel.

Se detuvo. Estaba jadeando. Se agachó y se sostuvo de las rodillas. Empezó a caminar. No sabía dónde estaba. Mientras avanzaba, vio a un señor caminando con un sombrero y con gabardina. Tenía la piel llena de arrugas. Lo miró pasar y le pareció que esbozaba un gesto de furia. Se detuvo en la esquina. Había un panel que iba produciendo avisos publicitarios. Bancos, viajes, tiendas. Un automóvil cruzó a toda velocidad y le arrojó una ventisca de polvo.

De pronto sonó el teléfono.

Era la voz de Paco. El sonido áspero, tierno, risueño de Paco.

–Aurora, qué pasa, tía.

–Nada. Aquí dando vueltas.

–Vamos, que te invito a comer algo. ¿Te apetece?

Ella miró el teléfono. La voz de Paco parecía un objeto familiar.

–Bueno, claro. ¿Por qué no?

–Nos encontramos en el Edelweiss. Queda en la calle Jovellanos, cerca del centro.

–Muy bien. Yo lo busco.

–¿A las tres? –dijo Paco.

Mientras tomaban un café, después de una comida de salchichas y cerveza, con papas salteadas y un postre compartido de bollos y apfelstrudel, Aurora oyó a Paco decir que había pensado mucho en ella desde que se habían visto, me ha parecido que ha pasado mucho tiempo desde que estuvimos juntos, mira, pero han sido un par de días, y bueno, es que no sé qué pasa, joder, y eso de estar pensando en alguien, bueno, vamos, es que no me pasa mucho, no me pasa casi nunca. No sé, qué quieres que te diga, es algo que no me suele ocurrir. Eres tan misteriosa, me parece que llevas tantas cosas dentro. No sé, es tu silencio, o algo en tu silencio, es algo que me intriga, mujer. Me gustaría escuchar lo que piensas. Quisiera meterme en ti para saber qué sientes, qué piensas, porque cuando sonrías, cuando nos besamos, pienso que hay algo más, que escondes

mucho, pero que eso que escondes es, bueno, cómo decirlo, es algo que estaría muy bien, lo adivino, es algo así, qué bueno. El otro día me dije que eres una más, y luego no sé por qué me acuerdo de tu silencio, me acuerdo de tu rostro en el silencio, qué cursiladas digo, no debía decirte estas cosas. Pero de verdad, estoy a gusto contigo. Y además tienes una voz que me mata, me hace ver la música en el aire, joder. Tienes una voz tan dulce, tan, bueno. Así que te llamé para decírtelo, Aurora, y te lo estoy diciendo.

Ella le sonreía, sorbía de su café, miraba a un costado. Un grupo de turistas de pantalones cortos entró al local.

Bueno, también me gusta mucho estar contigo, Paco. Me gusta mucho pero tampoco puedo decirte por qué. Pero vamos a pedir otro postre que esto está muy bueno.

Cortó algunos trozos del apfelstrudel, los probó, miró hacia la puerta que se abría y volteó hacia Paco. Por algún motivo, los ojos del señor Ignacio Peña flotaban como dos criaturas aladas en el aire del restaurante, y se sentaban frente a ella. Se dio cuenta de pronto que esa cabeza se parecía a la de su padre, a la del señor Ignacio Peña que era su padre, el señor Ignacio Peña que era ingeniero y que tenía una reunión urgente, que estaba amenazándola porque creía que había sido enviada por sus enemigos electorales, que se despedía de ella con un movimiento rápido hacia el ascensor. Ese señor que le recibía la copia de la foto y de la carta volvía a gravitar por el humo de la cocina, merodeaba por las mesas de manteles suizos del restaurante Edelweiss, y se sentaba frente a las salchichas y las papas, y los enormes vasos de cerveza alrededor. En ese momento Ignacio estaba diciendo algo nuevo. En algún lugar del local alguien había sacado un abanico quejándose de la calefacción del local, y esas alas movidas por una mano atizaban algo en el aire, como un conjuro que atraía el tiempo. Eran los golpes que el miedo al futuro había enviado hasta allí para poner en marcha la asamblea de rostros que seguían comiendo, hablando y llenándose de recuerdos en ese fin de año.

Claro que ella podía haber sido su madre escuchando esas frases de Paco treinta años antes, a miles de kilómetros de allí, en otra ciudad que también era una ciudad de sierra, y de sol, como esa, y que también había sido la capital de un imperio como lo había sido esa, donde su madre escuchaba a este muchacho y también al señor Peña.

Un silencio macizo los había rodeado. Paco seguía hablando, prodigándose en elogios hacia ella. Pero en algún momento empezó a referirse a sí mismo y a

su vida anterior. De pronto, se había convertido en un publicista de su existencia. Le hablaba solo de él mismo. De sus necesidades, de sus anteriores mujeres, de sus proezas, de sus enormes planes. Tendría una gran oficina de arquitectos y construiría una nueva ciudad junto a Valencia. Allí sentaría sus bases. Haría grandes edificios mirando el mar. Era como el predicador y a la vez el dios de su propio futuro. El rostro de Paco se borraba y las cosas a su alrededor parecieron hacerse invisibles. Aurora se sintió tan lejos. Se vio a ella y a Paco como dos personas ajenas, los dos sentados juntos, en un lugar distante, unos años antes. Mientras veía otra vez a su padre alejándose hacia el ascensor, se dio cuenta de que Paco alzaba la taza de café por última vez, mordisqueaba el apfelstrudel, pagaba la cuenta, la cogía de la mano, la besaba, luego que ella se ponía de pie con él, y, a continuación, como un proceso natural, sin ningún asombro por los accidentes que el destino le había asignado en esa historia, lo seguía hasta un viejo hotel de madera, con escalones crujiendo allí muy cerca, y que él la desvestía y la besaba y se hundía en ella, mientras que desde este lado, desde donde estaba ella, la espalda apoyada en el colchón, las caricias de otro hombre que era ese junto a su madre, la seguían por las esquinas de ese cuarto ajeno. Lo vio haciendo el amor con su madre treinta años antes, lo vio engendrándola en el vértigo de un placer de las entrañas, oyó la sombra de los susurros que llegaban desde las alturas, y se imaginó lo que habrían sido sus excursiones al Valle Sagrado, y también se imaginó la vida de ellos en la oficina, él entraba a su escritorio cuando esa misma mañana habían tomado desayuno juntos, y le pedía algún papel y ella se lo daba, y los compañeros sabían que estaban juntos, pero al mismo tiempo fingían no saberlo y su madre, en medio de la vergüenza. También fingía no saberlo. Lo vio despidiéndose de ella en algún momento y vio su perfil, con un abrigo y el pelo suelto en el aeropuerto de Cusco, tomando un avión por última vez, instalándose en esa ciudad en la que estaba ahora, sentado en alguna habitación familiar, escribiendo una nueva carta, ocupado en su nueva empresa, en sus nuevos amigos, en su familia hasta que llegó el día en el que pareció cierto que había llegado el olvido. El olvido es una ilusión que nos envía el pasado. Lo hace para refinar su crueldad con nosotros. Luego, en el camino, les abre las puertas a las emboscadas de la memoria que siempre nos ronda desde el otro lado. Pero en ese momento el olvido era lo más necesario. Ignacio había creído superar todos los asaltos del pasado. Había creído poder continuar. Había continuado. Aurora lo vio retratado en un sofá con su mujer, con algún hijo que a lo mejor también se parecía a ella, y con su oficina en ese edificio de cristales y

acero. Mientras Paco gemía de placer y daba vueltas sobre sí mismo como un trozo de carne en algún asador, y decía algunas palabras cariñosas y soeces, mientras ocurría todo eso en las inmediaciones, Aurora pensó en Ignacio. Lo vio admitiendo en ese momento que ella era de verdad la hija de Dora, cediendo a la evidencia de las facciones que había reconocido en la luz del edificio, recreando las primeras imágenes que llegaban trayendo las otras en una delicada cadena de fundaciones. Se lo imaginó entrando a algún salón de su casa, frente a la televisión o en una reunión de socios y amigos. De pronto, vio el atardecer en la ventana, y supo que él también se dormiría pensando en ella. Encima de Aurora estaban solo los gemidos de Paco, los labios y los brazos y la verga de Paco, pero alrededor, en las paredes, aparecían superpuestas las imágenes de sus padres, en otros dormitorios, en otras calles, vagabundeando por otros silencios. Hasta que una suave descarga y un orgasmo inesperado la devolvieron al cuarto oscuro donde ese muchacho la estaba amando.

Paco se había despedido con algunas excusas sobre una visita a una tía que vive aquí en Madrid, no creo que te apetezca ir, es muy aburrida. No te preocupes, que me quedo paseando. Es lo que más me gusta.

Esa noche, después de algunas vueltas, entró a un bar del centro, y al cabo de un rato se quedó sentada, mirando la botella de vino que había pedido. Estaba dispuesta a terminarla antes de volver a su cuarto. Afuera todos caminaban en grupo, algunos gritando.

Se puso de pie y salió a la calle. Empezó a caminar. Se encontró con unas barras negras y el diamante rojo con las letras azules del letrero. Bajó a toda prisa al metro, pensando en llegar a la estación más lejana que pudiera de la ciudad, ya vería cuál era. Como si hubiera algo que la esperaba allí, en los linderos, salvo que en realidad no había linderos, las ciudades no se terminan, las vidas continúan. Nunca hay fronteras, la verdad, es un modo de decirlo.

Se sentó en una banca cerca del túnel. Allí vendría una luz y luego un ruido y luego algún vagón con un destino múltiple donde nadie la esperaba. No sabía cuál era la dirección que iba a tomar. No quería estar en el hotel mirando el techo, tan cerca del ruido de la ventana.

Estaba allí sentada, mirando los letreros del metro. «Banco de España», «Hechos», «Imagina un destino y te llevamos».

De pronto un joven flaco, de barba rala, con los ojos desorbitados se acercó.

Había puesto los dedos sobre la boca. «Callaos, callaos todos. No habléis», dijo. «Tened mucho cuidado. Id con calma. No me vayáis a despertar a los ratones.» Luego se alejó cantando «gato que está en el cielo azul» y les repitió su consejo a otros viajeros.

Dos mujeres con velo pasaron cerca. Unos chavales gritaban una canción juntos. Un hombre canoso se sentó a su lado.

Era un hombre delgado, con algunas arrugas en las comisuras y alrededor de los ojos. Tenía el pelo revuelto, una barba a medio hacer, ojos brillantes y un modo de sentarse con las piernas plegadas y tensas, como a punto de dar un salto sin motivo. Quizá para paliar su ansiedad, el hombre estaba comiendo algunas nueces.

Junto a ellos había un letrero que señalaba cuántos minutos y segundos faltaban para que llegara el próximo vagón.

–Mira que da un poco de angustia esa pantalla que te dice en cuánto rato llega el metro, ¿no? –dijo el hombre, mirándola–. Dos minutos, un minuto, treinta segundos. Pensar que va a llegar algo y que falta tan poco. Qué putada.

Aurora le sonrió.

El hombre la observaba, como esperando una respuesta.

–Lo que no sabemos es qué pasará después de que venga el vagón –dijo–. Cómo será todo después. Eso no lo dicen.

–Pues vendrá otro y otro –dijo el hombre–, y así se nos va la vida.

–Sí. Así será.

–¿Y usted para dónde va?

–No sé, a ningún lado. Solo quiero subirme y ver a la gente y seguir hasta cualquier sitio, y nada, no hacer nada por esta noche. Lo que más quiero es no pensar.

–Eso es lo que yo más quiero también –dijo el hombre.

–Bueno.

–Porque no pensar es lo que más nos conviene, se lo digo yo que algo sé de estas cosas –dijo alzando la mano.

–Tiene cara de saber algo de todo, señor. Ya lo veo.

El tipo sonrió, con una sonrisa que le parecía familiar, como si en ese solo gesto lo estuviera conociendo de siempre.

–Me llamo Luis –dijo el hombre–. Luis Gómez.

Aurora lo miró. Había descubierto una luz bondadosa y segura en sus ojos. No siempre confiaba en su instinto, pero su voz también le sonaba familiar.

–Soy Aurora.

–¿De dónde vienes?

–De Perú.

–Ah, pero qué bien. Nunca estuve allí pero me han hablado. Grandes platillos hacéis allí, ¿verdad? Y las ciudades incas y todo eso, maravilloso.

–¿Y usted de qué parte de España?

–Bueno, nací en Pamplona pero soy de todos lados. Ahora vivo en Barcelona.

–Qué bien. Algún día iré allí también.

El hombre extendió las piernas. Los números del letrero seguían descendiendo. Una luz se veía al fondo.

–Pues vea usted, Aurora. Le propongo algo. Vamos afuera. Vamos a la calle a dar vueltas y a no pensar en nada juntos –hizo una pausa y agregó–: y a tomar un pacharán, a lo mejor. Podemos tomar un pacharán. ¿Le parecería bien?

Ella lo miró.

Los vagones llegaron, soltaron un bufido y las puertas se abrieron con un estruendo. Un racimo de gente salió a toda prisa. Algunos niños gritaban.

–No sé qué es el pacharán –dijo, a falta de cualquier otra respuesta.

–El pacharán es un trago de mi tierra, de Pamplona. Se conoce desde la Edad Media. Imagínate que se sirvió en las bodas de un príncipe, Gonofre de Navarra. Bueno –dijo, alzando los brazos–, datos históricos aparte, es muy sabroso.

–¿Tiene mucho alcohol? Es que no tengo muy buena cabeza, sabe.

–No. Tiene un veinte o treinta por ciento, no más. Está hecho de las bayas del enebro, ya verá que le gusta.

Aurora lo miró.

–No sé. No lo conozco, señor. La verdad...

–Pero usted puede darse cuenta de que soy como usted, un tipo cualquiera.

–Sí. Bueno. Tiene aspecto de buena persona, digamos.

–Entonces vamos, si le apetece. Tampoco quiero imponerme. Es que estoy un poco solo, la verdad, y yo tampoco iba a ningún lado. Solo bajé al metro por hacer algo y por darme calor.

Luis dio otro mordisco a la nuez que tenía en la bolsa, y hubo algo en la dulzura de sus labios que la enterneció.

Entre quedarse dando vueltas por la ciudad en un tren subterráneo y conversar con ese señor, pensó que lo más arriesgado y necesario era probar el trago que estaba publicitando.

–Bueno, vamos entonces. Gracias.

–Además no se preocupe por nada –dijo el señor–. Soy gay y a mucha honra. Lo que pasa es que ya le digo. Me estaría haciendo un favor si me acompaña. Por el problema de la soledad, sabe. Eso sobre todo.

Subieron la escalera y llegaron al aire fresco y oscuro. La calle estaba poblada de gente. Algunos daban palmadas.

–¿De qué parte de Perú eres?

–Soy del Cusco. Como mi madre.

Durante el paseo por las luces de la calle, Luis le habló del amor perdido de su vida, un chaval que se llamaba como él, y que lo había dejado para casarse con una mujer, el pobre cabrón, el muy traidor, ya hasta lástima me da, pero todavía tengo contacto con él a veces. Quisiera que esté bien después de todo.

Llegaron a un local de mesas de madera con manteles blancos y algunas lámparas altas que parecían hadas madrinas que los iban a guarecer toda la noche. Luis pidió una botella de pacharán. Aquí es muy bueno, ya verás.

–Gracias, Luis.

–Bueno, pero vamos a ver. Dime qué te trae por España.

–Es toda una historia, la verdad. Todo parecía normal hasta hace poco que mi madre murió. Pero es una larga historia.

–Vaya, yo perdí a mis padres hace tiempo y a veces todavía escucho a mi mamá. Sobre todo en invierno por las mañanas escucho su voz pidiéndome que me abrigue. Y le hago caso. Gracias a ella nunca me da la gripe, te lo digo.

El camarero apareció con una botella y dos copas. De pronto estaba allí, resplandeciente. El líquido rojo, con los hielos flotantes. Un rato muy agradable parecía esperarla. Seguía escuchando los relatos de Luis.

–En realidad, la primera vez que me enamoré en mi vida fue de mi profesor de educación física. Lo espiaba a veces cuando se cambiaba en el vestuario del colegio. Me daba vergüenza pero no lo podía evitar.

–Vaya, muy precoz eras.

–Sí. Pero luego, cuando me descubrieron fue mal la cosa. Me castigaron en el colegio. Vamos, me expulsaron. Tuve que contarles la verdad a mis padres. Hostia, eso sí que fue de maravilla. Mi padre cogió la correa y no dejó de darme de correazos hasta dejarme tirado en el suelo, recibiendo más de lo suyo. No se cansaba. Tenía los brazos y los oídos muy curtidos. Yo grité de dolor y de rabia

todo ese día y toda esa noche, y a la mañana siguiente, hice una maletita y me fui de casa. Tenía dieciséis años. Pero le había robado a mi padre una parte de su dinero. Yo sabía dónde estaba. Y con eso pude empezar a estudiar en Barcelona. Empecé a trabajar también. Solo mi madre sabía de eso. Nunca se lo dijo a mi padre. Así que cuando mi padre me encontró, yo ya estaba en segundo año de Derecho. Y había tenido varios novios. Tenía dieciocho años.

–Vaya. A esa edad yo no estaba enterada de casi nada todavía. A los diecisiete tuve a mi primer novio.

–Bueno, mejor así. Hay que cuidarse cuando uno es muy niño. Mejor es no saber nada de la realidad hasta que llegue el momento. La fantasía es una buena maestra y una defensa contra las cosas, así me parece.

–Y a los diecisiete tuve a ese enamorado por dos años. Creí que sería el hombre de mi vida.

–¿Enamorado? ¿Un novio quieres decir?

–Sí, una relación estable.

–Bueno, yo me enamoré de verdad a los diecinueve. Pero era un chaval muy putón, en realidad. No fue nada bien. Y luego hubo tantos otros. Hasta que me encontré con Alberto, el chico que te contaba. Y vivimos cinco años maravillosos, te digo. Y luego mucho tiempo solo. Y por allí una aventura o una relación corta por aquí y por allá. No sé en qué momento pasó tanto tiempo. Y ahora me ves aquí a los cincuenta y ocho años, más solo que la una, como decía mi abuelo vasco, y pensando en que algún día volveré a conocer a alguien.

–¿Y terminó de estudiar Derecho entonces?

–Soy abogado, pero estoy hasta los cojones de todo eso. Tengo un par de apartamentos en alquiler y vivo de las rentas. No quiero saber nada con el trabajo. Trabajar es para gente que no está interesada en la vida. El mundo ha tratado muy mal a la gente que trabaja. En realidad, trabajar, te diré, es una coraza, un acto de cobardía para los que no quieren mirar las cosas de frente. Yo gozo mirando lo que hay por la calle. Pero si trabajo no puedo mirar a la calle. No se trata solo de tener tiempo sino de tener interés. De tener pasión por observar a los demás, todo lo que pasa, bueno, ya no sé lo que digo. Y lo que veo por allí lo voy a compartir con alguien cuando converso con algún amigo. O ahora contigo. A veces siento a mi padre que me mira desde algún lugar, y me reprocha quien soy, y te confieso que me hace sentirme mal. Pero sigo adelante.

Algunos comensales entraron al local y se sentaron cerca. Eran dos parejas y los cuatro sonreían.

–Bueno, Luis. No sé. Yo no lo veo tan así. Lo que veo es que cuando llegamos al mundo siempre todo es un caos y que lo que hay que evitar es perdernos en el caos donde todo puede pasar, ¿no? Entonces tenemos que hacer algo para no perdernos. Y nos proponemos hacer cosas.

–Pero qué cosas.

–No sé. Lo que sea. Y nos entregamos a cualquier proyecto, desde cortar el jardín hasta hacer una escultura o dar una clase, porque queremos hacer algo, porque queremos que algo mejore para nosotros o para los demás, o porque podamos aportar algo, o no sé. Pero tenemos obsesiones. Tenemos ilusiones. Hasta los animales tienen ilusiones. Hasta los árboles dicen que tienen ilusiones. Los árboles quieren criar bien a sus hijos, dicen, y quieren llevarse bien con los demás árboles.

–Sí, me han hablado de un libro que dice algo así.

–Entonces tenemos que tener obsesiones para darle un sentido a lo que no tiene. La vida no tiene sentido pero bueno, no sé, es que no podemos resignarnos a no inventarle ninguno. Para eso estamos aquí, ¿no crees? Para inventarle un sentido a las cosas. Bueno, eso es lo que yo creo por lo menos, no sé. Mis obsesiones son hacer mi trabajo lo mejor que puedo aunque a veces me aburra, pero siempre quiero hacerlo lo mejor y ayudar a la gente que conozco en lo que pueda, a la gente que conozco y que quiero y a la que no conozco también, y por las mañanas salir a correr mis ocho o diez kilómetros, y mejorar mi tiempo, y aprender francés, y conocer toda Francia un día. Pero no ahora. Voy a ir en otro viaje, con el hombre de mis sueños. En eso pienso. Y allí sigo, no sé cómo ni por qué, pero sigo.

Bebieron de las copas. El camarero se acercó a preguntar si los señores tomarían algún plato de algo. Bueno, pues ya veremos, contestó Luis.

–Oye, qué raro que viniste aquí sola en las fiestas de fin de año. Debías estar allá con tu familia. Tienes hermanas, tías y sobrinos, o algo, ¿verdad?

Aurora sintió el impulso de contarle del encuentro de ese día con Ignacio Peña. En el silencio que siguió, pensó en cómo decirlo. Cada vez que lo ponía en palabras, todo aquello parecía algo absurdo. Viajar a Madrid para encontrar a su padre. Buscarlo a tientas, a ciegas, tropezándose. Querer saber algo de su padre, de sus dos padres, en realidad, casi daba risa. No sabía cómo podría decírselo. Pero de pronto soltó una sola frase. Vine buscando a mi padre aquí, eso es lo que pasa. Vine a buscarlo. Luego agregó algunos detalles sobre la foto, la carta y su encuentro de ese día con Ignacio Peña.

Luis alzó las cejas, dijo «Pues vaya historia la que me cuentas», y terminó su vaso.

–Así que por eso estoy aquí. Pero este asunto no se ha terminado.

–Vaya que no. Así que esperas ver de nuevo al señor este.

–No sé. Si no me llama, voy a ir a buscarlo. No me voy a regresar a Lima sin una conversación. Quiero saber. No sé qué, pero quiero que me cuente algo.

–Pues tienes toda la razón, chica. Yo estoy cien por ciento de acuerdo contigo, te diré.

Se quedaron en silencio.

–Y algo tenemos en común. El asunto de nuestros padres. Pero tú lo tienes más claro. Lo odias.

–Claro que sí. Lo odio. Pero por lo menos sé que lo odio, y él también lo sabe esté donde esté, en algún lugar privilegiado del infierno.

–Yo quiero a mi padre Leonardo, pero no sé lo que siento por mi padre el que está acá. Y ahora también me pregunto cómo fue la vida de ellos, sabiendo lo que sabían y sin decírmelo. Es un misterio la convivencia, un misterio de verdad.

–Los padres siempre son un misterio, estuve pensando hace poco en eso. Siempre son un misterio. Claro que a veces los padres les cuentan a los hijos cómo se conocieron. Les dicen que se conocieron en un paseo, y sonrían y agregan que todos estaban juntos comiendo algo en el campo y que cuando alguien sacó una guitarra, el padre se quedó mirando a la madre cantar canciones y al día siguiente le mandó flores, que le agradecían sus maravillosas canciones, y les dicen que la semana siguiente salieron por primera vez y fueron al teatro o al cine, y luego en una segunda cita, fueron a tomar una merienda, o a lo que sea. Pero no les cuentan la verdad debajo de todo eso. La atracción sexual que sintieron, por ejemplo, y el brillo de los cuerpos cuando se iban a la cama, y la tentación de matarse o de abandonarse o de huir, y todo lo que pasó por su cabeza las primeras veces y todas las otras. No les cuentan tampoco de cuando pensaron en otros hombres o mujeres ni de cuando se fueron con otras parejas y tal. O a lo mejor sí le cuentan eso a sus hijos algún día, cuando son muy mayores, pero en el momento en que lo hacen dejan de ser padres y se convierten en amigos, y los amigos nunca vuelven a ser nuestros padres. Por eso es que ellos protegen su misterio. Para no dejar de ser padres. Igual, no sé quién quiere ser padre a estas alturas. Ya está muy devaluado eso. Mejor es ser amigo.

Aurora terminó el vaso.

–Ahora solo me hago preguntas sobre cómo después de tanto tiempo de

casados, se las arreglaron para seguir sabiendo que yo no era hija de Leonardo. Pero lo más probable es que lo fingieron. Fingieron que yo era su hija, y se lo creyeron y siguieron viviendo así, como si nada. De tanto fingir, uno cree lo que sea. No había otra.

Aurora terminó el vaso. Un grupo de personas de piel blanca, pelo rubio y ojos de un azul metálico, con pantalones cortos, entró al local. Todos estaban en silencio.

—¿Te apetece otro? —dijo Luis.

IV

Al día siguiente se despertó con dolor en la cabeza. Era como un casco que la presionaba. La ducha la alivió. Se dio cuenta de que el recuerdo de la conversación con Luis la hacía ver con ánimos el nuevo día. Salió al cuarto, envuelta en una toalla, derramando algunas gotas sobre las tablas de madera vieja. Miró por la ventana. Había un poco de sol y pensó que podría ir al Museo de Thyssen Bornemisza que no quedaba muy lejos. Era una cuestión de hacer tiempo lo mejor posible aunque no sabía qué estaba esperando que ocurriera. Quizá luego se animara a volver a la oficina del señor Ignacio Peña. Mientras tanto había que seguir tomando fuerzas. Todos le habían hablado del museo, en especial Vicky, te la vas a pasar de lo más bien allí.

Se la pasó de lo más bien esa mañana de verdad mirando los cuadros de la exposición de Max Beckmann. Se quedó un rato largo frente a algunos rostros. Tenían una mirada siempre lateral, rostros parcialmente cubiertos de sombras, escondidos en su piel fría y sus ojos cristalinos, estallando en un fulgor oscuro que era el último color de la desesperación. Sintió que podía haber conocido a algunos de esos personajes.

Al salir, caminó hacia la Puerta de Toledo. Cerca había un local llamado Los Pinchitos. Pidió una caña y se quedó revisando algunos diarios que había cerca. Acojonante. Los catalanes siguen con sus protestas por la independencia, dijo alguien cerca, como si supiera lo que ella estaba leyendo. En qué va a acabar todo eso. Pues en nada o en todo, dijo alguien. Como siempre.

Aurora pensó en hacer tiempo para llamar a Vicky. Mientras tanto, sacó la foto de sus padres y los puso en la barra.

Bueno, no me había atrevido a contarles pero ayer lo conocí, lo vi y él se puso muy a la defensiva. No sabía nada de ti, mamá. Se ve que no tenías comunicación con él, por lo menos últimamente, lo que me alegra. Lo que no sé es si él sabía que estabas embarazada cuando se separaron. Creo que lo supo después, ¿no? No sé. A lo mejor no importa. Lo encontré en la puerta de su edificio. No se esperaba nada de lo que le pasó. Mira que entrar por esa puerta

tan grande, encontrar a una mujer y escuchar que es tu hija. Y darte cuenta que es verdad. Yo creo que se había olvidado de mi existencia. Sabía de mí pero era más cómodo olvidarse, como es obvio. Olvidarse, olvidarse, olvidarse. Y luego que ese olvido se te aparezca. Se ofuscó con el recuerdo repentino. Dijo algo de sus enemigos, así que me imagino que es un tipo con sus ambiciones políticas, supongo. Es que por lo visto hay elecciones autonómicas aquí en mayo. Eso es lo que me he enterado. Debe ser eso. Bueno, pero como les decía, el señor Ignacio Peña se puso muy nervioso cuando me vio. No sabía qué hacer. Para qué les voy a contar más si ya lo vieron ustedes. Solo quiero que sepan que estoy tranquila, sí. Y como saben también, anoche estuve con un señor maravilloso. Luis. Hemos quedado en volver a vernos, no sé cuándo. Bueno. Eso nomás.

–¿Está usted bien? –dijo el camarero.

Era un hombre joven, con acento lento y medido. Un inmigrante chino, según pudo adivinar. En Lima había visto muchos como él.

–Sí –dijo–. Muy bien.

Al salir, vio algunas noticias en los quioscos. El barco *Open Arms* acababa de llegar a España con trescientos migrantes.

De pronto sonó el teléfono. Era Paco. Pensó en contestar pero se dijo que prefería pasar la tarde sola. Paco podría seguir pensando por su cuenta en sus construcciones frente al mar de Valencia. Siguió el camino. Al llegar a la Puerta del Sol se sentó. Vio al rey Carlos III sobre el caballo, marchando hacia algún lugar en la ciudad que había logrado expandir. Lucía muy seguro con la frente en alto, mirando hacia algún lado.

Que siga también con su camino, murmuró.

El teléfono volvió a sonar entre sus manos. Parecía un animalito desesperado, dando saltos y gritos.

–Aló.

–¿Hablo con la señorita Aurora? –dijo una voz.

Era un sonido neutral, como el de una máquina que había sido programada y entrenada en los ruidos humanos.

–Sí. Soy yo.

–Pues vea usted. La llamo de parte del señor Ignacio Peña.

Ella se mantuvo en silencio.

–Sí, señor. Lo escucho.

–Quisiéramos tener una reunión con usted.

Aurora apenas sostenía el aparato. Tenía las manos heladas.

–Muy bien. Dígame.

–Pues mire. La reunión tendrá lugar mañana en un lugar que hemos previsto. Si usted me da una dirección, nos encargaremos de que un coche la recoja a las diez en punto.

Aurora se mantuvo en silencio.

–Venga a las once. Lo espero en la calle Fuencarral, en el hostel Zamorán.

–Si me da la dirección, por favor.

–Averigüe usted la dirección pues no la tengo a la mano. Es el Zamorán. Estaré en la puerta del hotel.

Aurora apagó el móvil.

Llegó al hotel y se echó. No estaba cansada pero sabía que debía echarse. Una luz blanca entraba por la cortina y le llegaba a las piernas. Sintió que se estiraba. Un sopor la invadía poco a poco.

Sacó las fotos.

–Ya mañana les cuento –dijo.

Esa noche durmió entre tropezones, se levantó varias veces y en algún momento se quedó sentada a oscuras, escuchando los ruidos de los camiones que cargaban la basura y algunos gritos ocasionales.

Se quedó dormida, se despertó, oyó nuevos ruidos en la ventana, vio la calle vacía, se echó mirando el aire negro.

Apenas vio algo de claridad en la ventana se puso las zapatillas y bajó a la calle. Empezó a correr en dirección desconocida, contra una acera de piedra, y se encontró de pronto en barrios de calles estrechas y edificios bajos, con bares cubiertos de rejas y algunas luces en las ventanas más altas de los edificios. Todo quedaba devorado hacia atrás, todo venía hacia ella. Su aliento le llegaba como un jadeo furioso, el vapor blanco que se disolvía en la frontera de la mañana, los pasos furiosos sobre la acera, las calles curvas que se iban concretando. Vio un cartel que le decía que estaba en la calle Segovia. De pronto llegó a una plaza estrecha y acogedora y se dio cuenta de que tenía que detenerse, no quería dejar de correr pero el cuerpo se detenía por su cuenta, le pedía quedarse allí y hacer una tregua, y mirar a su lado antes de seguir. Era como una rendición temporal. Se sentó en unas gradas, respirando, se puso las manos en la cara y de pronto vio a alguien cerca. Dónde estamos, señor. Qué lugar es este. Pues la plaza de la Cruz Verde, nada menos. Muy bien. Cerró los ojos otra vez. Podía quedarse allí

un momento. Un momento tan solo antes de lo que iba a ocurrir.

Después de la ducha, bajó a tomar un café y regresó al cuarto. Pensó que debía maquillarse. Había que ir preparada con algo a esa reunión. No sabía qué iba a pasar y en todo caso, era mejor verse bien, en caso de que la maltrataran, claro que sí. O no. Se echó la base, se puso el polvo, se delineó las cejas. Tuvo un cuidado especial en pintarse los labios, no fuera a mancharse, mamá. Se miró. Qué tal estoy. Cómo me veo. No era un maquillaje muy ostentoso. Estaba bien así. Pero no, no. Para qué iba a maquillarse por él. Se lavó la cara. Estaba como antes. Mejor un rostro desnudo, para lo que se venía. Que la vieran como era.

Las piernas apenas la sostenían. Decidió bajar las escaleras en vez de ir por el ascensor de barras negras.

Bajó a las once en punto y vio al final de la calle un coche largo y luminoso. Estaba segura de que era ese. Por un momento fantaseó con la idea de que el señor Ignacio Peña estaba dentro. No, no. No haría eso. Venían de su parte, no faltaba más.

Desde entonces todo fue muy rápido. Un chofer con una gorra azul se detuvo junto a ella, dijo su nombre en voz alta y ella abrió la puerta de atrás. El chofer tenía un uniforme negro y brillante y las paredes del auto parecían relucir con su piel oscura, del mismo color del uniforme. En el camino, el chofer le dijo en algún momento que la estaban esperando a las doce. Quizá llegarían un poco antes. Y adónde vamos, le preguntó Aurora. Pues al local en la Colonia, en qué barrio, Puerta de Hierro, dijo él.

El día era oscuro. Un aire grueso pesaba sobre la gente que caminaba. Todos parecían ir más despacio esa mañana que ya parecía muy larga y sin embargo recién empezaba. El chofer sacó el móvil y dijo algo.

Después de algunos semáforos y vueltas, el coche estaba entrando en una zona inesperada, calles anchas de grandes residencias, con paredes altas y fachadas limpias y recortadas. Había algunos árboles, y muchos autos potentes y oscuros en los alrededores. Pasaron junto a la gran puerta con sus columnas de piedra blanca y sus verjas metálicas. En este barrio, por algún motivo, los coches parecían ir a una velocidad inusualmente cautelosa, como ofreciendo tiempo a ser observados.

El chofer se detuvo en un local que tenía una pista de ingreso, tras una reja. Parecía un hotel de gran lujo pero no había un letrero ni un anuncio.

Aurora se bajó. Había un hombre alto, delgado, con corbata en lo que parecía la recepción de un centro de convenciones. El piso era de un mármol negro y pulido. Reflejaba a todos los que pasaban, como un espejo. El hombre que la saludaba tenía un aire atento, y el pelo recortado por encima de unas orejas largas y finas. La boca tenía labios delgados y parecía pegada a su rostro como un botón.

–Buenos días, señorita Aurora. Sígame usted si es tan amable –le dijo.

El hombre caminaba delante de ella. Pisaban una moqueta roja y blanda. El pasillo era largo, estaba sembrado de pequeñas lámparas furiosas, y las pisadas apenas se oían. Llegaron a una habitación larga, con una mesa de cristal, rodeada de sillas. Era un lugar sin ventanas, con un techo alto y grave.

Él tomó la cabecera de la mesa en una silla negra giratoria. Ella se sentó a su lado.

–Estoy aquí por encargo del señor Peña –dijo el hombre.

–¿Y usted es?

–Mi nombre es Alberto Rúa. Soy del despacho de abogados Rúa. El señor Peña es nuestro cliente.

–Muy bien.

–Voy a ser muy breve.

–Mejor.

El hombre la observó.

–El señor Peña ha tomado nota de la información que le dejó. No cree necesario que usted se haga una prueba de ADN ni nada parecido. Este es un tema que vamos a resolver entre nosotros.

–A usted no lo conozco, señor. Bueno, al señor Peña tampoco. Pero a él quiero verlo. Con usted no sé por qué tengo que hablar.

El hombre sonrió. Era una sonrisa fina y dura.

–Eso lo veremos, señorita Aurora. Vea usted. Aquí tengo un documento. Puede leerlo.

Aurora leyó. Las letras se sucedían como una declaración, por el presente documento declaro que, y todo lo demás.

–Aquí dice que no tengo ninguna relación con él. Que declaro ser hija de Leonardo Parhuana y de Dora Churampi. Es verdad pero no tengo por qué firmarlo para que lo usen como quieran. ¿Por qué cree que voy a firmar esto?

–Bueno. Pues vamos a ver.

–Qué.

–Si usted lo firma, yo le hago entrega de esto.

El hombre sacó un sobre.

–Son diez mil euros. Puede contarlos –murmuró.

Aurora llegó a sostener el sobre. El hombre la observaba. No movía un músculo. Aurora tuvo tiempo de darse cuenta de sus pómulos abultados y de su frente ancha. Era como el primer rostro que había diseñado un artesano, que había echado mano de toda la arcilla a su alrededor.

–Quiero ver al señor Peña. No quiero esto –dijo Aurora poniendo el sobre en la mesa.

La voz del señor Rúa era un hilo atravesando el aire.

–Bueno, vamos a ser razonables, señorita Parhuana. En realidad lo mejor para todos es que esto se termine aquí.

–No creo que se termine aquí.

–Mire. No veo ninguna necesidad de complicar las cosas. Vamos a resolverlo lo mejor que podamos, poniéndonos de acuerdo si es usted tan amable. Esto es muy sencillo. Yo le doy el dinero, usted firma el papel, y el chofer la lleva a su hotel. No más preguntas, usted se regresa a Lima o al Cusco con el dinero y lo usa para lo que le parezca mejor. Hemos terminado.

Aurora se sintió de pronto extremadamente tranquila.

–No, no hemos terminado, señor Rúa.

–¿Es necesario que realmente todo sea tan difícil, señorita?

–No es necesario. Pero no importa lo que sea necesario. Las cosas no son tan fáciles, y me parece que usted también debería saberlo, señor.

El hombre pareció mascullar algo. Luego la observó. En ese momento parecía haber algo de vulnerable en él. De pronto era un ser inocente, un corderito escapado de su manada.

–Estamos preparados para ofrecerle quince mil euros, si es necesario.

–Quiero ver a mi padre, señor Rúa. Quiero que me cuente algo. Quiero hablar con él.

–Creo que no me he dejado entender.

–Sí se ha dejado entender –susurró ella, sin mirarlo. Se acomodó la falda–, se ha dejado entender muy bien.

El grito de algunas aves llegó hasta el cuarto. Ella se extrañó de oír algo que no fuera la voz del señor y el silencio que la acompañaba.

El señor Rúa empezó a mover los dedos de la mano derecha, como siguiendo el ritmo de alguna música perdida. Un nuevo grupo de aves pasó por algún lugar

cercano, dando chillidos, a toda velocidad.

–Voy a tratar de ser más claro, señorita. Este es un asunto que no le conviene a usted ni al señor Peña ni a nadie. Si me permite decirlo, piense bien en su propio futuro. Lo digo a nivel profesional y personal, por supuesto. Le hablo con toda sinceridad. Es un asunto delicado a más no poder. Pero lo podemos resolver con facilidad. Y todos tan tranquilos, se lo digo. No es la primera vez que manejamos un asunto como este.

–Para mí sí es la primera vez.

–Pues entonces déjeme darle un consejo.

–Por ahora solo recibo un consejo que es el de ver a mi padre. Y dígame que soy amiga del señor Luis Gómez Pérez. Es periodista, de un diario aquí en España. Puedo buscarlo. Él está al tanto de mi caso. Y puedo hablarle a él del asunto, no me importa.

–No se lo aconsejo, señorita.

–Pero lo puedo hacer, a pesar de su consejo, señor. Lo puedo hacer. Mi reputación en España no me interesa, como usted comprenderá. Y a lo mejor en el Perú tampoco.

El hombre cogió el sobre y el papel, con el lapicero.

–¿Es su decisión final?

–Claro, aunque no soy la única que decido.

El hombre la observó. Por primera vez ella notó un brillo afilado en sus pupilas.

–¿Qué quiere decir?

–No importa.

El hombre miró hacia abajo. Se quedó así, como si hubiera perdido algo en el piso. De pronto se movió.

–Creo entonces que hemos terminado.

–No hemos terminado. Falta que usted le diga a mi padre que no vengo a reclamarle nada. Solo quiero que me hable. Y que estoy en buena onda. O de buen rollo, como le parezca mejor decirle.

El hombre asintió dos veces. Estaba sosteniendo el maletín.

–Pues me va a echar la bronca –dijo en voz baja.

Aurora fingió no oírlo.

–Dígame que lo espero mañana a las once en el VIPS de la Gran Vía.

–Pero....

–Mañana es domingo. Tendrá el día libre. Y falta poco para el Año Nuevo,

así que más libre todavía.

–El VIPs de la Gran Vía. Él no va a...

–Me queda cerca. Y no conozco otro sitio. Por eso se lo digo.

–Señorita. Yo le aconsejo que terminemos esto de una vez.

–Esto no va a terminar nunca, señor. Ahora me voy. –Hizo una pausa y agregó–: ¿El señor de afuera puede llevarme o sería mejor que me fuera caminando?

El hombre se llevó la mano a la boca. Tosió con descargas cortas.

–El señor la puede llevar, con mucho gusto.

La luz resplandecía con más fuerza en el hall de recepción.

Aurora llegó a la puerta. Antes de abrirla, volteó. Vio al hombre que estaba de pie, observándola.

–Y además quince mil euros es muy poco –le dijo.

Esa tarde, después de una siesta en la que le contó todo a su madre, fue al Museo del Prado. Ya había oscurecido cuando empezó a hacer la cola y se tapó la cara varias veces para protegerse del frío. Por fin recorrió los salones, y pasó junto a los cuadros de El Bosco donde una señora ancha, frondosa y vestida de negro le explicaba a su hijo que en esos tiempos, cuando vivía El Bosco, al final de la Edad Media, se vivía el fin de una época. El miedo a la muerte inminente relajaba todas las reglas, decía. A nadie le importaba nada, vamos. Todos pensaban que iban a morir. Como muestra, mira cómo este personaje le mete al otro un tridente en el culote.

Aurora siguió avanzando, llegó a la sección de Goya y se detuvo un rato frente a un cuadro. Era el *Perro semihundido*. Había alguna gente delante de ella pero después de un momento el grupo se disolvió y se quedó sola frente a la imagen. Se sintió paralizada de amor. Se quedó frente a los ojos borrosos y precisos y letales que trataban de salir de su agonía de colores nebulosos. Se quedó mirando esa cabeza golpeada que apuntaba hacia arriba, intentando sostenerse en medio de la materia. Otros grupos llegaron y se fueron. Ella tardó un tiempo en alejarse. No quería dejarlo solo.

Al salir a la calle, abrió el bolso. Estaba temblando.

Mañana voy a verlo, mamá, le dijo a la foto. Espérate que voy a sentarme para hablar más tranquila.

Se sentó en una banca en el Paseo del Prado. Notó que las manos le

temblaban de frío.

Mañana voy a verlo, te digo. Me da un poco de miedo verlo pero también me da curiosidad y me da pena. Pero estás conmigo. Acuérdate.

Sacó la foto de su madre. La estuvo mirando. De pronto todo empezó a humedecerse. Las gotas caían sobre la foto de la señora Dora, como si se hubiera echado a llorar. Mejor terminamos por hoy.

Esa noche durmió mejor que las anteriores. A la mañana siguiente, salió temprano a tomar un café en el bar de la esquina. Se reclinó. Cerca al mostrador estaban pasando el noticiero de la televisión. En la calle alguna gente vagaba a toda prisa, conversando en voz alta, gesticulando, moviendo los brazos. Se acordó de su primera impresión. Caminan y hablan más alto, más fuerte, más largo. Mejor, mejor. Sintió que ella también podía ser así, como ellos. Pero no. No podía ser así, ni tenía por qué. Las pasiones estaban en su guarida y solo podían salir en determinados momentos, instantes privilegiados. Ese era el plan de vida de los que, como ella, eran del otro lado.

Salió, caminó por el centro y por fin fue enrumbando hacia el local donde había citado al señor Ignacio Peña. Estaba temblando. Pero lograba seguir.

Al entrar, lo vio sentado de espaldas a la puerta, y lo reconoció de inmediato. Se detuvo, miró hacia atrás, luego hacia una esquina.

Se fue acercando.

Los hombros se alzaban, la silueta crecía, había un movimiento hacia un costado.

El hombre volteó.

De pronto su cara. Su cara. Era otra. No era la del hombre que la había rechazado dos días antes. Eran las mismas facciones pero una luz que llegaba desde alguna de las zonas del local, como atravesando el tiempo, lo iluminaba. Su cuerpo era el mismo de unos días antes pero estaba más erguido, se perfilaba en el borde de la silla, y se movía hacia ella.

Ignacio Peña estaba de pie, hizo un murmullo de saludo, de pronto el temblor de una sonrisa.

Tenía una chaqueta negra, el pelo ordenado en hileras blancas, los ojos inquietos. Se había vestido para la ocasión. Aurora se sentó frente a él.

Estaba claro ahora. Era él. Era su madre. Era ella.

–Gracias por venir –dijo Aurora, sin saber qué otra cosa decir.

–Joder, si es que es impresionante –dijo el señor Peña–. Si es que eres igual a tu madre.

–Y a usted.

–No sé, no sé.

Aurora sintió que un temblor se iniciaba en la garganta, descendía por la espina dorsal, le llegaba a las piernas. Trató de sostenerse.

Se dio cuenta de que no podía mirarlo.

Bajó la cabeza y se cubrió con las manos. Se quedó así. Agradeció el silencio con el que él le respondía. Pensó que ella no estaba allí, que ese hombre no era nadie.

Se quedó en un vacío cubierto por sus manos, sintió el sabor seco y duro de la piel, se dio cuenta que era la piel del otro, del que estaba frente a ella en ese instante que la paralizaba.

Cuando bajó las manos, cuando pudo verlo de nuevo, se sintió cerca de él, sin saber por qué.

El hombre la miraba, tenía los brazos rendidos sobre la mesa. De pronto había un camarero a su lado.

–¿Estás bien?

–Sí.

El señor Peña miró hacia la puerta, bajó la cabeza, alzó los brazos como tratando de poner en orden algo.

–Bueno, mira, antes que nada, sobre lo de ayer que te llamaron. Lo de mi abogado Alberto Rúa. Quería decirte que lo siento. Cuando les conté lo que había pasado, me aconsejaron tomar esa medida. No estaba muy de acuerdo pero ellos insistieron. Ya sabes cómo son los abogados. Voy a cambiarme de despacho, creo.

–No se preocupe.

Un camarero con una etiqueta que decía Marco se acercó.

–Voy a tomar un cappuccino –dijo el señor Peña.

El camarero la miró.

–Igual.

–¿No se sirven algo más los señores?

Lo vieron irse. Había un grupo de hombres de aspecto mustio y silencioso instalado al fondo.

–Bueno, bueno. Aurora. Me parece mentira llamarte así. Llamarte cualquier nombre me parece mentira. Y verte.

–No se preocupe. Ya nos iremos acostumbrando.

–Como te decía, tienes que perdonarme por eso del señor Rúa. No sé. Es mi abogado pero casi no lo conozco. Seguramente se portó como un profesional que quería hacer su trabajo. Cuando me contó de tu reacción, pues mira, me sentí bien. Me sentí bien con lo que le dijiste. Me pareció que eres una persona decente, no sé cómo decirlo de otro modo.

–No se preocupe.

–Es que, mira, te digo la verdad, estoy postulándome a las elecciones, ahora en mayo. Estos son meses decisivos.

–¿A qué puesto va a presentarse?

El señor le sonrió.

–Como puedes imaginar, si la gente del partido se entera de que tengo una hija perdida en Perú, una hija que he ignorado, no es lo mejor para mi candidatura. Hay mucha gente que puede aprovechar eso. Puede sonarte un poco tonto lo que te digo, y a lo mejor es verdad, pero te diré que el mundo es así y así funciona.

–Bueno. Pero a mí no me interesa nada de su candidatura, no me interesa.

–Ya. Ya lo sé. Ahora lo sé. ¿Y tu madre cómo está?

–Debe estar bien.

–¿Por qué dices eso?

–Debe estar bien en donde esté. Murió hace como un mes.

Ignacio miró a un costado.

–Lo siento.

–Por eso estoy aquí.

–¿Qué le pasó?

–Un cáncer al hígado. Tres o cuatro meses duró, nada más. Mi padre había muerto hace unos años ya.

–Dios mío. Dios mío.

Aurora vio como Ignacio se tapaba la cara. Se quedó así un momento. Luego la miró otra vez.

–Bueno, pero poco antes de morir, mi madre me habló de usted. Me dio la carta y la foto. Yo pensaba que era hija de Leonardo, de mi padre. Y mire.

–Sí, claro que sí. Supe de él, supe de Leonardo. Sí. Supe que se casó. Supe de varias cosas de vuestra vida de familia. Al comienzo, vamos. Después ya no. Leonardo era un hombre muy bueno. Lo supe, vamos.

–Es lo que me di cuenta hablando ayer con el señor Rúa. Sabían el nombre y

apellido de mi padre.

–Es que nos seguimos escribiendo con tu madre. Nos escribimos durante un tiempo.

–Yo solo vi una carta.

De pronto el hombre sacó dos sobres.

–Fueron varias cartas –dijo–. Pero no las mandaba a la casa donde vivía con Leonardo sino a otra dirección que me dio.

–¿Cuál era?

–No sé. Su trabajo, supongo. No sé.

–¿Las tiene?

Aurora reconoció la letra de su madre. Ignacio, te cuento que la niña está caminando, dice algunas palabras, estamos bien, y Leonardo es un padre amoroso. Luego, la historia de un parque de diversiones donde habían estado, y luego algunas descripciones sobre los ojos y la vocecita de Aurora. La carta terminaba con «un abrazo cariñoso» y todo quedaba allí.

Un velo le cubrió los papeles, la mesa, el lugar donde estaba.

Se llevó la mano a la boca y se reclinó en el asiento. Lo miró. Parecía un hombre más joven y más apuesto en ese instante.

–Lo siento.

–¿Cuánto tiempo se escribieron?

–Por un tiempo. No sé. Tres o cuatro años a lo mejor. Yo ya sabía de ti. Me lo dijo en una carta. Cuando nos separamos, no sabía que estaba embarazada. Me lo dijo después.

–¿Y supo también de mí cuando iba creciendo? ¿Le mandó fotos o algo?

–Nunca mandó fotos. Pero me contaba algo de ti. Solo por un tiempo. Luego ya no. Pero por un tiempo sí me fue contando cómo estabas. Todo.

–¿Y usted no hizo nada por verme?

–Por favor, Aurora. Cómo puedes decir eso. Ella no quería que yo me entrometiera. No quería saber nada.

Aurora miró hacia abajo. Había una taza de café en la mesa.

–Hubiera debido buscarme, señor Peña.

Él bajó la cabeza.

–Pero no te das cuenta, hija. Hubiera alterado a Leonardo. Habría complicado todo en su relación con su marido. ¿No te das cuenta? –Miró a un costado–. Qué buena mierda todo. Qué buena mierda, por Dios.

Hubo un silencio. Al fondo se oyó la explosión larga de la máquina del café.

–Gracias por venir de todos modos –dijo Aurora, con un murmullo violento.

–Bueno, mira. He venido porque quería verte, la verdad. Quería verte de cerca. Y ayer hiciste lo que debías hacer con el señor Rúa. Los abogados no tienen que meterse con los asuntos de familia, joder. Ni falta que nos hacen.

–Yo también quería verte, Ignacio. No tengo idea de quién eres.

–Bueno, pues mira. No sé qué decirte, pero ahora, bueno, me alegro de que estemos aquí. He pensado tanto en ti, Aurora. Si supieras. Luego me olvidé. Y luego un tiempo pensé en ti otra vez.

El camarero pasó cerca. Aurora sintió miedo de que se enterara de algo.

–Nunca supe que querías verme. Supongo que a tu esposa y a tu familia no les has dicho nada de mí.

Él miró hacia la puerta. Luego puso los codos en la mesa. La observaba de frente.

–Te quiero contar algo. No sé qué tiene que ver pero te voy a decir algo de mí. Yo vengo de una familia de Zamora. Mi padre era director de un colegio. Yo estudié allí. Pues mi padre un hombre muy duro, muy inflexible era mi padre. Era partidario de un dirigente político de aquí que se llamaba Blas Piñar. Mis compañeros le tenían mucho miedo a mi padre en el colegio. Y mi madre le tenía terror, le tenía mucho miedo también. En casa mi hermano y yo teníamos un régimen militar. Cada comida tenía su hora y cuando éramos niños vestíamos solo de blanco y teníamos que rezar nuestras oraciones durante una hora antes de acostarnos. Mi padre era seguidor de Tejero, un tipo que entró a la brava, como un loco, a las Cortes aquí. Bueno, entonces empecé a interesarme en las matemáticas y en la geometría. Era como abrazar un mundo en el que mi padre no podía intervenir. Un mundo racional, creo que era eso. Y apenas pude, entré a estudiar ingeniería aquí en Madrid. Y, bueno, en los años ochenta, me llegó la noticia de una empresa canadiense que requería los servicios de un ingeniero para construir y supervisar una mina de oro y cobre en Cusco. Era un modo también de huir de mi padre, que me seguía buscando para pedirme cuentas. Como en ese momento Perú era un país que estaba en problemas con la guerrilla de Sendero Luminoso y todo eso, me dije que mi padre nunca iría a buscarme allí. Y me fui.

–Así que fue en 1987 más o menos.

–El primero de julio de 1987 llegué a Cusco. Y empecé a trabajar tres días después. Y en mi primer día de trabajo conocí a Dora.

–Y le caíste bien –ironizó Aurora.

–Bueno, mira, aunque no lo creas, nuestra historia es corta, pero la verdad es que también es una historia de amor.

–Ya.

–Es una historia de amor, de verdad. Me sentí fascinado por ella desde el primer día. No sé, me sentía muy especial cuando estaba con ella. Feliz, pero algo más que eso. Hablábamos mucho. Íbamos de paseo. Me enseñó a comer olluco y carapulcra. Tomamos chicha de jora juntos y nos reíamos de todo. Y vaya, fueron meses inolvidables, por decir lo menos. Inolvidables. A veces pensaba que a lo mejor eso era maravilloso para mí porque creía que a lo mejor no duraría. Pero después veía a tu madre y me decía que me iría con ella al infierno. Pero no fue así. No me pude quedar con ella. No fue así por mi culpa, o por la de ella, o por la de los dos. Fue así porque las cosas resultaron de ese modo. Nos separamos y nos amamos y nos escribimos y pasó el tiempo, y me casé y fui feliz una temporada, tuve hijos, y luego, bueno, pasaron otras cosas, me separé, tuve éxito en los negocios, y pensé entrar en la política, y me sentí solo, y ahora tú estás aquí. Lo excepcional de esa historia es lo que está pasando ahora mismo. Que estoy hablando contigo.

–Porque vine.

–Sí, pero no sabía que tu madre había muerto. Ella dejó de contestar mis cartas hace unos años. Y yo...

–Ya estabas instalado en tu matrimonio. Y en tu trabajo. Y en la política. Y en todo eso que tienes.

Ignacio dio un suspiro.

–Sí, preferí huir. Quise tener todo eso. Y no te busqué. Sí, sí, sí. Hubiera podido intentarlo cuando murió tu padre. Pero no lo sabía. Y tampoco creas que tengo nada ahora. Salvo mis hijos.

El camarero trajo dos botellas de agua, hizo una venia y desapareció. En la calle los grupos iban creciendo.

–Yo te veo muy bien. Muy feliz.

–Estoy más o menos como todo el mundo.

–Cuéntame más de mi madre.

–Tu madre y yo hacíamos todo juntos, a pesar del miedo de Sendero. Cuando estaba con ella, me sentía yo mismo. Me sentía libre, y feliz, no sé cómo decirlo, pero nunca me he sentido así. Hubiéramos podido casarnos. Y le dije que viniera conmigo. Pero ella no quería irse de Cusco. Yo le insistía en que viniera conmigo a España. Y hubo un momento que ya no pude aguantar todo lo que pasaba allí,

con las bombas en la mina y todo eso. Me amenazaron los de Sendero con anónimos. Yo me quería venir aquí. Y bueno, nos peleamos, y yo me vine aquí, nos distanciamos. Y pasó el tiempo. Y muy pronto ella conoció a Leonardo.

–Pero es porque te habías ido.

–Joder. Porque vino un grupo de senderistas y atacó el campamento, y mataron a los guardias. Y me mandaron anónimos. Y la verdad es que me dio miedo, coño. Esa es la verdad. Pero no quería separarme de ella. Le propuse a tu madre venir conmigo. Pero ella dijo que no se movería de su país. Eso me dijo. Y me pesa no haberle insistido. Pero igual creo que no la hubiera convencido de venir.

–¿Y yo? ¿No insististe por mí?

–Ya te digo que cuando nos separamos yo no sabía que estaba embarazada. Eso me lo puso después en una carta. Bueno, eso fue lo que pasó. No tengo mucho orgullo por mi pasado, la verdad. Pero nadie está orgulloso de lo que ha hecho. Y ahora, no sé, ahora te diré que me siento tan triste por ella, por mí mismo, por, no sé, por todo este asunto del tiempo que pasa así, sin darnos cuenta de nada, no sé. No sabía que había muerto. Voy a tardar en darme cuenta de eso. No acepto eso. No lo creo. Es que siempre quise explicar lo que hice pero no puedo explicarlo salvo porque tuve miedo. Miedo, nada más. No es el mejor motivo para nada. El miedo te va abriendo un vacío cada vez más grande. No sabes adónde ir, salvo que tienes que ir muy lejos. Desde entonces nunca quise sentir miedo otra vez. Pero así me ha ido, no muy bien.

En ese momento sonó el teléfono de Ignacio. Él la miró y ella movió la cabeza hacia abajo.

–Sí. Dígame.

Aurora lo vio asentir, morderse los labios, decir palabras entrecortadas. De pronto Ignacio estaba aferrándose al móvil como queriendo deshacerse de él. Pero, es que, pero bueno, no sé por qué me dices eso. Adivinó la voz al otro lado y midió el encrespado silencio de Ignacio, con la mano apretada en el aparato, hasta que lo oyó decir, ya estoy hasta los huevos de oír eso, ¿estoy siendo claro? Estoy hasta los huevos, ¿me oyes? Ya no puedo más. Adiós.

Él apagó el teléfono y la miró.

–Perdona. Es que...

Aurora tuvo un momento para adivinar la vida de Ignacio. Pero fue él mismo quien se la fue contando. Dos hijos de veinticuatro y veintiséis años. Un divorcio a los ocho años de haberse casado. Una exesposa que lo perseguía con sus

demandas y reproches. Una empresa exitosa. Algunos amigos ingenieros con los que a veces compartía proyectos. Un futuro en la política, a lo mejor.

–Y mucha soledad, por si quieres saberlo –le dijo–. Pero en eso no soy muy original.

–¿Mucha soledad?

–Una soledad cóncava, mirando el techo de mi piso.

–Lo siento.

–Y ahora, por favor dime tú qué haces.

–Soy abogada –le dijo Aurora–. Soy del área tributaria. Trabajo en un estudio con un buen jefe, y asesoro empresas en Lima. Mi obsesión es salir a correr por las mañanas, con mis zapatillas y mi buzo. Y me encanta mi trabajo. Quisiera escribir un libro sobre lo que hago alguna vez. Y tengo pocas amigas. Pero me va bien. Creo que como siempre fui tan fantasiosa, escogí una especialidad donde hay que seguir todas las reglas.

–¿Y te has casado? ¿Tienes hijos? Una chica tan bonita como tú, permíteme decirlo.

–No me he casado ni tengo novio ni nada parecido –le dijo–. He tenido relaciones, incluso una relación larga. Pero terminó en nada. Y decidí que es algo que no me interesa por ahora. Quizá algún día.

–Yo también estoy sin pareja ahora. Creo que tengo miedo de encontrar a alguien. Igual me gustaría probar.

En ese instante un grupo ruidoso de gente joven entró al local. Tenían camisetas blancas y cantaban canciones en voz alta. Alguien dijo que volvían de un entrenamiento público del Real Madrid.

En medio del ruido, Aurora sintió que un silencio se había abierto paso entre ella y su padre. Mientras él seguía hablando, mientras le seguía diciendo que tenía relaciones sin importancia con una mujer u otra, mientras le recordaba la primera vez que salió a tomar un café con su madre en la plaza del Cusco, Aurora vio una partícula de luz en los ojos de Ignacio y se sintió atada a esa luz, fascinada por un punto en su mirada que había sobrevivido. Apenas entendía lo que Ignacio le decía, en ese momento, algo así como que esperaba encontrar a alguien, y esperaba reconciliarse con sus hijos, que le detestaban. Lejos, detrás de las palabras, Aurora podía sentir el sonido, los hilos de ese sonido que creía reconocer, aunque era imposible que los hubiera sentido antes. Pero por el momento nada parecía imposible, ni siquiera el hecho de que estuviera observando el rostro que su madre había tenido que adivinar, el rostro que le

había despertado algunas preguntas, cómo se verá ahora, después de tanto tiempo, qué cara tendría ahora ese hombre después de tantos años, su madre que a veces se quedaba sola en las tardes, reconfirmando a través de ella la historia de amor, como un cuerpo desnudo que aparece.

De pronto un mechón blanco se había desprendido en la frente de Ignacio. Un retazo de una juventud perdida que se había abierto en las líneas largas y precisas de su rectitud. Estaba sonriendo apenas.

–Pero al final tu madre encontró a un buen hombre. Creo que le fue mejor que a mí.

Aurora terminó la taza de café.

–Quién sabe. Pero tú estás aquí, y ella ya no. Ni tampoco Leonardo. Solo quedamos nosotros.

De pronto en la mesa de al lado los uniformados de blanco empezaron a cantar algo.

–Vámonos mejor a otro sitio –dijo Ignacio.

Llamó al camarero, le dio un billete y salió después de ella.

El frío estaba arreciando. Ignacio dejaba salir hileras de humo mientras hablaba. Hizo un movimiento con la cabeza.

–Es un buen día para pasear. Vamos para allá.

V

Empezaron a caminar dándose cuenta de que no se dirigían a ningún sitio. Era el vagabundeo donde no importaba tanto lo que los rodea sino la comprobación íntima de la persona que está al lado, el descubrimiento de una forma de silencio cálido, y el registro paulatino y devastado de los movimientos del cuerpo cerca, el latido de sus pasos y la cercanía de su respiración. Estaba allí, estaba allí, y el final de esa ruta anunciaba los sonidos callados de un nuevo camino sobre la yerba. Avanzaron sin rumbo y sin decirse nada, hasta que de pronto su padre, esa voz grave y firme y apenada que era su padre, le confesó que a pesar de haber vivido allí casi toda su vida, se sentía un extraño en Madrid pero que cuando volvía a Zamora también se sentía un extraño. Mi exmujer, en cambio, se siente muy bien en su barrio, y la verdad es que nunca quiere ni salir ni ir al cine ni hacer un viaje ni nada. Cuando estábamos casados siempre fue así. Era así. Y un día yo me fui al cine, ella me esperó y al verme entrar a la casa, me dijo que nos separamos, nos separamos porque esto no puede seguir. Qué era lo que no podía seguir, le pregunté, y me dijo que esto, que todo, que lo de nosotros. Vamos, que no podemos seguir, me explicó. No quería salir de la casa pero sí quería salir de mí, y ahora, bueno, tengo mi oficina aquí en Madrid, pero la verdad es que me siento a veces un extraño y a lo mejor me sentiría extraño en todos lados. Y a lo mejor un día vuelvo a visitar el Cusco. Yo solo. No sé si podríamos vernos cuando vaya.

Durante las siguientes semanas y meses, Aurora iba a recordar ese día, un lunes 31 de diciembre de 2018, perdiendo y reencontrando fragmentos de voces, imágenes de árboles y caminos, golpes fríos de brisa en el pelo, avanzando junto a la Puerta de Alcalá, entrando en un óvalo, reconociendo las rejas con arbustos altos, por los senderos de tierra que llevaban a la laguna y al bosque, sentados en la banca grande del Parque del Retiro.

Ignacio le dijo que ese lugar había sido un refugio también para él, con frecuencia, cuando llegó a estudiar ingeniería a Madrid. Iba a veces a pasear por aquí, por el Retiro, pero, la verdad, no había vuelto en muchos años. Y que quizá

si no fuera por ella, no habría vuelto ese mediodía de hielo para estar juntos y decirse algunas palabras.

Se sentaron en una banca a mirar el silencio. Se quedaron juntos y se levantaron al mismo tiempo, como activados por un impulso común para seguir caminando por esos senderos, llegar a las escaleras y seguir dando vueltas, mientras ella oía las historias de su padre, sus inicios en la empresa, las primeras navidades con los hijos, los grandes proyectos que le habían encargado gobiernos y empresas multinacionales, sus viajes a la India, a Roma, a Nueva York. Avanzaban, se sentaban, se ponían de pie y seguían hablando y era como si cada paso los acercara a nuevos recuerdos que asomaban detrás de los arbustos y en la sombra del follaje, pensando si los recuerdos eran el botín máspreciado, intuyendo que compartir un recuerdo es hacer una revelación obscena, la revelación del otro lado que el tiempo y la memoria se empeñan en desaparecer, los nudos que los unirían en alguna forma de la verdad desde entonces.

Los almendros, los robles, las acacias y el árbol de las pelucas, cerca de la fuente del Ángel Caído, las piedras que sostenían el círculo de agua, los botes de madera con remos lentos y seguros, golpeando la dura superficie líquida, las torres blancas afiladas y la vegetación organizada en vértigos de colores, las imágenes y los sonidos de su padre y de ese lugar, la hilera lenta y grave del bosque, esa procesión del presente se impregnó en su memoria como un gran cristal donde todo iba rotando. Iba a escuchar desde entonces el sonido grave y preciso de la voz de Ignacio, ese señor que era su padre y que se iba revelando con cada frase, con la insolente ternura que acompañaba algunas sílabas, el señor que se encontró con ella esa misma mañana y que la había rechazado dos días antes, y que seguía a su lado, hablando de tu madre, que ha vuelto conmigo tantas veces en la cabeza, que no sé cómo decirte. De pronto se sentaron juntos en una banca y se quedaron mirando el agua. Por un instante, cuando lo oyó callarse, cuando escuchó sus pensamientos secretos, tuvo ganas de tomarlo del brazo, pero se contuvo.

En los fragmentos de esa conversación, Ignacio había ido hablando entre exclamaciones de Dora, describiendo y maravillándose de los trajes que usaba Dora, de la sonrisa dulce e incierta de Dora, de la melancólica energía que brotaba de su presencia, me hechizaba todo en ella, si quieres que te diga. Me acuerdo pero como si lo estuviera oyendo ahora mismo, joder, recuerdo las primeras palabras que ella le había dicho, su modo de estar sentada frente al

escritorio en las oficinas donde atendía a todos, las dos sílabas cristalinas con las que contestaba el teléfono, los paseos al Valle Sagrado, los almuerzos en San Blas, el primer día que vieron el púlpito del Lunarejo, las noches, los viajes, los abrazos, la despedida, el último rostro en el aeropuerto y el cuerpo delgado con la mano en alto, y el trueno del motor del avión que los separaba esa mañana de 1988, y luego las cartas y algunas llamadas y por fin, el pedido de ella de que dejaran de escribirse, la última carta de ella que tú tienes en la que le decía que todo se terminaba, pero en realidad nada se termina. Porque nada se termina nunca. Porque las cosas se empeñan en continuar. Porque continuar es el impulso que reciben de algún lado. Porque superan todas nuestras barreras para detenerlas. Porque las cosas y el tiempo y la materia de la vida nos gobiernan desde allá, no sé de dónde. Y mira. Estamos aquí, ella está aquí. Y está allá. Yo me sentaba así con ella en la plaza de Armas y comíamos panqueques de miel en el Ayllu y caminábamos junto al río para tocar el agua con los pies.

En algún instante, sintió que Ignacio le estaba hablando a su madre, delante de ella, como si el fantasma que había revoloteado durante toda esa mañana hubiera encontrado el cuerpo que mejor se adecuaba a su memoria. Hasta que dijo algo así como «Por unos meses parecía que todo era para siempre, qué te puedo decir».

De pronto hubo un silencio en el que las memorias se agrupaban delante de ellos como tropas que la tarde había organizado durante mucho tiempo. Todas juntas frente a ellos, esperando alguna señal para movilizarse.

En ese instante, a Aurora no le pareció extraño ceder a la invitación que le hacía Ignacio, vamos a ver si comemos algo por allí, a ver qué encontramos, y lo siguió a un restaurante de lujo, con cuadros de pintores inmovilizados en paisajes de árboles y ríos del siglo XVIII, camareros que llevaban chaquetas y corbatas rojas, que se movían silenciosos y atentos, que decían por aquí caballero y los llevaban a una mesa de manteles blancos, con olor a un fragancia secreta, que parecía estar muy lejos del resto del local. Allí, muy pronto les sirvieron chipirones, almejas, gambas y croquetas de jamón, y una pierna de cordero y vino de Rioja. Si quieres que te resuma todo lo que he querido decirte, Aurora, es que no he olvidado ni voy a olvidar a tu madre nunca. Claro que me olvido y la recuerdo de cuando en cuando pero durante mucho tiempo ha sido así. Va y viene y al final sé que tengo a Dora aquí, se tocaba el pecho, y pensé que debía haberme quedado con ella. Todavía lo pienso a veces. Pero dime algo. No sé qué te parece todo lo que te cuento.

De pronto, ella sintió que una parte del mundo había empezado a reordenarse, que los rostros buscaban un lugar donde encajar, impulsados por esa revelación. Y sin embargo, el mosaico salvaje, el rompecabezas de los olvidos y las nostalgias seguiría allí, por mucho tiempo, y no se iba a componer, y Aurora pensó que estaba bien así.

Bueno, yo te agradezco, Ignacio, si puedo llamarte así, porque decirte papá o padre, no puedo, te agradezco que me contaras todo lo que me has contado sobre cómo fue estar con ella. Pero por qué no quisiste conocerme a mí, por qué no volviste por mí, te lo digo de nuevo. Te lo diré siempre. Y él, no sé, no puedo decirte por qué, no sé, no puedo decirte, no fui a buscarte porque ella ya no quería, porque sentía que iba a entrometerme en lo que me decía que era su felicidad, qué sé yo. Por Leonardo, que es tu padre, tu padre de verdad. Por él. Pero lo siento, lo siento. Y yo te digo que la amé más estando acá, incluso. Sobre todo cuando me separé de mi mujer, claro. Y muchas veces pensé en ti, creciendo, y viviendo y estando con ese otro hombre. Leonardo, tu padre. Nunca lo conocí pero lo imaginé muchas veces. Y la imaginé a ella y a ti y a vosotros juntos, en algún paseo por algún lugar. Y bueno, cuando se acabó la guerra de Sendero Luminoso, de los mierdas cabrones de esos tíos de Sendero, cuando acabó esa guerra, yo seguía pensando en lo que estaba pasando en Perú, y una vez tuve que ir por trabajo allí, por unas reuniones. Y llegué al hotel en Lima y pensé en llamar a tu madre, porque había conseguido el teléfono, porque sabía dónde estaba trabajando, en la empresa de importaciones en Lima, y pensé que si la llamaba al trabajo y no a la casa, podría hablar. Y llamé y alguien me dijo que había salido a almorzar. Y yo atesoré esa voz. Me sentí tan feliz de haber hablado con alguien que conocía y veía todos los días a Dora. Un privilegiado. Atesoré esa voz y me quedé con eso nomás, con la voz de alguien que la había visto y que me había dicho ha salido a comer o a almorzar, como decís vosotros, y eso me tendría que bastar para el resto de mi vida. Pero no me bastaba. Y ahora estás tú aquí. Y, bueno, no sé, no sé qué más decirte, la verdad. Pero quisiera decirte más cosas, cuando pueda. Quisiera verte, Aurora, algún otro momento. De verdad. Ahora, no sé, no sé lo que puedo hacer.

Miró la hora. Tengo que irme. Pero quiero verte otra vez. Por favor, me gustaría que nos viéramos.

En algún momento, él le pidió su teléfono en Lima y su dirección, y por favor espera noticias mías.

Aurora escribió algo en un papel.

–Voy a volver a la oficina a cerrar algo, y luego a ver a unos socios potenciales para celebrar la Noche Vieja –dijo–. Mañana salgo a Alicante a supervisar unas obras que empiezan el miércoles. No voy a volver hasta dentro de una semana a Madrid. ¿Estarás aquí?

Aurora sonrió, miró hacia abajo, lo observó de frente. Era su padre, de verdad.

–No creo.

Ignacio pidió la cuenta y Aurora sintió que estaba bien que él la pagara, como ocurre cuando los padres van con sus hijos o hijas a comer, era lo que correspondía por supuesto, y al acompañarlo a la bocanada de luz que se abrió al salir a la calle, tuvo la tentación de cogerlo del brazo. Sintió otra vez el aire frío en el rostro y caminó a su lado. Estaban de pie en una esquina. Los coches pasaban a toda velocidad. Era como un río y él iba a cruzar pronto al otro lado.

Ignacio le sonreía.

Entonces nos veremos.

Ella asintió.

El cruzó la calle y la miró desde la pared de piedras de un edificio. Desde allí alzó la mano sin sonreírle y de pronto desapareció dentro de un coche negro.

Eran las seis y Aurora estaba caminando sola por la Cuesta de Moyano. Llegó al Paseo del Prado, cruzó la calle y entró por una pendiente de edificios antiguos. Después de dar algunas vueltas, se detuvo frente a un quiosco en la plaza de Sevilla, luego siguió hasta la Puerta del Sol, donde algunos rostros agrupados, con sombreros verdes y rojos y amarillos luminosos, con anteojos con las formas ovaladas del 2019 y sonrisas ebrias y gritos, esperaban que llegara la medianoche, un pretexto para celebrar algo. Tenían los cuerpos con el brazo en alto, los ojos desesperados y erráticos, mirando a uno y otro lado, en una mueca de felicidad tensa. De cuando en cuando movían la cabeza hacia la torre, vagando alrededor de la pirámide de fierros y cristales, y de la fuente de agua metálica. Alguien estaba explicando la historia de la plaza a un grupo uniformado de turistas. La gente come doce uvas en España desde comienzos del siglo pasado. En el año de 1909, en Elche, hubo un excedente de producción de uva. Fue entonces cuando se repartieron para que la comiera la gente de la ciudad. Y cada uno recibió doce uvas por las doce campanadas. Y ahora es una tradición en toda España, fijaos. «That’s so interesting», se oyó en el grupo.

Aurora sacó el teléfono.

–Dígame –dijo una voz.

–Luis. Soy Aurora.

–Pues qué bueno que me llames, chica. Dime. ¿Dónde estás?

–Bueno, estoy aquí en la Puerta del Sol, y no sé qué hacer.

Hubo un silencio al otro lado.

–Pero yo sí sé lo que vas a hacer.

–¿Qué?

–Pues venirme conmigo a Barcelona. Estoy en un taxi yendo al aeropuerto. Ve a Barajas y busca el lugar donde es el puente aéreo con Barcelona. Te veo allí.

–¿Te veo allí?

–Pues claro. Ya te digo. Que te vienes a Barcelona conmigo, chica. Ahora mismo. No me discutas, joder.

Se había anunciado que a las nueve y media se iba a permitir el acceso a la Puerta del Sol. Pero solo iba a entrar un número limitado de gente, para que todo fuera en orden. Y el reloj daría dos veces la campanada de la medianoche. Una por la península y otra por las islas Canarias. Aurora había pensado quedarse cerca de la Puerta del Sol a confundirse con los demás, formar parte del gran abrazo anónimo para sentirse acompañada, y luego ir a la plaza Mayor o a las estatuas blancas en el Parque del Oriente a celebrar con algunos de esos silenciosos reyes medievales el ruidoso año que empezaba.

Pero no. No iba a hacer nada de eso. Se iba a Barcelona con Luis. Fue al hotel, hizo un bulto con su ropa, lo puso en la maleta, y salió a la vereda.

Aurora caminó hacia la calle de Alcalá, y en poco tiempo pasó por las puertas del Círculo de las Bellas Artes, y de pronto estaba de pie, esperando un taxi, junto a la plaza de Cibeles. Avanzando entre las multitudes que venían en sentido contrario, tuvo que dar algunos pasos al costado. Recordó que le habían dicho que sería mejor la estación de taxis de Atocha para llegar al aeropuerto.

Se detuvo a preguntar a un hombre dónde queda la estación de Atocha.

–Pues mire, vamos a ver –dijo, señalando hacia el Paseo del Prado–. Lo primero que le digo es que no se preocupe, que la veo muy ansiosa. Pero vamos a ver. Mire usted. Siga usted todo derecho por allí, y llega a Atocha. Todo derecho.

Aurora le agradeció y salió a toda prisa. Mientras se iba alejando, el hombre

la llamó.

–Oiga. Pero si no la encuentra no se preocupe, que no pasa nada –le dijo con la mano en alto.

Mientras caminaba junto a la pared, mientras pasaba otra vez por el Museo Thyssen, Aurora sintió que había alguien detrás, caminando detrás pero casi al lado, muy cerca. De pronto se detuvo y volteó.

La acera estaba vacía. Solo una pareja que venía más allá y los coches que pasaban muy cerca y a toda velocidad. Pero le parecía haber visto algo a su lado, que avanzaba con ella. Era la proyección oscura de un poste, que irradiaba una sombra larga.

Avanzó hacia la estación de Atocha. Sintió un ruido que podía ser el de sus propios pasos, el eco del metro o de algo que corría debajo.

Caminó cada vez más rápido. Se detuvo.

Sentada en el taxi, entre los forros negros que parecían haberla pasado a la clandestinidad, Aurora sacó las fotos de sus dos padres. Ya vieron cómo fue. Bastante mejor de lo que pensaba. En realidad, hasta me da pena haberlo dejado. Perdón, papá. Abrió la ventana y sacó la cara un momento al frío.

De pronto sonó el teléfono. Era Paco.

–Qué tal.

–Oye, cariño, ¿no te apetece venir a casa a tomarnos las uvas juntos? Estamos aquí todos reunidos. ¿Por qué no vienes?

–Gracias, pero no puedo. Me estoy yendo a Barcelona con un tipo que he conocido.

Hubo un silencio.

–¿Un tipo que has conocido?

–Sí. Se llama Luis. Un hombre fenomenal.

–Bueno, bueno. Pues mira. ¿Sabes lo que te digo, Aurora? Que no quiero volver a verte en mi puta vida.

Oyó el golpe en el teléfono.

Muy bien.

Miró hacia delante. El taxi había superado un atasco. Iba ganando en velocidad y Aurora vio el camino libre. Esperaba llegar al aeropuerto cuanto antes.

En el aeropuerto, no tardó en ver a Luis. La esperaba alzando la mano.

Ella hizo la cola, dio su nombre, sacó el pasaporte y pagó con la tarjeta de crédito. Tu dinero y mi misión ya se terminaron, madre. Ahora déjame vivir bien.

–Ya que eres tan pija y no me dejas invitarte, por lo menos te vas a sentar conmigo, a mi lado, y vas a dejar que yo te cuente todo sobre Barcelona.

–¿Y por qué vas allí? ¿No eres de Pamplona?

–Después voy a Pamplona. Pero ahora a Barcelona a lo mismo que tú, chica. A pasar el Año Nuevo. Y a ver a mis amigos, ya verás qué majos que son. Pero vamos, date prisa.

Esa noche, frente a las llamaradas de luz de las fuentes de Montjuic y luego caminando junto a la iglesia de la Sagrada Familia, y deteniéndose cerca de las torres de dioses retorcidos, Aurora pensó en lo que sería su vida desde entonces. Iba a dejarse arrastrar por la sucesión de imágenes de ese día con Ignacio, la voz que cortaba el aire con una autoridad de pesadumbre, y las frases sobre Dora y la tarde en que la llamó para que le contestaran que había salido a almorzar. La imagen final había sellado todas las palabras anteriores para certificarlas. Su padre al otro lado de la avenida, dividido, alzando la mano, quizá por primera y única y última vez, mirándola. Todas esas imágenes y sonidos se agolpaban ahora frente a esas torres afiladas, los fragmentos infinitos de la iglesia de la Sagrada Familia, que parecía darle una forma y una solución a todo lo que ella sentía. Era la imagen de un tiempo en el que sus recuerdos se inauguraban, pensó.

Luis estaba junto a ella, y también Maripaz y Sonsoles, a quienes acababa de conocer. Son amigas que veo de vez en cuando pero en Año Nuevo nos vemos siempre, le dijo Luis. Aurora caminó junto a ellos por el Barrio Gótico detrás de un montón de grupos que celebraban en voz alta, chicos con botellas, algunos bailando, otros abrazados y besándose, y todo en ese barrio de asombrosas calles curvas, pozos y fuentes, paredes altas, piedras macizas, retazos iluminados de cielo.

De pronto Luis le había puesto el brazo sobre el hombro y ella reclinó su cabeza, y caminaba junto a él, como recién habituada a la felicidad. Saludó a un portero, vio una puerta que se abría y subió unas escaleras con Luis, y vio abrirse un boquete de luz y encontró un montón de rostros que se alzaban, y dio abrazos y besos a tantos desconocidos sonrientes y a tanta gente que se volteaba a

mirarla. Y tomó algo de un licor que le dijeron que se llamaba absenta, un licor prohibido, de aspecto verde y, mientras algunos devoraban un *torró d'ametlla*, de pronto empezó la música, y un chico de aspecto nórdico se acercó donde ella, y empezó a bailar y ella empezó a bailar con él algo de Sabina que había oído tantas veces pero que esa noche sonaba como nunca antes, mientras ella cantaba para sí misma, como por primera vez, y repitió algo de la letra, y el chico le sonreía, y trataba de pronunciar, de la cofradía, del santo reproche, cuando se iba armando un coro sobre las ventanas, en las calles, rebotando en las murallas y desviándose en gritos y risas.

En algún momento de la madrugada, después de los abrazos de Año Nuevo, salió con el grupo de gente cuyos nombres apenas recordaba pero que eran sus amigos de esa eternidad oscura, salió con ellos a las Ramblas y miró los quioscos iluminados con lamparines, los puestos de flores, la puerta del Liceo, la alameda de árboles, las tiendas que atendían los pakis, según le explicaron, y junto con todos los demás se echó a correr hasta que llegó a la estatua de Colón y luego, en una nueva dimensión, el gran desierto resplandeciente de agua que latía bajo un fuego oscuro. Caminó y llegó a la estatua. Allí estaba el descubridor de América que parecía voltear a mirarla y a preguntarle algo. Atrás el mar era una superficie blanca y negra, que se alzaba al cielo.

Se sentó en las gradas, sintió el golpe suave de las ondas, y en algún momento se echó y se quedó dormida junto a alguien a quien acababa de conocer y a quien había empezado a besar y luego ya no supo qué ocurrió hasta que se dio cuenta de que se había quedado dormida.

Se despertó sola, caminó hacia las Ramblas y vio a Luis sentado en una banca un poco más allá, haciéndole señales. Corrió hacia él y se abrazaron.

Aurora pasó unos días más en Barcelona, durmiendo en un apartamento que Luis había alquilado. Conversando con Luis, saliendo a desayunar y a comer ravioles y vinos y *fideuà* y a dar vueltas con Luis, también con Maripaz y con Sonsoles. Iba a la tienda de unos pakis cercanos, para abastecerse y con frecuencia le preparaba un lomo saltado a Luis que vaya chica, sí que está bueno esto.

Una mañana, después de visitar el mercado, escuchando a las vendedoras hablar en catalán, entre trozos colgantes de carne y atados de zanahorias, siguieron dando vueltas por algunos bares desvencijados y luminosos del Barrio Chino. Se apoyaban en unas barras de madera cubiertas de polvo seco y blanco,

miraban la tarde caer desde una ventana inmunda y clara, bebían algunas birras, y pasaban las tardes bailando boleros y música cubana, mucho Compay Segundo y Omara Portuondo, con la música de una rocola. En una ocasión encontraron a una mujer algo mayor, vestida con un traje negro y rojo, con la boca pintada, el pelo alzado y tacones altos y violentos, que suavemente iba ofreciendo cinco euros a quien bailara cinco minutos con ella. Luis bailó «Siempre que me preguntas que cuándo y cómo y dónde, yo siempre te respondo», y luego invitó unas cervezas a las dos. Ese día Luis volvió a repetir que iba a dedicarse a caminar, que era el oficio más gratificante y complejo de todos los que existían, además de bailar.

Voy a llevarte a un sitio, le dijo una mañana después del desayuno.

Subieron a un taxi y de pronto llegaron al Parque Güell. Por allí hay que comprar billetes pero nosotros vamos a este lugar donde no hay que pagar nada y ya verás que podemos mirar tranquilos.

Estaban sentados mirando los muros verdes, amarillos y azules, las formas entreveradas y superpuestas, los picos y las curvas y el espejo roto en diferentes tonos. Podría quedarse allí a mirar. El silencio animado por el movimiento de formas y colores.

–Ya sabes que Gaudí fue el creador de este parque en homenaje a un señor llamado Eusebi Güell. Un empresario que era además escritor, pintor, químico y no sé qué más.

–Pues sí –dijo Aurora–. Acá hay de todo. Seguramente que eso le gustaría al señor Güell.

–De todo y para todos.

–Uno puede dedicarse a mirar nomás.

–Pues yo te digo lo mismo, chica. Caminar y mirar. Esas son las ocupaciones más importantes al final, te digo. Son trabajos a tiempo completo. Deberían estudiarse para hacerse bien. Pero requieren paciencia y tranquilidad, y eso, pues, mira, eso no abunda ahora. ¿Y sabes por qué? Porque el único tesoro que tenemos de verdad es el tiempo. Te lo digo a mis casi sesenta años. Tener tiempo. Ese es el tesoro.

–Bueno, yo podría decir eso también, Luis.

Un hombre y una mujer con el pelo blanco avanzaban lentamente junto a ellos. Estaban tomados de la mano. Ella le dijo algo y él asintió apenas con la cabeza.

–¿Sabes qué? Creo que la gente que hizo este parque pensaba algo. Pensaba

que las cosas no son tan sencillas como parecen. Todo está lleno de curvas y de vueltas y en cada lugar hay nuevas direcciones. Y siempre hay un nuevo camino en algún lugar.

–Bueno, no sé si los que hicieron este parque pensaban eso, pero sí es lo que pienso yo. Te lo digo. Eso lo he pensado siempre de todo –dijo Luis–. Lo único que hay son preguntas y curvas. Las líneas rectas son obra de la imaginación de algunos desviados. Nadie sabe nada de nada y lo mejor es pasearse mirando las cosas agradables y bellas y suaves que nos rodean, sin querer entenderlas ni mucho menos. Y creo que Gaudí lo sabía. Y el señor Eusebi Güell lo sabía. Y aquí en España algunos lo sabemos, pero no todos. Hay gilipollas y cabrones que piensan que la vida es una línea recta y que nunca hay que mirar atrás o a los lados, así que yo creo que todo da vueltas y nadie sabe cómo acaba nada, y siempre hay un nuevo camino, con tal que uno pueda tener esperanzas. Los amores dan vueltas, las soledades dan vueltas, los amigos, los padres, los hermanos dan vueltas. La mayor vuelta de todas es el paso del tiempo, que convierte a unos chicos llenos de ilusiones que se cagan en el universo, en unos tíos desconcertados y silenciosos, que se peinan frente a un espejo y que a veces piensan que son chicos llenos de ilusiones otra vez, y lo son pero tampoco lo son, vaya. Pero yo sí creo. Creo en algo. Creo que hay que pasarla bien con gente de todos lados, con gente de aquí y de allá, tratar de conocer a toda la gente que uno pueda y darse cuenta, no sé de qué, pero darse cuenta de algo, te lo digo. Creo que hay que estar con amigos y pensar que algunas cosas sencillas valen la pena. Y que nada es sencillo pero que todo es posible. Y ese cabrón de Gaudí también creía en eso. Y hasta el señor Güell creía en eso. Todo depende de si seguimos buscando.

–Dentro de todas sus dudas, seguramente, Gaudí también creía en muchas cosas.

–Por lo menos creía en la duda. Lo que quiso hacer, creo, es darle un esplendor a la duda. Darle hermosura, coño. Esto de aquí es como un espectáculo del no saber nada de nada, con las cosas yendo en todas direcciones y en las más secretas.

–Es como que vayas en una dirección y no sabes dónde vas a acabar. Igual que vamos nosotros, o por lo menos yo.

Sentados en la banca, vieron pasar a un señor con su hijo. Se dieron cuenta de que el padre lo guiaba de la mano. Era un chico de trece o catorce años, ciego, que sin embargo sonreía.

–Así que pensabas que tu padre era un cabrón pero resultó ser un buen tío después de todo.

–No sé, no sé quién es en verdad. Pero pienso en él mucho. Y seguiré pensando.

–Nadie es bueno ni malo. Nadie es un tío maravilloso ni tampoco un perfecto cabrón. Hay un mundo en cada uno. Pero por eso a mí me encanta la gente, me encanta conversar con la gente, con un taxista por ejemplo y que me cuente su historia, o sus historias, que me hable de su mujer y de sus hijos, que me cuente sus cosas. Me encanta estar con amigos y hablar, a pesar de que me gusta estar solo. La verdad, te digo, creo que me encanta la gente porque la gente está muy sola también. La gente está desesperada, la gente que conozco casi nunca sabe qué hacer, me encanta eso, conocer a alguien que no pierde la esperanza aunque todo vaya tan mal, todo va mal y siguen adelante y nadie sabe por qué, me encanta sobre todo la gente que no puedo entender. Esa es la que más me gusta. Gente como tú, chica.

Aurora sonrió. Había unos niños en fila india, mirando de un lado a otro. El sol había salido.

–Tantas cosas que ver aquí –dijo ella.

–Cada vez algo nuevo.

–A veces cuando he visto algunas telas cusqueñas he pensado también eso. Hay tantas figuras y todas se parecen pero ninguna es igual. Es como colocar la variedad como sistema. En esas telas todo parece corresponderse pero si miras bien cada forma y cada color es distinto. En el Cusco siempre hay la idea de que la naturaleza es la que rige todo. En la naturaleza hay de todo y uno cree que puede hacer categorías pero siempre hay tantas cosas nuevas. Por eso también los asháninkas en la selva peruana se pintan la cara, o sea se dibujan animales, plantas y ríos en la cara. Porque somos todo eso. Y en la naturaleza todo se corresponde pero nunca hay dos montañas o dos árboles o dos piedras o dos pumas iguales. Todo es igual y todo es distinto. Igual que nosotros que somos animales nomás y que nos parecemos. Pero el milagro es que nadie es del todo igual a nadie.

–Animales como cualquier otro, solo que más impredecible que los otros.

–Mira las telas cusqueñas que te digo. Allí se ve cómo todo es igual y todo es diferente.

Aurora le pasó el teléfono. Las imágenes brillaban en la pantalla. Luis se quedó mirando.

–Pues estoy flipando con esto. Tantos colores. Todo tan colorido. Y tan elegante a la vez, vamos.

–Y la naturaleza está en todas las formas, y no manda ninguna, como aquí. Los árboles y las losetas. Todo junto. Quién lo entiende, coño.

Luis sacó un cigarrillo. Dijo que la calle es el último local donde uno puede fumar tranquilo, es el último refugio, joder, y dejó que las hileras de humo se perdieran en el aire.

–Gaudí hizo este parque a comienzos del siglo pasado, una época muy turbulenta. La gente creía que todo iba a terminarse –agregó–. En algún lugar de estas murallas hay escrito un lema. Todo debe ser destruido.

Se quedaron en silencio.

–Al final todo va a ser destruido. Eso está claro. Pero quedarán algunas cosas. Quedarán algunos vestigios.

–Todo debe ser destruido pero después todo recomienza –continuó Luis–. Al final nada nunca termina, el tiempo es infinito mientras estamos aquí. Mira tú que cuando alguien muere, por ejemplo, los padres siguen viviendo en otros rostros, en otras formas. Cuando se mueren, viven como personas completas. Podemos tener una idea de ellos, preguntarnos quiénes son.

–Eso pienso a veces –dijo Aurora–. Anoche soñé con mi madre, te cuento. La vi en trajes rojos, bailando, mirándome. Algo que nunca había imaginado.

–Sí, cuando murió mi padre también pensé mucho en él, y lo vi por primera vez como un crío, un niño indefenso. Tuvo que morirse para que lo viera así, un bebe llorando solo en alguna casa en La Coruña. A merced de su propio padre, de las ideas con las que fue educado. Y entonces ya no lo odio tanto. Conocemos de veras a nuestros padres cuando se mueren, mira lo que te digo.

–Allí empezaste a querer al tuyo.

Luis sonrió.

–¿Sabes que los domingos cuando era niño le hacían ponerse corbata, sentarse a la mesa y tenía tanto miedo que solo quería orinar y pedía permiso para ir al baño con una voz cantarina, el pobre? Bueno, entonces después tuvo que vengarse de toda esa mierda de infancia, siendo como era. Y ahora lo sé. Vamos, lo sé. Sé quién era porque se murió, ya te digo. Cuando los padres mueren sabemos la verdad porque los vemos completos, excepto que nunca sabemos toda la verdad, joder. Se llevan un montón de secretos pero después a veces nos siguen hablando.

Una señora pasó a su lado. Tenía un vestido estampado, el pelo blanco

organizado en un moño y un pliegue de amargura en los labios pálidos. Se apoyaba en un bastón.

–A esa señora creo que la conozco –dijo Luis–. Pero la conozco de hace treinta años. A lo mejor era amiga de mi madre, yo qué sé.

–Yo ya dejé de ver a las amigas de mi madre, la verdad. Cuando una persona se muere se va con sus amigos. No vuelven a ver a los hijos ni a los esposos ni a nadie de la familia. Me he quedado sola pensando en mi madre. Bueno, con mi tía Avelina.

–¿Avelina?

–Su hermana mayor. Una mujer muy bondadosa, mi tía. Hablo de mi madre con ella a veces. Pero con nadie más. Ahora que mi madre ha muerto me siento muy sola. Me siento sola sin ella. Más sola porque la sigo queriendo y la quiero más. Y quiero hablarle. Y a mi padre Leonardo. Y quiero saber algo sobre Ignacio. Quiero saberlo todo sobre él porque es el único que me queda de todo lo que pasó. Pero no sé si volveré a verlo.

–Yo creo que sí lo vas a volver a ver, confía en mí.

Algunas nubes avanzaban como un rebaño de animales malignos.

–¿Tú crees que llueva?

Se quedaron mirando a la gente pasar. Había dos o tres familias.

–Los padres siempre esperan que los obedezcamos –agregó Aurora–. Esa es una idea muy extendida. Los hijos obedecen a los padres.

–Pero no sé dónde leí algo que decía una escritora. Que vivimos mejor en ese bello caos que existe entre la obediencia y la libertad.

–Sí. Es verdad. Ese bello caos, qué cabrona esa escritora. Y este Gaudí, qué cojones los suyos.

Por esos días llegó la noticia de un grupo de montañistas catalanes que habían muerto sepultados por una avalancha de nieve en los Andes peruanos. Aurora supo de una reunión callejera donde iban a hablar sus amigos y parientes. Al acercarse, oyó que el padre de uno de ellos decía que su hijo había sido muy feliz, había muerto haciendo lo que amaba, y que quería que se le recordara así. Aurora sintió la voz quebrada por el dolor, y aplaudió con el resto el recuerdo de los tres muchachos. Vivir y morir en una montaña, bajo el sol helado. Quizá el chico lo había previsto pero tan pronto, Dios mío, tan pronto.

Esa noche, comentando la noticia, Aurora salió a caminar con Luis. Llegaron

a la plaza del Rey.

–Joder. Todo parece tan ordenado aquí. Como que estamos lejos de la muerte.

–Es la plaza del Rey, después de todo.

–Los reyes, las reinas, las figuras de nuestra vida –dijo Luis.

–Sí, pues. Mi madre era como mi reina, un escudo que tenía –dijo Aurora–. Era como una figura tan sólida. Yo pensaba que era intachable, que era perfecta.

–Pues yo sentía lo mismo de mi madre, joder. Yo pensaba que mientras ella estuviera no podía pasarme nada. Y por eso ahora que no está, siento que hay como un ruido, la verdad, como un ruido, es murmullo entre las sombras, oír cómo pasa el tiempo, como una cinta que va progresando sobre las cosas que miras. El tiempo avanza en mis narices, recorre la superficie de las piedras, las va desgastando, es un aspa fluida que se come el aire, llevándome al otro lado. Y nada me protege de eso. Estoy sin mi madre y me siento solo en el espacio sideral, alejándome. Es como el ronroneo del tiempo, algo así, una risa en voz baja, un rumor macabro que avanza por delante. Y luego miras una plaza como esta con esas paredes sólidas y desnudas y sientes que el tiempo está aquí, como atrapado. Alguien ha podido detenerlo. Como el viento que se ha detenido y que encuentra su guarida. Pero cuando salgamos de aquí, el tiempo seguirá. Y no podemos quedarnos mucho más.

Las conversaciones se habían prolongado y su vida precaria en el apartamento prestado corría los riesgos de la rutina. Una mañana Aurora se dio cuenta de que había pasado la fecha de su regreso. Estaba decidida. Volvería a Lima tres días más tarde. Conocía bien la vida en Lima. No podía definirla pero sabía que era una adicta a esa pequeña vida llena de aventuras, con afectos seguros, con amigas y con rutinas de grisura, y con el clima suave y las caricias del mar tan cerca.

El señor Puma del estudio de abogados le había dicho que podría regresar a trabajar cualquier lunes de enero.

Se despidió de Luis un día de anuncios. Se anunciaba una huelga de taxis. El grupo Vox había hecho una alianza y en Barcelona habían aparecido nuevas manifestaciones de protestas de los independentistas. Por otro lado, crecía el descontento con el gobierno y se decía que la tenía muy difícil para que aprobaran los presupuestos entre los diputados del Congreso. Pero la gente del

gobierno seguía optimista. Aurora y Luis lo comentaron y luego él le dijo pero bueno vamos a hablar de lo que cuenta hoy, de veras que voy a echarte de menos, Aurora. El abrazo que le dio a su amigo fue largo y lleno de besos y caricias.

–Vamos, chica. Tienes que irte ya. Recuerda que ha empezado una huelga de taxis. Vamos ya.

–No te preocupes que cojo el vuelo directo de Barcelona a Lima.

Aurora lo observó entre las nubes de la nostalgia anticipada, supo que iba a retener ese rostro de ojos grandes en todo el cuerpo, y subió al coche. Los asientos ya se movían con el motor encendido. Mientras iba hacia el aeropuerto marcó el número de Nuria.

Pues qué milagro, Aurora. Dónde estás. Yo aquí en Barcelona, camino a Lima. Me lo he pasado muy bien pero es hora de volver. Pues yo muy bien aquí en Sevilla. Y qué te crees. Estoy con un chaval. O con un boyfriend. Es que es un inglés, de Londres. No importa. Igual le quiero. ¿Y tú? Bien. Bueno, pues hace días que quería contarte. Qué. Hablé con él. Hablé con mi padre. Joder, qué fuerte. Pasamos un día juntos en Madrid, a lo mejor vuelvo a verlo algún día. Pero ya está. Ya me contó algo. Ya me di cuenta de que existe y puedo adivinar cómo es. Y es el hombre del que mi madre se enamoró y en parte siguió enamorada, no sé. Aunque estoy confundida todavía, por lo menos lo he visto y él me ha visto a mí. Pasamos un día, te digo. Todo un día hablando. Y luego me vine a Barcelona con un tipo que conocí en un metro, y aquí he estado. Joder, tú no paras, chica. No. Es un amigo, es un hombre maravilloso. Y ahora mismo, hoy mismo, me regreso. Pero tendremos que vernos. Algún día. Claro que sí. Vaya que has tenido suerte. Encontraste a tu papá.

VI

Quiero un asiento junto a la ventana, dijo.

Mientras pasaba por un lugar dedicado a los fumadores, vio a un hombre con una cajetilla de cigarrillos. «Fumar mata», decía un aviso blanco en la cajetilla. Recordó la frase que había visto en las cajetillas peruanas: «Fumar puede ser dañino para la salud».

Se sentó junto a una familia que tenía el aspecto de estar a punto de volver a ver a sus familiares tras varios años. El niño chillaba en un español castizo y las respuestas venían en un castellano con acento quechua. La madre le dio algo y el niño de pronto se quedó dormido, para beneficio de todos.

El avión tomó una velocidad suicida, pareció despegar justo antes de sufrir un colapso y en ese trance superó el primer complejo de nubes. Pronto se estabilizó en un cielo azul y blanco. El avión se había paralizado en el aire, refugiado en la zona que había conquistado. La mayor parte de los pasajeros había cubierto las ventanas pues era un vuelo que iba en pos de la luz.

Aurora pasó las primeras horas leyendo una novela española reciente. Por fin, después de comer, se quedó dormida.

Se despertó mientras el avión tocaba la pista del aeropuerto.

No pasó mucho tiempo en la aduana y en la cinta de maletas. Al llegar a la casa, encontró una nota de su tía. Le daba la bienvenida y le decía que pasaría por allí al día siguiente. Fue al cuarto donde estaban los bonsáis y les dijo algunas palabras. Gracias por esperarme. Los veo a todos muy bien. Voy a hablar con mi tía para agradecerle también.

Luego se echó en la cama de su madre y empezó a cantarse una canción. La voz llegaba a todos los rincones. Entonces la vio, sentada cerca, con las manos en cruz, mirándola descansar, lista para traerle un vaso de agua o lo que quisiera, preguntándole qué le había parecido todo, qué pensaba de Ignacio, qué te ha parecido. ¿No quieres un vasito de agua, de veras, hijita? No quiero nada, no te

preocupes. Ya me ves. Aquí estoy, echada en esa cama, donde dormías, te estoy hablando pero ninguna de las dos es la misma que antes. Ya estamos a mano, pero en realidad nunca estaremos a mano. No te perdono tus secretos y desde ahora me voy a vengar de ti contándotelo todo. Pero te entiendo y no sé qué habría hecho si hubiera sido tú, si lo hubiera ocultado a los hijos de ese modo, no sé si habría hecho otra cosa, y te sigo queriendo, y extrañando, y mucho, la verdad.

Luego sacó la foto de su padre Leonardo y le dio un beso. Su madre desapareció de la silla con una sonrisa y ella guardó la foto.

Se dio cuenta de que estaba allí, en toda la inmensidad de esa casa, después de haber visto a Ignacio, después de haber hablado con él y de estar asimilando su voz y sus confesiones. Esa voz resonaba ahora por primera vez en ella, como había resonado en la conciencia de su madre y de Leonardo. Estaba allí, en el aire helado y silencioso del cuarto.

Fue entonces que recordó, con más fuerza que antes, que esa casa era un refugio, el escenario de las guaridas en las que sus padres se habían emboscado a lo largo de su convivencia, cuando los periodos de turbulencia del pasado los asaltaban. Lo había pensado tantas veces y aun así, las sensaciones de los otros seguían flotando adheridas al polvo que flotaba en el inicio de ese verano.

Se puso de pie, fue al comedor y se sentó. Luego fue a la cocina. Imaginó algunas mañanas de sus padres solos en esa cocina, cuando a ella y a Tito los habían recogido temprano para el colegio, antes de que sus padres salieran al trabajo, todo se había incorporado a la rutina desde siempre pero quizá hubo una mañana solos en la casa, una mañana en la que las miradas se cruzaban para pensar en las palabras que podrían decirse, porque tú sabes que no puedo olvidar que Aurora no es mía, y la quiero y la adoro pero ella es de otro hombre y no puedo dejar de pensar en eso, perdóname, y cuando su madre soportaba esas frases, o a lo mejor no las soportaba, a lo mejor no tuvo que escucharlas nunca, pero siempre imaginó que su marido Leonardo las pensaba, las decía con una luz rápida y tensa en algún lugar de su piel. Se imaginó los ratos a solas con su padre, él mirando hacia la ventana y ella tomando un café en la cocina, mientras Fanny revoloteaba por allí, la perrita chusca que había acompañado su infancia. Pero prefería recordar a su padre solo con ella. Lo vio a su lado, cogido de su mano, entrando al cine a ver una película sobre un perro llamado Beethoven y pensando en algunas de las escenas que le recordaban su propia historia con Fanny.

Recordó el día en el que ella y su padre se sentaron a comer un helado y se miraron frente a frente, sin hablar, algo raro en los dos, que siempre se hablaban. Se imaginó a su padre reconociendo en sus facciones las de otro hombre, hurgando los trazos bárbaros en el rostro de su hija, con el terror de no poder mirarse en el espejo que se había inventado para reconocerse. Claro que Leonardo sabía que Tito era su hijo pero también sabía que Tito era un poco tonto y en realidad, ella siempre había sido su preferida, aunque no fuera su hija. Aun así.

Sí, claro. Su padre había aceptado la situación, había aceptado a su madre, la había aceptado a ella. Había sido inspirado por la nobleza del amor. Se había enamorado de su madre. Había aceptado y había amado a la hija de otro hombre porque era también la hija de Dora, la mujer que amaba. Se lo había dicho poco después de conocerlo, le había insistido, había alzado los brazos. La voy a adorar como si fuera mía. Porque es mía.

Sí. Leonardo había hecho gala de la nobleza del amor. Quizá era un gesto de generosidad narcisa, quizá era solo un prolongado arrebatado de humildad o de arrogancia o de pura bondad. Era un acto de amor antes que nada. Pero el amor nunca es solamente la nobleza, el cariño y la comprensión, eso ya lo sabía ella y lo sabían sus padres. En el gesto de Leonardo, también habían aparecido las señas de la mezquindad, el egoísmo, la venganza, el deseo de violencia que acompaña el amor. Quizá Leonardo en algún momento se había arrepentido de casarse, de estar con la mujer que le había dado la hija de otro hombre, quizá en un arranque de autocompasión las había odiado a su madre y a ella aun cuando Aurora sabía que las había amado más que a nadie. Recordó las palabras del chofer que la había llevado ese primer día del aeropuerto de Barajas al hotel. La historia de los padres no se termina de contar. Era un modo de decirlo, claro. Los padres siguen pululando por aquí, por todos lados. No terminaremos de preguntarnos qué fue lo que estaban pensando en el primer momento en que vieron a sus hijos aparecer, qué impulso de amor o de miedo o de algo indefinible los atacó en ese instante, quiénes habían sido antes y después de ser nuestros padres, quién era esa mujer que había nacido en el Valle Sagrado en el Cusco, que había estudiado y hecho una carrera como secretaria ejecutiva y había conocido al señor Ignacio Peña que venía de muy lejos y que se había ido, pero que no volvería a alejarse nunca. Claro que era razonable pensar que si Ignacio nunca la había olvidado, ella tampoco había dejado de pensar en él. ¿No se había arrepentido de no irse cuando se lo propuso? ¿Estaba satisfecha con su

determinación de haberse quedado? Los hijos querían creerlo todo sobre la bondad y la nobleza de sus padres pero también con el tiempo, intimaban con las trivialidades que acaso los habían guiado. A lo mejor las pequeñas tretas de su madre para atrapar al señor Peña. A lo mejor las borracheras de Leonardo en la que alguna vez había acusado a su madre de algo, para luego pedirle perdón.

Dora y Leonardo se habían muerto en el umbral de la vejez, a los sesenta años, una edad llena de misterio. La última vejez en cambio no tiene misterios. La vejez es un despilfarro de dolores, enfermedades, pérdidas del equilibrio. El viejo está desnudo frente al mundo. No puede seguir ocultando nada. Se le escapan las frases y las ideas más secretas de la mente, así como se le escapan los líquidos del cuerpo. Es la etapa de una infantilización primaria. Pero antes de entrar en ese umbral, sus padres se habían ido enteros, con toda la pureza de sus enigmas. Sí, era cierto. Ella tendría que ir contando una vez y otra todas las historias. Algún día ella también iba a tener a sus hijos y a lo mejor les iba a contar y les iba a ocultar todos sus secretos. Los padres son los portadores del pasado. Pero al elegir la zona del pasado en la que quieren aparecer, se esconden de ellos mismos y creen que también de los hijos.

Su padre Leonardo sabía que en esas mañanas de silencio, cuando el día transcurre en medio de los ruidos domésticos, el sonido del tráfico en la ventana, el ritmo de la bomba de agua en el patio, el desquiciado zumbido de refrigeración de la nevera, el de alguna radio que alguien dejó prendida en casa del vecino, en esas horas insustanciales y solitarias, su madre se había preguntado dónde estaría Ignacio y lo habría imaginado también pensando en ella, adivinando el cuerpo de Ignacio en el otro que tenía allí, Ignacio pensando en cómo se vería esa hija hoy y en si alguna vez Dora iba a volver a escribirle. Recordó las palabras de Dora («tu padre está vivo», «vive en Madrid») y se dio cuenta de que Ignacio podía haberle mentido sobre la última vez que había sabido de ella.

Dora imaginó que Ignacio alguna vez se detenía en una esquina porque pensaba ver pasar a una muchacha alta, de piel color de cobre, dando la vuelta del otro lado. Sabía que había llegado a conocer su nombre, pero quizá le había mentido al decirle que su madre nunca le había mandado una foto suya de niña, y se lo imaginó repitiendo las tres sílabas, los arcos que mostraban las «eres» de su nombre, los saltos que daba la lengua entre las vocales abiertas, para dejar una voz inscrita en el rostro de ella. A lo mejor la idea de esa hija había estado con él cuando tuvo a sus propios hijos, cuando empezaron las dificultades con su

esposa, cuando se sintió otra vez solo. Sí, seguramente la había esperado en Madrid sin darse cuenta.

Se supone que los padres ocultan sus secretos a los hijos para que no se enteren del mal, pensó. Pero no es así. No los ocultan por precaución o por educación o por conveniencia. Los ocultan por vergüenza. En algún momento de su infancia, tal como había ocurrido con Luis, los hijos viven bajo la autoridad y el miedo y el cariño de los padres pero con el tiempo los padres van revelando un terror más hondo y pavoroso hacia los hijos. Los juicios de los hijos son más definitivos y severos que los de los padres que van perdiendo su autoridad y su poder. Ella había podido juzgar a su madre, y a Leonardo y quizá a Ignacio, y su juicio era definitivo porque ellos ya no estaban.

Su tía Avelina entró al cuarto.

—¿Cómo te fue en España, hijita? Cuéntame todo.

—España es un país maravilloso, tía. Algún día vamos a ir.

—Ay, yo con mis achaques. Ni pienses que puedo con viajes largos, Aurorita.

Aurora sacó el teléfono y escuchó la voz de Vicky.

—Ya estoy aquí.

—Voy a tu casa ahora mismo.

—Tengo que contarte varias cosas. Ya las sabes, pero te las voy a contar de nuevo.

—Ahorita voy.

El primer lunes después de su retorno, Aurora volvió a la oficina donde todos comentaban las escaramuzas judiciales luego de las barbaridades que había cometido el fiscal de la nación. Por otro lado el expresidente Fujimori tendría que volver a prisión y seguían las renunciadas en su bancada, lo que era una señal del fin de una época. Era como si todas las historias guardadas de un país acabaran de revelarse. Había la sensación generalizada de que podían empezar tiempos nuevos. En poco tiempo se firmaría el acuerdo con la empresa corruptos ejemplares llamada Odebrecht y algunas verdades se conocerían sobre los políticos peruanos. Así, pues, los secretos de una sociedad terminan por saberse, pensó. O a lo mejor no. Algunas historias iban a desaparecer para siempre, pero al final casi todo se sabía. La verdad aparece después de un tiempo, cuando su

guarida le ha quedado demasiado pequeña. Es un monstruo que crece demasiado, pensó. Es larga y ancha, y deforme, y tiene demasiados pelos. Es difícil ocultarla mucho tiempo.

Ese lunes, después del almuerzo, acababa de sentarse en su escritorio cuando vio que las luces se prendían en su teléfono. Era un número con el 34 por delante. Venía de España.

Por un instante pensó en contestar. Pero de pronto el timbre se detuvo. El aparato estaba descansando sobre la mesa. Suspiró de alivio. Habían cortado del otro lado. De pronto se arrepintió de no haber contestado. Marcó otro número.

–Vaya, maja –dijo la voz de Luis–. Ya te estaba echando de menos.

Unos días después llegó un paquete con los colores amarillos y rojos de DHL a la casa de Aurora. Ella lo abrió y encontró un sobre. Dentro había otro sobre y allí, unos fajos de billetes de euros.

Algún día, si tengo hijos, serán para sus estudios, dijo, mientras ponía el sobre en un cajón. Ya lo guardo luego en un sitio más seguro.

El trabajo en la oficina se iba a ir complicando en las siguientes semanas, lo que le parecía bien. Necesitaba todas las horas de concentración que pudiera para darle empleo a su ansiedad. Los fines de semana trataba de liberarse. Algunos sábados ella y Vicky fueron a bañarse a las playas de Miraflores, entre el rumor de las piedras y en otras ocasiones llegaron a Santa María. Entraron al mar y caminaron juntas por la orilla mientras ella le contaba más acerca de Paco, Nuria y Luis, y del señor Ignacio.

Desde el viaje a España sentía menos frío al entrar al mar. Se tiraba sobre las olas, poco después de tocar el agua.

Había que ir preparando las declaraciones de los clientes para el mes de marzo. Su jefe, el señor Puma, la trataba con todo cuidado. Ella era la única que conocía los detalles de cada norma tributaria nueva.

Una mañana llamó a Tito a Estados Unidos. Recordaron juntos a sus padres. Yo me fui a España para despejarme un poco. Habían sido muchos meses aquí con mamá, y estaba muy cansada. Y me fue muy bien, le informó Aurora.

Tito estaba trabajando en la misma empresa durante muchos años. Acababan de ascenderlo y le iba estupendamente, le confesó. Estaba enamorado de una chica rubia y pecosa que se llamaba Amy. Y es muy parecida a Amy Adams, la actriz. Casi igual. Ya la conocerás, hermanita. Ya la conocerás.

Aurora se sintió bien cuando colgó el teléfono.

Su tía Avelina se había mudado a vivir con ella, con el pretexto de que Aurora entraba a trabajar muy temprano y que, por eso mismo, hijita, necesitaba que alguien le preparara un buen desayuno con avena y pan integral todas las mañanas. Y tu cafecito bien negro, y el jugo de papaya, que es lo que te gusta, hijita.

Aurora se levantaba todos los días a las seis, salía a correr por el barrio, a veces llegaba hasta el malecón de Magdalena, se quedaba mirando el mar entre jadeos, y volvía a casa a tiempo para ducharse, tomar un café y lo que le dejaba la tía Avelina, y llegar al estudio antes de las nueve. Su tía se quedaba en casa, iba al mercado, la esperaba por las noches con un lonche de panes y queso fresco. Los sábados tomaban desayuno juntas y los domingos, ella veía a su tía partir a misa a la iglesia de Santa Beatriz. Es la santa que murió por recuperar y enterrar los cuerpos de sus hermanos, le informaba Avelina, y no hay nada más noble que eso.

Aurora se dio cuenta de que le convenía ese pacto de soledades, entre ambas, y que algún día iba a contarle todo. No lo había llegado a entender pero en su aparente sencillez, su tía Avelina era una de las personas que más necesitaba.

Una tarde que fue al centro de Lima para hacer una validación de un certificado de residencia, se encontró de pronto sola, frente al palacio de Torre Tagle. Se asombró otra vez de ese balcón de una fina red de madera que apenas dejaba pequeños agujeros, construido en la Lima colonial por el marqués de Torre Tagle. El propósito del balcón era que el marqués y sus descendientes pudieran mirar a todos en la calle sin que nadie los viera. Era el balcón de un observador secreto que pensaba que su posición le daba el poder sobre las vidas ajenas pero que no revelar la suya lo mantenía como quien era. Saber lo de los otros sin que nadie supiera lo suyo, eso era lo que había querido. Aurora estaba ahora mirando su observatorio y se imaginó al marqués desde allí abajo y también se vio a sí misma desde ese balcón, mirándose. Se asomó al zaguán de la casa y vio la carroza en el patio, el piso de piedras, las escaleras altas.

De pronto había alguien a su lado.

Era el señor Carlos Condori.

—¿Te acuerdas de mí? Estuvimos juntos en Madrid. En la embajada.

Aurora sonrió. El hombre lucía muy elegante, con el pelo recortado, los ojos cristalinos y el mentón duro y definido.

—Claro. Qué gusto de verte.

–Lo mismo digo.

–¿Estás viviendo aquí ahora?

–Sí. Como te dije, ya me tocaba regresar. Estoy aquí por unos años ahora. ¿Y qué tal?

–Bien. Viviendo en la casa de mi madre, como siempre. Hay algunos lugares que es difícil dejar. ¿Y tú?

–Ya estoy instalado en un apartamento en Jesús María.

–Pues muy bien. No te queda lejos.

Carlos se quedó mirándola.

–Y ese asunto de encontrar a tu padre, ¿cómo te fue?

–Lo encontré, me parece.

–¿Y?

Aurora alzó las manos.

–Una larga historia.

Carlos le sonrió.

–A lo mejor puedo llamarte –le dijo–. Para que me cuentes.

–Claro.

Se quedó mirándolo.

Al día siguiente recibió un mensaje de Nuria. Estoy hecha toda una guía de turismo, chica. Y mira que me voy a Perú la semana entrante. Voy con un grupo. Tengo que verte. Dime cuándo, dónde y cómo.

Aurora apretó las teclas.

Nuria llamó a Aurora una mañana, apenas entró al hotel de Miraflores, y Aurora fue a buscarla la primera noche. En el lobby del hotel se dieron besos entre exclamaciones y preguntas sobre el viaje. Estaremos muy poco porque nos vamos a Arequipa y Cusco, solo tres días en Lima, le dijo. Mira, que está muy bien pero que muy bien toda esta vista del mar que tenéis aquí, es algo que me parece una maravilla, y no sabes el pescado, corvina creo que se llama, ese pescado que hemos comido hoy. Estamos felices. Pues entonces ahora vamos a dar una vuelta por Barranco para que veas el Puente de los Suspiros, y luego nos vamos a comer anticuchos. Qué es eso. El alimento más importante. El corazón de la vaca, le dijo Aurora. ¿Corazón de vaca? Eso sí que me da repelús, como decía mi madre. Pero los acompañamos con picarones y miel, ya vas a ver. Vale. Si tú lo dices.

Aurora fue a buscarla las tres noches que Nuria estuvo en Lima. Se despidieron la víspera del viaje a Arequipa. Sí, ya volvería por Madrid. Claro que sí.

Nuria le dijo que sabía que el señor Ignacio Peña era un candidato firme a las elecciones de mayo. Se mencionaba su nombre. Muy bien. Esperemos que salga. No lo conozco mucho pero esperemos.

Una noche Aurora se sentó con su tía a ver los noticieros. Las divisiones entre el fujimorismo continuaban. Menos de dos años antes la lideresa Keiko Fujimori había estado a punto de ganar las elecciones y en ese momento estaba presa y su partido se disolvía en un mar de acusaciones de corrupción. Era sorpresivo y daba algunas esperanzas. Se había hecho justicia con ellos hasta cierto punto. Durante sus años en el poder, los fujimoristas habían comprado jueces y fiscales pero en ese momento se enfrentaban a algunos nuevos que estaban dispuestos a meterlos en prisión, lo que son las cosas. La política como un negocio se les había terminado. Poco a poco la verdad aparecía, hasta donde podía saberse y así seguíamos.

El noticiero se interrumpió para dar paso a los comerciales de tallarines y jabones. Se sintió de pronto extremadamente sola. Pensó en Carlos Condori. Esperaba que la llamara, como le había prometido. Pero pensó también que debía volver a España, debía volver a hablar con Ignacio, debía verlo una vez más. Debía preguntarle por cada día de la vida de él con Dora y por cada día de la vida sin ella y en cómo se había convertido en el hombre que era. Se preguntó si saldría elegido, si encontraría a otra mujer después de su divorcio, si se iba a reconciliar con sus hijos. Se lo imaginó dentro de unos años, jubilado, fumando una pipa una tarde cualquiera, jugando al dominó o a las cartas en alguna casa de un amigo soltero como él, oye, tú, que he ganado, hablando de la política española y europea mientras alguna imagen de Dora y ella sentadas en la plaza del Cusco se infiltraba otra vez en el aire a su alrededor. Se preocupó por el futuro de ese extraño, como si siempre lo hubiera querido. Ya podría ir a verlo dentro de un tiempo o saber de él. No iba a ser una mala hija aunque no fuera su hija, aunque él no hubiera sido realmente su padre. Se dio cuenta de que su sentido del deber y del honor, que había recibido como el centro de su educación familiar, se debían en realidad a una devastadora necesidad de amar y de ser amada. Nadie lo sabía, ni siquiera Vicky.

Mientras el noticiero regresaba y mientras iba dando nuevos datos sobre algunos partidos de fútbol del campeonato que empezaba, y sobre programas de

espectáculos, su tía Avelina le comentaba algo sobre una telenovela que comenzaba el lunes siguiente. Una historia muy bonita, le dijo, llena de intriga y de amores y cuanto hay. Ay, pero al final todas las historias son historias de amor. Es la misma cosa de siempre.

Aurora se fue a su cuarto. Se echó. Cerró los ojos. Una vaga música llegaba desde algún lado. No era de la casa del vecino sino de algún otro punto de los alrededores, era como una balada en un idioma que no entendía.

De pronto todo estaba claro. Una nueva convicción había aparecido en ella la mañana en la que Ignacio se había sentado a conversar entre los árboles. Sí, parecía obvio en ese momento. Él le había contado la historia, o parte de ella. Le había hablado de la parte de la que una puede enterarse a lo largo de un solo día. Su madre no había querido irse a España. Él no había querido quedarse aquí. Ella había nacido en esa brecha de recelo y de dudas que se había formado entre ambos. Esa brecha se había convertido en un abismo. Él nunca había podido conocerla. Eso era lo que ella no podía perdonarle a esa historia. Eso era lo inaceptable. Movi6 la cabeza de un lado a otro. Era verdad. Con el tiempo Ignacio había renunciado, casi se había olvidado de ella. Ahora ese vacío se había ido poblando de los sonidos de las voces de todos que pugnaban por aparecer y quedarse para acompañarla, las voces de Ignacio, de Dora, de Leonardo, de Luis, de Nuria, de Vicky, incluso de Paco. Pero había una verdad esencial en ese abismo que el tiempo había creado, una verdad original que en cierto modo la salvaba. Ella era la hija de ese prolongado deseo, por llamarlo de algún modo. Con el tiempo, solo después de separarse para siempre, Ignacio y su madre habían descubierto que en verdad siempre se habían amado. Lo que su madre le había pedido era que reestableciera ese lazo original, no el de la paternidad, sino el del amor entre ambos.

Salió a la sala. Necesitaba estar con alguien, escuchar las voces de la televisión aunque fueran tan ajenas. Se sentó al lado de su tía. Vieron algunas imágenes de asaltos y las declaraciones de un congresista.

El noticiero se terminó, su tía Avelina le dio las buenas noches y Aurora se quedó en la sala, con los ojos abiertos, pensando en que no iría a dormir durante varias horas. Solo iba a recordar, a tratar de verlos. Iba a verlos. La llenaba de una corriente en la sangre que algo tenía que ver con la felicidad y con la curiosidad y con la nostalgia de un paraíso que no entendía. Mirarlos. Escucharlos. Sentir los latidos de su respiración. Todo lo que había sabido no había servido para conocer del todo la historia pero sí para verlos mejor.

De pronto a su lado el teléfono sonó.

El ruido venía de la madrugada, a lo mejor después de una noche de insomnio en un edificio de Madrid, como el que estaba allí. El aparato rectangular parecía ganar más fuerza con cada timbre, había entrado en una rebeldía metódica contra ella.

Una, dos, tres llamadas.

Qué hago, madre. Me está llamando. Dime qué hago.

Se quedó mirando la foto. Apretó el botón.

¿Aurora?

Se quedó en silencio. Se llevó el teléfono a los labios.

Ignacio. Sí. Aquí estoy. Pues mira, solo quería saber de ti. Qué tal estás. Bueno, muy bien, trabajando otra vez. Y tú. Yo bien, en la campaña, vamos a ver qué tal me va. ¿Has visto a tus hijos? Sí, un poco mejor con ellos, la verdad. Un poco mejor, y eso me ayuda mucho. Gracias por el sobre. Recibí el sobre con el dinero, Ignacio. Lo he guardado. Si algún día tengo hijos, será para ellos. Algún día, a lo mejor, incluso los podrás conocer. Quién sabe.

Siguieron hablando. Ella caminó por el pasillo, entró, cerró la puerta. El dormitorio tenía una luz cruda y blanca. El reflejo inundaba toda la cama y caía sobre sus piernas. Bueno, ya está amaneciendo aquí. Creo que debo irme. Cuídate mucho. Estaremos en contacto. Este es mi teléfono, ya sabes.

Cuando colgó, Aurora se dio cuenta de que todos habían estado escuchando la conversación.

El verano se terminaba, y Carlos Condori la había llamado varias veces. Habían ido a cenar, al cine, a la casa de los padres de él. El padre de Carlos también había sido abogado y conocía a algunos de los antiguos profesores universitarios de Aurora.

Empezaba a sentir algo por Carlos, como si un cúmulo de emociones se hubiera desatado en ella, después del viaje. Era una sensación nueva. Carlos era distinto a todos los anteriores hombres. Tenía siempre muchas historias que contarle, había un brillo de comprensión y de tristeza y de serenidad en su rostro, y era uno de los pocos que sabía lo que había pasado. Algunas veces salieron con Vicky, que desde el inicio aprobó la relación.

Las semanas siguientes, Aurora siguió con todos los trámites del servicio a los clientes y cumplió con sus consultas para cada una de las empresas. Algunas

noches se quedaba hasta tarde en la oficina preparando los informes para cada cliente. Pedía un taxi desde su escritorio y bajaba a la calle desierta para subir donde algún chofer atento iba a llevarla. Siempre cerraba los ojos para evitar que el hombre de turno le hablara.

Al final del mes, el señor Puma la premió con una invitación al chifa Wa Lok de Miraflores. Toda la oficina estaba invitada, por supuesto, y el señor Puma tomó la palabra para agradecer su entrega al trabajo, señorita Parhuana.

Carlos Condori había ido a la casa varias veces y en algunas ocasiones había invitado a su tía a acompañarlos al cine o a comer. Avelina aceptaba con mucho gusto, yo feliz de la vida de estar con ustedes.

En alguna ocasión, Avelina le preguntaba por su vida con Carlos, y Aurora le contaba todo lo que le parecía conveniente. Un jueves le dijo que ese fin de semana saldría de viaje con él, a alguna playa en el sur, lo que hizo que la tía se quedara callada y murmurara «Muy bien». En otra ocasión le dijo: «Prefiero ser una alcahueta acompañada que una puritana solitaria». Aurora le dijo que su madre habría dicho lo mismo.

Una noche, sin pensarlo demasiado, Aurora se fue a dormir en la misma cama donde su madre había muerto, la cama donde su padre Leonardo había dormido con ella y acaso cuando era muy pequeña, con ellas dos. Se lo habían dicho, te llevábamos cuando tenías mucho miedo de la oscuridad, te traíamos a dormir con nosotros. Se quedó dormida y se despertó con una oscuridad y un silencio letales, que le hicieron abrigarse bajo las colchas.

Recordó una frase de Luis. Se la había dicho la noche en la que estaban en la plaza del Rey. Hay tantas sensaciones que se pueden compartir en las conversaciones con amigos pero las verdaderas siempre se quedan con uno, porque nunca se encuentran las palabras. Sí, claro que sí, excepto que una podía hablar consigo misma y encontrar en medio de las palabras algún silencio que pudiera expresar algo. Quizá.

El tiempo se había ido encargando de formar unos impulsos en busca de esos silencios, como el que caía sobre ella en ese instante, una nube blanca de cenizas.

Ese silencio tomaba la forma gradual y segura de Leonardo. Su padre Leonardo. Su papi Leonardo. El hombre que la había querido por encima de todo. El que la había elegido sin conocerla. El que la había querido más que

nadie porque la había elegido por sobre su verdadero hijo. El que había hecho un acto rabioso de fe en su futuro con ella. Aurora lo había perdido al verlo morir y en cierto modo había vuelto a perderlo cuando su madre le dijo la verdad. Pero en ese instante, lo estaba recuperando. La sombra luminosa de Leonardo, sus manos grandes y sus ojos atentos y tiernos y el llamado firme de las mañanas cuando le avisaba la hora antes del colegio, Aurora, ya baja, que casi son las siete, vamos a llegar tarde, hijita, y todo lo que la había acompañado desde esa sombra que revoloteaba, todo eso de su papi Leonardo se había ido recuperando por encima de las evidencias del presente. Su voz iba cobrando una fuerza física, como si un ser nuevo hubiera ido poblando su sangre. No, no podía compartir esa sensación con nadie pero sintió que Leonardo era la persona que respiraba junto a ella, desde siempre, y que nunca iba a poder enfrentarlo de veras, nunca iba a poder decirle cuánto lo quería y lo necesitaba, pero que la consolaba comprobar que él ya lo sabía. Se dio cuenta de que en esa composición extraña que era la cara de un hombre, lo que más recordaba eran las arrugas que se habían ido formando. Eran arrugas largas y profundas en la frente y algunas en las mejillas. Las palabras que habían estado siempre calladas iban apareciendo ahora en las brechas que dejaban esas arrugas, escritas en la piel interrumpida de su recuerdo, solo que nadie las había dicho o las estaba diciendo, no tenían sonidos ni sílabas ni se reconocían en las dimensiones de cualquier lenguaje. Eran seres inciertos, que flotaban en su rostro, entre las grietas, porque nunca se habían expresado.

Sí, sí. Sus arrugas en la frente y en las mejillas, las líneas que se habían ido extendiendo con los años, y se profundizaban cuando él le sonreía, cuando le hablaba, cuando le hacía cariño en la cabeza. Sí, esas arrugas eran él: un repliegue paulatino de su piel, los secretos acrecentados de su alma, la muestra de todas las heridas y las necesidades de su rostro, el cortejo y el comentario a su mirada de luces firmes. Solo Leonardo había reconocido la barbarie de los lazos tan delicados y firmes que unían a todos los personajes de esa historia. Sí, él también había adivinado cómo sería la vida de Ignacio así como Ignacio quizá se había preguntado sobre él. Pero solo Leonardo podía medir la devastación de esa felicidad que los unía, desde el fondo de esa vida de amor. Su madre había sido la actriz principal de las acciones que había escenificado el tiempo, pero Leonardo era el observador privilegiado. Era un hombre tan estricto en sus horarios, siempre a tiempo para su trabajo como gerente en la sucursal de un banco cerca, siempre tan bien vestido con su corbata roja, siempre llegando a la

casa directamente después de la oficina. Pero en las noches y en los fines de semana se quedaba casi siempre en la casa. Era un hombre de familia, de estar con ellos, leyendo, frente a la televisión, jugando al ludo o pidiendo que ella le enseñara lo que era eso del Facebook. Había sofocado la barbarie con su gentileza. Pero eso era antes. Ahora ya lo sabía, ya estaba enterado, ya la había visto, la había seguido durante todo el viaje, le había sonreído, le había hablado, la escuchaba pensar en él. Era Leonardo y siempre, y algún día se lo diría a su madre, a Ignacio Peña e incluso a Carlos. Todo en la casa estaba allí faltando él, todo lo que ella había hecho había sido por él. Había ido a España, había encontrado a Ignacio, había regresado por él. Se dio cuenta de que esa convicción tan tierna hacia alguien solo podía ir creciendo desde entonces. Tendría muchos años para repetírselo. Todas las historias tienen sus héroes discretos y llenos de enigmas y Leonardo era el suyo. Los relatos están siempre llenos de criminales y de héroes y casi nunca se sabe quién es quién, casi siempre todos son criminales y héroes al mismo tiempo, pero por esta única vez, y desde entonces para siempre, ella sabe que si a alguien le debía la vida es a su padre Leonardo.

Solo entonces, como si su mente hubiera evitado proponérselo antes, imaginó lo que habría sido ese instante de la confesión de Dora, cuando Leonardo le propuso casarse con ella (¿o fue antes?). Se imaginó a los dos sentados en la plaza del Cusco o en el café Ayllu o en la casa de ella en San Jerónimo. Su madre rendida de amor y de gratitud y de un deseo de futuro, y de una felicidad, no sabía cómo decirlo, frente a Leonardo. Sí, pero tengo que contarte algo. Estoy embarazada, Leonardo. Tengo que decirte la verdad. Estuve con un ingeniero español que vino aquí y se fue hace unos meses. Tengo a su hijo conmigo y algunos recuerdos y no tengo nada más que eso, pero es mucho, es bastante.

Imaginó la cara húmeda de su madre diciendo eso, sin escuchar sus propias palabras, dejándolas salir para que fueran también de Leonardo, para que volvieran a ser de los dos, para poner a prueba lo que Leonardo le acababa de decir. ¿Había sido así? Y la cara al escucharla, al asimilar la piel que él había tocado y que en ese momento sentía que le pertenecía también a la sangre que galopaba por el vientre de ella, como una rueda que el tiempo iba hilando. Imaginó el silencio, la pausa de labios duros, los ojos fijos de la duda, pero luego un escalofrío cálido que atravesaba las manos, le llenaba el pecho. Aurora se dio cuenta de la corriente de fe, del deseo de superar los obstáculos con los que el

destino lo confrontaba. Fue allí o después, en algún instante antes de la boda, cuando Leonardo lo supo, cuando Dora le vio la cara y en ese instante, la vida de Aurora había empezado. Era bueno saberlo, ahora que lo veía, como si estuviera ocurriendo otra vez delante de ella. Imaginó que escribiría al señor Ignacio Peña y que le contaría cómo había sido esa conversación entre Dora y Leonardo, entre Dora, Leonardo y ella, donde Ignacio no había estado presente, aunque allí estaba.

Y lo estaba, lo estaría siempre como tendría ocasión de saberlo unos días después, una tarde en la que ella y Avelina se habían quedado viendo televisión más de la cuenta.

Habían asistido al estruendoso final de una telenovela, y estaban como en un estado de ebriedad, de ver tantas lágrimas y gritos y nuevas lágrimas. Era un lunes, y con la llegada del frío reforzado por la humedad, Aurora había sentido los inicios de una gripe de estación. El dolor de cabeza, la falta de voz y la sensación de abandono en todo el cuerpo eran síntomas con los que se había familiarizado y a veces les daba la bienvenida. Ese día había faltado a la oficina y el señor Puma le había dicho que era mejor que se cuidara.

Sí, pues. Tendría que cuidarse ese día de blancuras nebulosas para poder ir a trabajar a la mañana siguiente. Acabada la telenovela, su tía Avelina le trajo una taza de té con limón y se sentó a su lado con el tejido. Les estaba tejiendo ropa a los niños de la parroquia de Santa Beatriz y les ponía nombres a quienes irían a recibir sus prendas. Esto para Pedro. Este para Luz María. Dios los bendiga donde quiera que estén.

En ese instante, frente a la televisión, su tía le dijo que estaba conmovida por la historia de esa mujer abandonada que sale adelante por sus propios medios en algún lugar de la selva.

Aurora le dijo vamos a ver otra cosa, cogió el control y regresó, como lo había hecho varias veces al canal de Televisión Española. Una mujer de aspecto agraciado, llamada Ana Blanco, estaba diciendo algo relacionado con las próximas elecciones autonómicas en España. Se informaba primero del adelanto de elecciones previsto por el gobierno y de las posibles alianzas. Luego pasaron a un bloque de las elecciones de mayo. Unos rostros aparecían, hieráticos, mirando a las cámaras, con sus datos y porcentajes debajo. Algunos de ellos parecían preguntarle a la gente y preguntarse a sí mismos qué debían hacer.

Otros no parecían tener la menor duda.

Ana Blanco seguía en la pantalla repitiendo nombres, mostrando fotos, mapas electorales con los logos de los partidos, y los nombres. Las elecciones serían en unas semanas, después de las otras elecciones generales del 28 de abril, que probablemente ganarían los socialistas. Todo iba muy rápido.

Hasta que de pronto algo ocurrió. Era su rostro.

El señor Ignacio Peña, ingeniero, con su pelo blanco, sus ojos amplios, su mentón definido estaba allí, en la pantalla.

Era como si hubiera llegado desde el otro lado para mirarlas de frente, en la sala de su casa en Lima, como si pudiera ocupar también uno de los sillones vacíos.

Aurora oyó un sonido, como si algo en el cuerpo de su tía hubiera cambiado de lugar. Cogió el control y congeló la imagen del señor Peña. Por un momento estaban los tres allí: ella, su tía Avelina y él.

Aurora volteó hacia Avelina. Estaba paralizada. Estaba mirando el nombre y el rostro. No podía sacar los ojos de encima. Sí, lo había reconocido. Se había dado cuenta. De pronto, toda la historia de su madre aparecía como una revelación.

Estaban en la misma habitación donde tantas veces se habían sentado con ella. El sillón de su madre seguía vacío, pero Dora acababa de llegar otra vez, y se sentaba allí, también con su tejido, acompañando a su hermana y a su hija, los ojos absortos, sin mirarlas, sabiendo que era inútil ocultarlo todo. Ahora sí estaban completos, por fin, en esa escena en la que su padre Leonardo también lograba pasar la puerta y se quedaba de pie en una esquina, mirándolo todo, mirándolas a ellas, sonriendo, con las manos dobladas delante, como siempre, quedándose en silencio. Su tía Avelina había bajado la cabeza, luego miró la pantalla, con el rostro contraído, y se quedó allí.

Claro. Aurora nunca había pensado en hacerle la pregunta acerca de todo aquello. Nunca había imaginado que estaba al tanto de todo. ¡Pero cómo no se había podido dar cuenta! Solo entonces comprendió que a lo largo de su vida, su tía Avelina había acumulado los secretos de Dora y de Leonardo y de ella y de Tito y de Ignacio Peña. Las familias construyen una historia hecha de solidaridad, afecto y compromiso. Claro, hay tantas consignas aquí y allá, en todas partes. Las madres hacen todo por las hijas. Las hermanas se adoran. Las familias son, en principio, historias de amor. Pero un artesano taimado y experto diseña algunas historias paralelas. No son solo historias de amor y de solidaridad

sino también delicadas historias de terror que van haciendo sus propias revelaciones naturales y violentas. Las tías solteras son las cronistas secretas, las secretarias marginales y lúcidas de la vida de las familias. Con frecuencia ellas las conocen mejor que nadie porque terminan dependiendo de esas historias ajenas para tener alguna propia. Aurora había pensado que estaba protegiendo a su tía Avelina de su secreto pero en realidad se estaba protegiendo a sí misma de ella. De pronto se dio cuenta de que ese era el día en el que se cumplían los cinco meses de la muerte de Dora, y le habló en voz baja, mira que ahora me doy cuenta de que durante años se lo contaste a tu hermana, y solo ahora sé que ella también conoció a Ignacio y lo mío lo supo todo desde siempre. Mira, Dora. Lo único que voy a hacer ahora es desearte algo así como un feliz aniversario de estar junto a Leonardo, y te reitero que todo está bien de este lado.

Algo nuevo en las facciones de Avelina, una sorpresa lenta y minuciosa, un asombro retardado que abría infinitos caminos, se iba extendiendo en esa sala de la televisión, mientras Aurora movía el control otra vez y la mujer llamada Ana Blanco seguía dando informaciones políticas y un grupo de jóvenes elocuentes y rápidos empezaban a comentar las elecciones venideras.

Solo en ese instante, se imaginó todos los recuerdos que habían ido compareciendo en sus silencios y excusas. Avelina estaba diciendo algo que no entendía pero el hilo de voz de su tía le reveló lo que debía haberle parecido como un hecho natural desde el comienzo. Avelina, hermana mayor y tía privilegiada. Soltera eterna y religiosa devota. Seguramente, Avelina le había pedido llevarse el secreto a la tumba pero su madre había optado por su hija, por decirle la verdad a su hija. En el umbral de brumas de la muerte había debatido consigo misma y había decidido finalmente irse tranquila al otro lado con la convicción generosa de haberle contado la verdad. Su tía Avelina había desaprobado esa decisión pues la verdad puede ser el monstruo más feroz de todos y los niños nunca están preparados para conocerla, cualquiera sea su edad. Recordó que Ignacio le había dicho que mandaba sus cartas a una dirección que no era la de la casa de Dora. De pronto aparecieron las frases que su tía le había dicho cuando le anunció su viaje. En España hace mucho frío en esta época, cómo vas a ir. Claro que sí. A lo mejor encuentras a un hombre y te quedas por allá. Yo ya no estoy para esos viajes tan largos con mis achaques, hijita. Algo así le había dicho unas semanas y unos días antes, con la voz oscura y distraída de entonces. Había adivinado desde el primer instante por qué ella había ido a España y adivinaba que lo había encontrado y no le había hecho ninguna

pregunta cuando había llegado ese sobre con el dinero.

Aurora se quedó observándola, tratando de reconocerla. Querida tía Avelina. Por favor, Avelina. Tía Avelina. Sintió la necesidad de ponerse de pie frente a ella y exigirle que le contara todo lo que sabía. La verdad sobre Dora era un botín de las emociones que solo podían compartir una hermana y una hija.

–Tía. Creo que tenemos que hablar –dijo.

Avelina la miró. En ese momento, sus ojos eran brillantes y fijos, y la tez se había alisado. Era un rostro con sus facciones pero distinto al que hasta entonces había conocido. La estaba viendo por primera vez. Una luz extraña que venía de un fondo desconocido irradiaba la piel, deformando las líneas de las mejillas, alterando la frente, afilando su boca callada. Algunas hebras de pelo se le habían desprendido. Aurora se dio cuenta entonces cuánto se parecía a su hermana Dora y sintió un estremecimiento al verse clavada en el asiento por esa mirada. Pero como hermana mayor, como la hija que había seguido a sus padres en la devoción de los secretos y la seguridad, había cumplido con su rol en el designio de la decencia.

–Mejor no digamos nada –le dijo Avelina–. Vamos a dejarlo así nomás.

Aurora se sentó a su lado. Avelina la miraba con los ojos húmedos. Eran los mismos ojos con los que su madre la había mirado el último día. Nunca desde entonces nadie la había mirado de ese modo.

–Tía Avelina.

–¿Qué, hija? ¿Pasa algo?

–Nada, nada, tía. No pasa nada pero mejor vamos a hablar. –Hizo una pausa y agregó–: Creo que esta historia recién comienza.

En el silencio que siguió, Aurora trató de mantenerse quieta, esperando que algo se moviera en el rostro de Avelina, pensando que el tiempo avanzaría si ella alteraba sus facciones. Un auto rugió en la pista junto a la ventana y de pronto se hizo una pausa, como si el mundo de afuera estuviera esperando algo. El silencio que había sobrevenido no era la ausencia de ruido sino una conciencia de la repentina soledad de ambas, tan cerca una de la otra. Fue entonces cuando Aurora sintió las primeras frases de su tía. Algunas de ellas iban a hacer su curso hacia el futuro. En realidad, nunca perdió la esperanza. Pero creo que ella quiso a Leonardo más que a nadie. En verdad, te digo, en verdad, fueron muy felices. Después de un comienzo vacilante, el corazón de la tía Avelina se liberó en los golpes que se habían guarecido en su cuerpo de ropas negras. Su voz era firme y vacilante. Las palabras iban quedándose en el aire. Aurora se reclinó en el sofá.

Cada sonido le llegaba como un trozo de luz en plena cara. Pensó que esas palabras debían sostenerla durante el resto de su vida.

FIN

Nota final

El autor agradece especialmente a Victoria Pelález, Diego Doncel, Luis Yslas, Joan Tarrida, Alonso Alegría, Antonia Kerrigan, Mercedes Monmany, Blanca Navarro y Lidia Rey.